



La Torre de los Siete Jorobados

EMILIO CARRERE

Lectulandia

Emilio Carrere, mujeriego, actor aficionado, frecuentador de cafés nocturnos y casas de mala nota, además de experto en ocultismos varios y necrófilo, formó parte —por propia elección— de la excéntrica bohemia madrileña de principios de siglo. Las fuentes literarias de las que bebían tanto él como otros compañeros de viaje se encontraban allende los Pirineos y más aún del otro lado del océano. Unas aguas de oleaje profuso, elevado y espumoso, que se hallaban contaminadas por el modernismo rubendariano, el decadentismo finisecular y la poética simbolista de Verlaine, Mallarmé y Rimbaud. *La torre de los siete jorobados*, que el propio Carrere había enfocado como folletín de aventuras en el que lo policiaco, lo pseudocientífico y lo sobrenatural se unieran para imitar, con un toque peculiar de humor castizo, a los Leroux, Motta, Le Rouge o La Hire, se alimenta —de forma excéntrica al realismo literario español— de luchas en el medio astral entre voluntades opuestas, de bandas de falsificadores jorobados, de aparecidos y de sabios un poco locos, y hasta de... ¡una ciudad perdida bajo los suelos de Madrid! El lector de esta novela revivirá con ella aquellos días —hoy casi perdidos— de una cierta inocencia literaria y de un más perdido aún sentido de la maravilla.

Lectulandia

Emilio Carrere

La torre de los siete jorobados

ePUB r1.2
chungalitos 19.05.13

Título original: *La torre de los siete jorobados*

Emilio Carrere, 1920

Editor digital: chungalitos

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

PRIMERA PARTE

EL MAL DE OJO

BASILIO Beltrán es un jugador supersticioso. Lleva una moneda rota y dos cuernecillos de marfil pendientes de la cadena del reloj. Se sienta invariablemente a la izquierda del banquero; los viernes no juega, porque es un día nefasto, y cultiva con verdadero cariño la amistad de todos los jorobados de Madrid, porque cree que estas simpáticas y tristes tortugas humanas llevan en su mochila el talismán de la buena ventura.

Cuando se topa con un presbítero, se pone muy nervioso y se agarra al objeto de hierro que tenga más a mano, porque es cosa cierta que el contacto con este metal deshace el sortilegio de las sotanas. Si coincide con alguien pronunciando a un tiempo la misma palabra, es indispensable que se den el dedo meñique de la mano izquierda, y tras de una breve sacudida queda roto el encanto.

Pero lo que a Basilio le irrita hasta la demencia es que se le acerque un mirón tuerto cuando está jugando. De ahí nace el odio asesino, irreconciliable, que Basilio profesa al señor Catafalco.

—¡Ya está ahí mi sombra negra! —ruge Basilio, y recoge sus fichas, las cambia y huye del casino. Al salir vuelve la cabeza y ve que el señor Catafalco le dice adiós con su mano esquelética y le clava, hipnótico, su ojo turbio y verdinoso, que parece una ostra.

Porque el señor Catafalco siente una extraña simpatía por Basilio. Gusta de sentarse junto a él, le dice el juego que se está dando, y a los codazos y a las sinrazones contesta con la eterna sonrisa macabra de sus dientes largos y amarillos, como los de los caballos de los toros, que parece que se ríen, muertos sobre la arena tostada de la Plaza.

Verdaderamente, el señor Catafalco tiene una presencia inquietadora. Es alto y escuálido, como una sombra; bajo el arco peludo de las cejas tiene un ojo pequeño y relampagueante, que contrasta con el otro ojo dilatado, turbio y alucinador, que se abre como una llaga redonda entre los costurones de su cara flácida, de un color blanquecino, rodeada de una gran barba negra. Su nariz es un enorme pimiento abatido sobre la boca cárdena, rasgada y burlona como la de una carátula faunesca. Porque su nariz, ¡ah!, es una nariz única en su tamaño, en su forma, en su hediondez. Enorme breva que amenaza desprenderse, calabaza por lo descolorida, excepto en la punta, que ostenta un simpático color de ladrillo; como la de Cyrano, se baña en el vaso cuando liba su dueño feliz, y en su seno un constipado sencillo tiene las resonancias imponentes de una tempestad.

En toda su figura hay algo de espectral; parece que su carne es tierra que se va a desmoronar de un momento a otro, como el morfinómano Mr. Valdemar de Edgardo Poe, y de él emana un olor de putrefacción, que sin duda hace que todos los perros

aúllen agoreramente a su paso. Es inverosímil su delgadez y anda con un crujido de choquezuelas, como un acompañamiento de crócalos que rima muy mal con un personaje tan poco flamenco como el señor Catafalco.

Va vestido con elegancia, pero a la moda de hace diez años. Una chistera refulgente, un chaquet de faldones cortos, todo ribeteado de trencilla, y un pantalón muy ajustado de cuadritos. Su indumento anacrónico está flamante. A Basilio le preocupa mucho qué sastre absurdo es el que viste al señor Catafalco.

Y ¿cuál será el verdadero nombre de este siniestro personaje? Por su traza macabra, Basilio le ha bautizado con este nombre de pompas fúnebres, que le va bien a su zurda catadura. Nadie le conoce en el casino; algunos jugadores aseguran que no le han visto jamás. Pero Basilio le ve casi a diario, por su mala suerte, pues no hay día que no salga de la sala de juego con los bolsillos vacíos.

Y no cabe duda que tiene la culpa el señor Catafalco, que además le persigue como una mala pesadilla. Agobiado por las constantes pérdidas, Basilio acudió al cubil de un usurero. Llevó consigo a sus dos amigos Martín y Malato, dos jorobados verdosos de color, maliciosos y aviesos, a los que invita diariamente a café para que le saturen de su fetichismo bienhechor. La predilección de Basilio por los corcovados se ha corrido entre esta respetable y contrahecha cofradía, y acuden agradecidísimos a saludarle. En el café, a la tertulia de Basilio la llaman la mesa de los galápagos.

Algunos días se reúnen hasta veinte de estos amigos, que parece que están en cuclillas escuchando la charla entretenida del supersticioso, que, a su vez, es feliz rodeado de estas maravillosas criaturas, que tienen el don de desvirtuar el sortilegio.

Llegan a la casa del usurero.

Al subir la escalera, de un recodo surgió, inopinadamente, la figura maléfica del señor Catafalco. Saludó muy cortés, quitándose la chistera y haciendo una reverencia. Basilio no se pudo contener.

—¡Pero este hombre es mi perdición! ¡Vaya usted enhoramala, cara de avestruz! ¡Le voy a levantar la tapa de los sesos!

El señor Catafalco, al soslayo, clavó en él su ojo turbio y verdinoso como una ostra. El pobre Basilio se abalanzó sobre un picaporte. Después de «tocar hierro», respiró un poco más tranquilo. ¡Tal vez esto contrarrestaría la «jettatura»! En seguida encendió una cerilla, la aproximó a su pipa, y, muy preocupado, llamó a la puerta del judío:

—¡Ya veréis cómo esto ha sido de mal agüero!

Los dos corcovados se hablaban al oído y sonreían con una risita de esas que llaman de conejo, yo creo que calumniosamente, porque este sabroso cuadrúpedo suele ser tan serio como un erudito.

—¿Tú has visto a alguien, Martín?

—Yo nada he visto, Malato.

Los jorobados nada vieron, sin duda porque la escalera estaba como boca de lobo.

Esperaban en el recibimiento del prestamista cuando Basilio husmeó un fuerte olor a chamusquina. Alarmado, se miró rápidamente el traje, se palpó el gabán, volvió los forros de los bolsillos.

—¡Huele mucho a quemado! ¿Verdad? ¡Huele mucho a quemado!

—Es que desde hace un rato está ardiendo tu paraguas —dijo tranquilamente Martín.

En efecto, al encender la pipa Basilio, nervioso por el encuentro con el señor Catafalco, no miró dónde tiraba la cerilla, que cayó encendida dentro del paraguas, un hermoso paraguas familiar, de seda azul, con la varilla de palo. El paraguas ardía como si le hubiesen rociado con petróleo, y Basilio, desconcertado, queriendo apagar el incendio, comenzó a sacudir furiosos paraguazos sobre los muebles del prestamista. Al estrépito salió un señor gordito y viejo, tocado con un bonete mugriento. Era don Paco Maraña, el usurero, muy asustado al ver a Basilio con el paraguas en alto, todo incendiado, como un hacha de viento.

—Usted perdone, don Paco; yo venía a pedirle mil pesetas y...

Don Paco rugió, enfurecido:

—¡Márchese usted enseguida! ¡Es usted un anarquista que quiere pegar fuego a mi casa! ¡Voy a llamar a los guardias!

—Tranquilícese, don Paco. Ya comprendo que con esta antorcha en la mano parezco un revolucionario que va a cantar La Marsellesa; pero yo le explicaré.

—No quiero oír nada. ¿Entiende usted? ¡No necesito oír nada! ¡Le parece correcto venir a una casa decente a pegar fuego al mobiliario! ¡Tenga usted cuidado con ese cortinón, que es de damasco!

Y el usurero cerró violentamente la puerta de su cubil. Basilio tiró el paraguas carbonizado por el hueco de la escalera. Luego, apretando los puños, llorando de rabia, gritó encarándose con sus «talismanes»:

—¿Y ahora seguiréis diciendo que es una superstición mía? ¡Ya veis bien clara la influencia del señor Catafalco!

LA FORTUNA SONRÍE

BASILIO está enfermo. Come muy poco, tiene sueños muy agitados. El médico está preocupado porque en Basilio hay antecedentes epilépticos. De niño padecía frecuentes ataques del «divino mal de las pitonisas», y los sobresaltos del juego, su pasión favorita y su manía supersticiosa, amenazaban con la reaparición de la enfermedad, que en la misteriosa red de sus pobres nervios aguardaba, como un monstruo invisible, la ocasión de destruir su organismo desquiciado.

Y a pesar de que tiene mucho miedo a la muerte, un miedo físico de la carne a estar debajo de la tierra, no tiene fuerza de voluntad para alejarse del tapete verde. ¡Oh, las cuatro cartas, como cuatro diablasas, guiñando a los inquietos jugadores! Son pérfidas y coquetas y a veces sanguinarias como una querida egoísta. Las cuatro rameritas cantan bajo la verde pantalla, rodeadas de oro y billetes, una canción más trágica que la de la sirena Loreley. Están manchadas del fango que enturbia las conciencias, están llenas de sangre y de dolor. Y se burlan y piruetean y son garfios que se hunden en la carne de los jugadores, que las adoran con un amor irremediable que mata los demás amores y hace que junto a ellas se detenga el tiempo en los relojes.

La Fortuna ríe a veces con su risa maligna de cortesana cuando al brillo de un pistoletazo cae un pobre polichinela que se dejó embaucar con la voz de la sirena. Pero en el sitio que éste dejó se sienta otro iluso, que enciende sus luminarias en el retablo del azar, resorte fatal y misterioso de todas las cosas de la vida.

Hoy no tiene dinero para jugar; pero Basilio, que es hombre de fantasía, le ha sacado diez duros a un miembro del Museo Arqueológico por un cántaro desportillado, diciéndole que es un vaso egipcio. El arqueólogo piensa escribir una memoria muy documentada acerca de esa joya faraónica.

Ha entrado en el casino con el pie derecho, se ha sentado en su sitio, ha acariciado los cuernecitos de marfil de su amuleto... y ha perdido doce cartas seguidas. Después se ha quedado mirando al banquero con una perfecta cara de idiota.

—¡No me explico cómo puede ser esto!

Al desdichado Basilio sólo le queda una ficha de cinco pesetas.

Al levantar la cara vio clavado en su coronilla el ojo turbio del señor Catafalco como la pupila misteriosa y cruel del Destino.

—¿Pero por dónde ha entrado usted? ¿Qué interés tiene usted en arruinarme, señor Catafalco?

Su voz está temblorosa; parece que va a romper a llorar.

El «jettatore» exclama imperativamente, extendiendo un dedo esquelético donde fulge un rubí como un ojo ensangrentado:

—Juéguese usted el duro a esa sota.

Basilio obedeció, muy a su pesar.

—¡Ay de usted si no viene esa carta! —El banquero volvió la baraja; la sota estaba en puerta. El supersticioso respiró y sacó la mano del bolsillo, donde acariciaba la culata de una pistola.

Si hubiera venido la carta contraria, Basilio tenía decidido asesinar al señor Catafalco.

Salieron un rey y un cuatro. Basilio es republicano, por la razón fundamental de que también lo fue su señor padre. Pero su guía le señaló la figura y, a regañadientes, se jugó todas sus fichas al rey, que vino «tras cartón».

Estuvo a punto de besar la mano huesuda de su protector. Lo que pasó después no lo olvidará Basilio en toda su vida.

Fue una borrachera de acertar cartas. Constantemente, el dedo largo y ensortijado se alargaba de una manera inverosímil hasta el naipe, que ganaba infaliblemente. En menos de una hora se llevó los cinco mil duros que había en la banca.

En la escalera se arrodilló a los pies del señor Catafalco, que sonreía siempre.

—¡Perdóneme usted el haberle tratado mal! Yo soy muy supersticioso y creía que su ojo de usted me daba la mala sombra. Soy un majadero, sí, señor, un mentecato. ¿Por qué me va a perjudicar a mí que usted tenga una catarata? Pero no se apure por eso, ese ojo turbio tiene, ahora lo veo bien, cierta originalidad..., cierta gracia distinguida. Espero que usted me perdonará, señor Catafalco.

Y salieron del casino cogidos del brazo como dos antiguos camaradas.

—Si usted necesita dinero... —exclamó Basilio, deseoso de manifestarle su gratitud.

El hombre del ojo inquietante rehusó:

—No necesito dinero. Si quiere usted serme agradable, en otra cosa de más transcendencia puede usted servirme —y deteniéndose de pronto exclamó—: ¡Yo fui siempre muy desgraciado, querido Basilio!

Este estuvo a punto de romper a llorar por la tragedia oculta del señor Catafalco.

—¡La vida es muy amarga, amigo mío!

Deteniéndose a la luz de un reverbero, y desabrochándose el cuello, mostró una enorme cicatriz roja que le rodeaba la garganta como un corbatín encarnado.

—¿Le han querido asesinar a usted, mi querido señor Catafalco? —exclamó Basilio con terror.

El hombre alto y esquelético bajó la cabeza, apesadumbrado por no se sabe qué terribles recuerdos.

Silenciosamente llegaron a la plaza del Alamillo.

—Yo vivo aquí. Mañana venga usted a las nueve de la noche. Sabrá usted cosas terribles, aunque no se las diré yo. Tome usted mi tarjeta.

Y le entregó una cartulina amarillenta, donde se leía:

Doctor Robinsón de Mantua.

Basilio se quedó pensativo.

—¡Robinsón de Mantua! ¿De qué conozco yo este nombre?

—Muy pronto lo sabrá. Le he hecho ganar una suma fabulosa para usted y me está agradecido. Bien: usted me hará un favor mucho más grande. Le he escogido para esta magna empresa, porque usted es el único que la puede realizar. Veo que no me entiende bien. Venga mañana, y «sabrás cosas terribles, aunque no se las diré yo». Cuando necesite dinero cuente con mi ayuda, como esta noche. Ganará lo que quiera, pero no se entusiasme con el juego y olvide a su pobre amigo. ¿Me da usted su palabra de honor?

Basilio estaba inquieto por las palabras medrosas del señor Catafalco.

—¡Le juro que haré lo que sea preciso!

—¡Hasta mañana, amigo Basilio!..., y ¡valor!

Una gran puerta de madera vieja se cerró detrás del misterioso doctor Robinsón de Mantua.

Basilio se perdió en las vetustas callejuelas de la Morería... Acababa de sellar un bien extraño pacto. ¿Qué quería de él aquel hombre escalofriante? Recordaba sus palabras: «Sabrás usted cosas terribles, aunque no se las contaré yo». El misterio le hacía estremecerse, como si hubiese en torno suyo una atmósfera demasiado cargada de electricidad.

Llegó a su casa sin saber por qué calles había venido; tal estaba su ánimo de conturbado. ¿Sería todo aquello una pesadilla? Sacó la cartera: no, los billetes de Banco eran tangibles y perfectamente auténticos. ¡Qué felicidad! Al día siguiente contaría la aventura en la tertulia de los jorobados.

—¡Pobre señor Catafalco, porque ya no me acostumbraré a llamarle de otro modo, tan simpático y tan triste! Y yo soy un estúpido, que creía que me daba la mala sombra. Pero la verdad es que el pobre tiene un ojo turbio que le hace muy poco recomendable.

Y Basilio acarició los cuernecitos de marfil del amuleto al recordar el ojo alucinante de su esquelético amigo.

LAS COSAS TERRIBLES

DURMIÓ muy mal aquella noche. La cabeza grotesca del doctor bailaba sola ante sus ojos, siempre rodeada de aquella cicatriz enorme que parecía un corbatín encarnado, mientras la boca faunesca le decía cosas imposibles de comprender.

Se levantó muy tarde y se fue al casino. Almorzó y se pasó la tarde jugando al tresillo. Confiaba en ver por allí al señor Catafalco; pero no aparecía. Se le ocurrió preguntar a sus amigos por el doctor, por si alguno le conocía y le daba algún dato interesante.

—¿Robinsón de Mantua? ¡Es la primera vez que oigo este nombre!

Dio sus inconfundibles señas particulares —un señor alto, feo, con chistera—; pero nadie recordaba haberle visto jamás.

—¡Es raro! Pero tal vez en Secretaría sepan algo de él.

Cinco minutos después el secretario en persona declaraba solemnemente que el doctor Robinsón de Mantua no era socio del casino.

—¡Sin embargo, él viene casi todas las tardes!

—Pues nadie le conoce.

Basilio sintió renacer sus inquietudes de la noche anterior. Deseaba ardientemente que dieran las nueve de la noche para acudir a la cita y «saber» cosas terribles, aunque no se las contase él.

Cenó en el café con Martín y Malato, que iban a presentarle un nuevo amigo jorobado. Esta vez no se trataba de un capigorrón; el recién venido era un médico italiano muy rico, que hacía poco regresara de la India. A pesar de sus espaldas de tortuga, que dan un aire de tan triste comicidad a sus cofrades, el doctor Victorio Sabatino imponía un extraño respeto. Era viejo, enjuto de cara, que traía rasurada cuidadosamente, sus ojos grises, con fulguraciones de acero, dominaban al interlocutor desde el primer momento. Eran ojos de serpiente fascinadora. En las manos, largas y delgadas, brillaban extrañas sortijas.

—Las he comprado en la India. Todas tienen un poder misterioso contra el maleficio. Mire usted ésta con un brillante tallado por un lapidario milagroso. Semeja la cabeza de una víbora. Ve usted, levantando la piedra se advierte que es un pequeño depósito de una sustancia ponzoñosa. Me la preparó un indio, amigo mío, que es fakir y brujo. Con esta gotita de color de ámbar podrían morir fulminantemente cien personas... Al mismo tiempo la joya es un talismán infalible...

Basilio estaba encantado con el nuevo personaje. Su fantasía se exaltaba con las palabras de Sabatino.

—¡Oh, aquel país debe ser admirable! Yo deseo que usted me honre con su amistad y que me cuente sus aventuras por aquellas selvas del misterio.

El médico jorobado sonrió enigmático.

—Yo también tengo mucho interés en ser su amigo. Estos me han hablado mucho de usted y de sus supersticiones. Tiene usted razón para ser supersticioso; la causa oculta de todas las desgracias está en esas pequeñas cosas que desprecian los espíritus fuertes; un tintero que se vierte, un entierro «negro» que pasa, un espejo que se rompe sin que nadie lo haya tocado. Y, sobre todo, un tuerto. ¡Por todo el oro del mundo no sería yo amigo de esos hombres que tienen un ojo turbio o sanguinolento!

Basilio se estremeció, y con disimulo tocó la moneda rota de su cadena. Como de ordinario, cuando se hablaba de esto, guiñó un ojo y contrajo la boca. Al punto Sabatino se apercibió del «tic» nervioso.

—Usted es epiléptico, ¿verdad?

—De niño tuve algunos ataques. Hace mucho tiempo. Parece que ya ha pasado el mal.

—¿Tiene usted alucinaciones con frecuencia?

—Jamás —contestó alegremente Basilio.

—¡Es raro! Perdone que le pregunte tanto. Mi especialidad es esta enfermedad, que los antiguos llamaron «el divino mal». Estudio en los otros para curarme yo mismo, porque también soy epiléptico. En mí, la enfermedad, ha tenido manifestaciones horribles: he llegado hasta la locura... Me fui a la India, después de una tragedia que hay en mi vida y que nadie sabe, a investigar si aquellos médicos extraordinarios y misteriosos conocían el medio de curar esta enfermedad, que me ha hecho enormemente desgraciado..., mucho más que la joroba, que es la irrisión de los necios que encuentro en la vida.

El reloj marcaba las nueve menos cuarto, Basilio se despidió de sus amigos. No iba a gusto a la cita; pero no ir le parecía una abominable ingratitud con el señor Catafalco. Le era más simpático el médico jorobado, cargado de amuletos, y con aquella melenita blanca que le rozaba la corcova y le daba un aspecto de estrago de comedia de magia.

Se sentó en un banco. A pesar de su promesa, no se decidía a ir a la cita. Sentía miedo, sí, un miedo sin causa, una sensación de pavor supersticioso. ¿Sería una celada del hombre del ojo turbio y alucinante?

En esto pasó una mujer de cabellera roja. A Basilio le entusiasmaba este color de pelo. Este encuentro le decidió: conquistaría a la dama y pasaría una gran noche de aventuras. Ya se excusaría con el señor Catafalco cuando le viese por casualidad.

La dama era zahareña. A pesar de los delicados madrigales que le prodigaba Basilio, ni siquiera le correspondió con una sonrisa.

—Me parece que he tropezado con una virtud de roca.

Cruzaron calles y calles, y se internaron en las encrucijadas del Madrid antiguo, y, al cabo de un callejón tortuoso y con verdín en el empedrado, salieron a una silenciosa y oscura plazuela.

La mujer apresuró el andar y se entró en un amplio portalón. Basilio se quedó como un tonto viéndola desaparecer.

Solemnemente dieron las nueve en la torre de San Andrés.

La hora de la cita. Basilio miró en torno y lanzó un grito.

—¡Es extraordinario! Esta plaza es la de anoche...

A la luz de un farol leyó el rótulo: «Plaza del Alamillo», y sintió un latigazo de hielo en la espalda.

—He aquí cómo queriendo faltar a la cita he venido como un autómeta hasta la misma puerta. Me parece raro todo esto. Es una casualidad muy chocante. En fin, ya que he venido hasta aquí, quedaré bien con el señor Catafalco.

Sus pasos resonaron en el portalón de piedra; era una vieja casa señorial de algún prócer del tiempo de los Felipes.

Dos desnudos de bronce sostenían dos magníficas lámparas a la entrada de la escalera de mármol.

—¿Qué desea usted, caballero?

Basilio sacó la tarjeta amarillenta que le diera el señor Catafalco y se aproximó al chiribitil del portero. Al meter la cabeza tropezó con una enorme pajarera llena de canarios, que colgaba del dintel. Una jovencita preparaba el yantar de la familia porteril: tres cubiertos y un botijo sobre un liviano velador.

—¿En qué piso vive el doctor Robinsón de Mantua?

La muchacha, al oír este nombre, dejó caer al suelo el cucharón que traía en la mano.

—Madre, oiga usted lo que dice este caballero...

Surgió una buena comadre ventruda y colorada.

Basilio se quitó cortésmente el chapeo:

—Señora, ¿tiene usted la bondad de decirme en qué cuarto vive el doctor Robinsón...?

La buena mujer le clavó unos ojos redondos y espantados.

—¡Marciano! ¡Sal enseguida a oír lo que dice este señor!

—¡Caramba! —murmuró Basilio—. ¡Ni que preguntase por el mismo demonio! ¡Esta pobre gente es idiota!

Salió apresuradamente el jefe de la familia porteril.

—Le ruego a usted que me diga en qué cuarto habita el doctor Robinsón de Mantua.

—El señor ha faltado muchos años de Madrid, ¿verdad?

—¡Hombre! ¿Por qué me dice usted eso?

—Como viene a preguntar por el doctor... La familia sí que vive aquí, son los amos de la finca...

—Pero ¿y él?

El portero repuso, solemnemente penetrado de la gravedad de sus palabras:

—¡E1 doctor Robinsón de Mantua murió asesinado hace diez años! —intervino la portera:

—Fue un crimen misterioso. No se pudo encontrar al asesino. Es raro que no lo sepa usted, porque lo «trajeron todos los papeles».

Basilio estaba más pálido que un difunto. ¿Que le han asesinado...? ¡Ah, entonces aquella cicatriz! ¡Pero esto es absurdo; si anoche mismo... yo...!

Se retorció como un endemoniado, y en una de las convulsiones le dio un violento puntapié a la mesilla, que vino a tierra, con gran estrépito de cucharas y de cacharos rotos; perdió con esto el equilibrio, y buscando asidero, se agarró a la colgante pajarera, que se le vino sobre la cabeza, con gran algarabía de los canarios flauta e indignación de la familia porteril.

Una modistilla que, al pasar, había visto aquella catástrofe, exclamó, soltando la locura de su risa:

—Debe ser un artista de cinematógrafo que está impresionando una película.

LA EXTRAÑA ESCRITURA DEL SEÑOR CATAFALCO

EL pobre Basilio ha tenido una gran fiebre cerebral. El doctor Sabatino le ha asistido cuidadosamente, y con él han venido hasta veinte jorobados, a los que la enfermedad del joven supersticioso ha privado de la regalía del moka cotidiano.

Hoy está más tranquilo; ha tomado un poco de alimento, y como no tiene sueño, se entretiene fumando cigarrillos y piensa en sus aventuras extraordinarias.

—¿Habré estado viendo visiones? Pero aunque el doctor sea un espectro, los billetes que él me hizo ganar son de una realidad encantadora y muy poco frecuente en mi vida. Esto embarulla mucho mis ideas. Porque no cabe duda que yo estuve hablando aquella noche con el señor Catafalco en persona... o en espíritu. ¡Bah! Eso de que los muertos vuelven es una patraña. Un hombre de mundo como yo no puede creer en aparecidos. Sin embargo, aquí hay un misterio... —A su lado sonó un leve roce sobre la alfombra, como si caminasen unos pies desnudos. Un perro aulló en la calle, debajo del balcón.

Basilio se incorpora, intranquilo.

—Juraría que había oído... Pero en casa no hay nadie. ¿Será que me vuelve esta picara fiebre? ¡Eh! ¿Quién anda en mis papeles? ¡Estoy delirando, no cabe duda!

Enfrente de su cama hay un gran espejo... Basilio siente una voluntad misteriosa que le obliga a fijar sus miradas en el cristal amarillento, que, lentamente, parece que se va empañando por un tenue vapor de azulada fosforescencia. La lamparilla eléctrica pierde intensidad, y muy pronto la habitación queda sólo alumbrada por la claridad de crepúsculo que sube de los faroles de la calle.

Basilio siente extraños estremecimientos a lo largo de la espina dorsal. Toda la estancia está llena de un polvillo plateado y luminoso. En el espejo brillan dos puntitos dorados como dos luciérnagas, y el vapor fosforescente ondula, se amasa, se recorta, se aluenga y, lentamente, va formando una silueta humana. Pronto la figura tragicómica del señor Catafalco se asoma al cristal; al principio está inmóvil, y el espejo parece un retrato al óleo, desvaído por los años; después extiende la mano del rubí y saluda familiarmente.

Lo extraño es que Basilio no siente miedo y está en un estado intermedio de sueño y de vigilia; un suave magnetismo le va entornando los ojos.

El espectro del doctor Robinsón le sonrío siempre, y, acercándose a un pupitre, toma de él unas hojas de papel y un lápiz y se lo ofrece a Basilio, que siente un gran temblor en la mano derecha. Tiene la sensación de que su cuerno está envuelto en humo y que va perdiendo peso. Luego cae en un profundo letargo.

Ya era de día cuando se despertó. Esparcidas por el suelo hay unas hojas de papel, escritas con una letra grande y nerviosa. Basilio comienza febril la lectura de aquello

que él ha trazado durante su extraño sueño.

Así decía la misiva de ultratumba del señor Catafalco:

«Perdóname las emociones violentas que sufres por mi causa. Eres el elegido para una gran empresa: la de esclarecer el misterio de mi muerte. Yo fui asesinado un día veinte, a las tres y cinco. Fíjate bien en la hora fatídica: “A las tres y cinco”».

Desde que mi espíritu se desligó de la materia he estado junto a ti, visible para ti solo, porque tienes la facultad de ver los seres del más allá. Eres un «médium», esto es, una sensibilidad hiperestesiada, capaz de percibir las formas fluídicas. A veces saludas a muchas gentes que son invisibles para los que están contigo, que se ríen de ti viéndote hacer reverencias al vacío. No todos tienen este exquisito y escalofriante don de ver a los viajeros del espacio.

De tus facultades anímicas proviene esa enfermedad tuya que mis compañeros, los médicos de la tierra, llaman epilepsia. Son desequilibrios nerviosos, fiebres cerebrales... Ninguno sabe una palabra. Buscan en la patología lo que radica en el laberinto de la psicología.

Yo estaba advertido de que iba a morir un día veinte, a las tres y cinco; pero, como médico, era materialista y no hice caso. Me reía de augurios, de sueños proféticos y de poderes sobrenaturales. Todas estas cosas me parecían cuentos de aldea.

Entre mis enfermos había una señorita que sufría frecuentes crisis de histerismo. Se pasaba muchas horas en rigidez cataléptica y a veces decía cosas que yo calificaba de disparates. Una noche, en medio de un ataque histeroepiléptico, en el período de crucifixión, con los ojos estrábicos y echando espuma por la boca, con voz fantasmal y clavándome sus pupilas inmóviles, como con la llama del espíritu ausente, gritó:

—¡Un día veinte, a las tres y cinco, será usted asesinado, doctor! ¡Oh, lo veo muy bien! ¡Tiene usted el traje todo lleno de sangre! Hay muchas gentes alrededor de su cadáver, que hablan de un rumor largo y apagado, como el vuelo de un moscón gigantesco.

—¿Y no ve usted quién es el asesino, señorita? —pregunté burlón.

—No, no veo a nadie. Espere usted: hay una sombra en una esquina; brilla la hoja de una navaja. Pero no es éste el asesino verdadero..., aunque su mano es la que descarga el golpe. ¡A usted le asesinarán a mucha distancia!

Corté esta alucinación de mi enferma, convencido de que me estaba contando un folletín inventado por ella. Pero, a pesar de mi escepticismo, este suceso me impresionó un poco y no lo pude olvidar. Cuando lo refería solía reír; pero en mi subconsciencia había una voz grave que me advertía: Eres un vanidoso de tu ciencia terrena; no sabes que hay un infinito misterioso y unos hilos invisibles que dirigen las vidas, como a las marionetas de un guiñol. Ten cuidado, que tal vez acierte esa voz profética que te anuncia la desgracia.

Yo no tenía enemigos: era bueno, afable y generoso. ¿Quién tendría interés en quitarme de en medio?

A veces temblaba, pensando en esos homicidios sin causa, cometidos por equivocación o por un loco o un beodo.

A pesar de mis chanzas, cuando amanecía el día 20 de cada mes iba receloso, volviendo la cabeza, apretando la culata de mi revólver, cuando un desconocido se fijaba en mí, cuando oía unos pasos tras de los míos... ¡He sufrido espantosamente todos los días 20 de cada mes durante cinco años! Las «tres y cinco» no las pasaba nunca en mi casa. Acaso algún criado era el instrumento elegido por el Destino inexorable. Solía refugiarme en mi clínica y cerraba con llave todas las puertas. A esa hora no había nadie. Si hubieran llamado no habría franqueado la entrada ni a mi mejor amigo. Así, la mano que me asesinase tendría que entrar por la ventana.

Pasaba unos minutos terribles. Cuando el reloj mareaba las tres y diez encendía un cigarro y me burlaba de mí mismo... hasta el 20 del mes venidero. Con estos artilugios pueriles quería burlar el fallo de lo misterioso.

En la última época tuve una enferma que me preocupó hondamente. Era una preciosa niña de cinco años, que se moría sin saber de qué mal. Cuando me avisaron tenía una pequeña fiebre sin importancia... Receté y prometí volver a los dos días, con la seguridad de hallarla jugando en el jardín de su hotel.

Era hija de un químico extranjero bastante rico y muy extravagante, que casi nunca estaba en Madrid. Se llamaba Alfonso Benelli de Castellovechio. Yo no le conocía, pero sabía de él cosas poco agradables, que se murmuraban en el barrio aristocrático, donde había comprado una finca que era como una prisión de su hija y de su esposa. A Benelli se le acusaba de ser un prodigioso falsificador de billetes del Banco.

Al volver a ver a mi enferma, con enorme sorpresa la encontré grave. La examiné detenidamente y no hallé ninguna lesión. Una fiebre lenta la iba consumiendo; pero sin que tuviera un origen gástrico, sin que sus pulmones tuviesen daño alguno, sin que hubiese complicación cerebral ni cardíaca. Sólo tenía aquella calentura misteriosa que no había medio conocido en Medicina para combatirla.

Día por día la encontraba peor, y me desesperaba, porque luchaba contra un enigma imprevisto por la ciencia. Celebré varias juntas con los médicos mejor afamados y más sabios, y ninguno pudo descubrir de qué se nos moría aquel angelito.

Y sin saber de qué, para sarcasmo de nuestro saber vanidoso, dulcemente, murió en una dorada mañana de mayo.

El padre llegó la noche antes de su muerte. No le vi, pero escuché su voz detrás de un tapiz. Era una voz metálica, imperativa. Se oían los sollozos de su esposa.

—Tú has tenido la culpa. Ese maldito médico ha asesinado a nuestra hija. ¿Cómo has consentido que la mirara con ese ojo turbio y trágico? ¡Y dice que no sabe de qué

muere! ¡Él la ha matado con ese ojo maldito, que así permita Dios se le pudra en vida!

El miserable falsificador se permitía el lujo de ser supersticioso como una damisela desequilibrada.

Salí de la casa burlándome de aquel ignorante, que creía que yo había hecho mal de ojo a la niña. La desgracia de mi ojo vano ha hecho que me divierta mucho con los supersticiosos; era una compensación que me proporcionaba la necedad de los hombres que poseían dos ojos.

Esto ocurría dos meses antes de que una mano desconocida me segara la garganta.

El día 20 de junio no pude encerrarme en mi laboratorio, como de costumbre. Un asunto profesional —un Congreso antituberculoso— me obligó a salir de la Corte. Al subir al tren me fijé, casualmente, en un jovencuelo muy mal vestido y de aspecto enfermizo que me miraba con una insistencia inquietadora. Llevaba la mano derecha en el bolsillo, como si aprisionara un arma. Tenía unos ojos muy brillantes, cual si una gran fiebre le consumiera. Sentí, a pesar mío, en el tráfago del andén, bajo la alegría luminosa del sol estival, un estremecimiento supersticioso. ¿Sería aquél el «ejecutor» de la fatalidad?

Cuando arrancó el convoy, la charla de dos médicos que conmigo viajaban me hizo olvidar al muchacho. Dos horas después, al descender en Alcalá de Henares, en cuya Universidad se celebraba el Congreso, a la salida de la estación, detrás de un árbol del camino, volví a ver al mozalbete enfermizo y mal trajeado, siempre con la mano derecha hundida en el bolsillo de su chaqueta.

Miré mi reloj. Las doce y diez.

—¿Me quedarán sólo tres horas de vida?

Debí de ponerme muy pálido, porque mis compañeros me preguntaron si me sentía enfermo. ¡Cómo se hubieran burlado de haber sabido la causa de mi malestar!

Corrí a la fonda y me encerré en mi habitación. Eché la llave y el cerrojo; puse una silla detrás de la puerta. Hice una requisa escrupulosa debajo de la cama y en un armario antiguo que había en un rincón. Golpeé las paredes, sospechando la existencia de alguna puertecita falsa. Cerré bien el balcón y até la falleba con mi cinturón de seda, aunque estaba en un piso segundo y era bastante improbable que nadie intentara entrar por allí. Después saqué el revólver y lo coloqué en la mesa de noche, y junto a él mi reloj. No podía hacer más. Me tendí en la cama a esperar que llegase la hora fatídica.

¿Estaría en Alcalá el mozo sospechoso o sólo sería una alucinación de mis ojos aterrorizados? Casi juraría que era él, aunque sólo le vi rápidamente al paso, medio oculto por un tronco de árbol. Comenzaba a temer por mi equilibrio mental. ¿Por qué iba a quererme mal aquel desconocido?

Lo mejor que podía hacer era despreocuparme de esta obsesión y someterme a un tratamiento que fortaleciese mis nervios. Era ridículo que un médico creyese en aquellas patrañas. Me desacreditaría si llegara a hacerse público.

Cuando iba confortándome con estos propósitos optimistas llamaron suavemente a mi puerta. Salté de la cama y miré el reloj. «¡Las tres y cinco minutos!». La voz se helaba en mi garganta.

Volvieron a llamar con más fuerza.

—Abra, señor doctor. Aquí hay un joven que necesita urgentemente hablar con usted.

Conocí la voz del camarero que me había subido el equipaje. Haciendo un gran esfuerzo contesté, sacudido por un estremecimiento de terror:

—¿Y dónde está ese joven?

—Aquí mismo, detrás de la puerta. Dice que es un asunto irremisible...

Estas palabras me parecía que tenían un oculto y siniestro sentido.

—¡Pues no abro...! ¡No quiero abrir! —grité frenéticamente—. ¿Oye usted bien? Hoy es inútil que se proponga verme.

Detrás de la puerta de madera oí el rumor de dos voces. Una mano levantó el picaporte; pero estaba bien cerrada con llave y cerrojo. A pesar de esto, yo sentía la angustia de que se abriera por arte de magia, y esperaba con el revólver amartillado y apuntando al marco de la puerta.

Unos minutos más tarde los pasos se alejaron por la escalera.

Me acerqué al balcón y espí detrás de los cristales. Poco tardó en aparecer la figura enfermiza del joven mal vestido. Miró hacia mí con sus ojos febriles, y luego se alejó lentamente con una rigidez tetánica en las piernas, que se movían como las de un autómatas, rítmicamente, con un andar de fantasma.

Desde aquel punto presentí que allí estaba el peligro. Un peligro verdadero, cuya causa ignoraba, así como por qué poder misterioso, de maravilla, me lo pudo vaticinar cinco años antes aquella pobre muchacha histérico-epiléptica... Ahora que ya no soy de vuestro plano lo comprendo muy bien, porque en mi espíritu se ha hecho la luz.

Pasé el siguiente mes con la idea fija del peligro. Tenía delirio persecutorio, miraba a los transeúntes con desconfianza, hablaba poco y no respondía a los que me dirigían la palabra. En mi exaltación pensaba las cosas más obsesionantes. Ya estaba seguro de que al sonar aquella hora trágica la muerte me estaría rondando. «¡A las tres y cinco minutos!». Pero cada día el reloj marcaba dos veces ese momento espantoso de pesadilla. ¿Sería por la tarde o acaso me acecharía durante el sueño, a las tres y cinco de la madrugada? Las sombras nocturnas son más propicias para las celadas de lo misterioso.

Desde entonces, todas las noches me despertaba sollozando a las tres y cinco

minutos, justamente a la hora fatídica, ni un instante antes ni un segundo después. ¿Qué mano de ultratumba me abría los ojos y qué voz fantasmal, sin palabras, decía en mi subconsciencia que aquella hora era la fúnebre hora que fatalmente había de sonar?

En tan desolada situación de ánimo llegó el día 20 de julio. Nunca sentí unos terrores tan profundos; estaba seguro de que si lo «esperado» no llegaba pronto iría a parar a un manicomio. Pero pasó el día tranquilamente y respiré feliz.

—¡Aún tengo un mes de prórroga!

El día 21 salí de mi casa después de cenar. La alegría popular preparaba la verbena del Apóstol Santiago, y quise hundirme en el regocijo callejero como una ablución de puerilidad y de sencillo optimismo. Había una explosión de fragancias en el aire; las mujeres diluían una sensación fuerte de jocundidad y de ardor carnal. Estaba contento entre el algarero ir y venir de la fiesta. Andando, andando, llegué a una plazoleta. Al fondo, en un edificio negro, como un ojo luminoso, brillaba la esfera de un reloj de torre. Creí que estaba poseído por las garras monstruosas de una alucinación. ¡Aquel reloj marcaba las tres y cinco minutos! Precisamente, al doblar la esquina, sentí una impresión de hielo en la garganta y un crujido largo como el de la seda al desgarrarse. Tenía un dolor «glacial», y aunque quería hablar no me brotaban las palabras. Caí pesadamente al suelo y oí el rumor de la multitud en torno de mi cuerpo, como el zumbido de una enorme mosca de pesadilla. No vi la mano que me asesinaba, como si hubiera sido la mano de un espectro.

El augurio estaba cumplido.

La visión de la profetisa se realizó exactamente. Aquel reloj que ella vio en sueño cinco años antes estaba «parado» en las tres y cinco minutos. Ella «lo vio...» Era el día 21, es decir, un «día 20». Vaticinó «un día 20» y no el justamente día 20. Yo no depuré bien el sentido de sus palabras, y el designio de lo misterioso se cumplió.

Más me hubiera valido dar importancia a la predicción de mi nueva Casandra; tal vez algunas precauciones hubieran sido bastantes para desvanecer el fatal conjuro que sobre mí se cernía.

Y heme aquí trasladado repentinamente al misterioso mundo de los espíritus; mi ser fluídico, naciendo a una nueva vida extraterrestre, adquiriendo la mágica propiedad de ver lo invisible, de recordar los hechos pasados con la misma lucidez que si fueran presentes, y adivinando el porvenir que fatalmente dirige a los seres conscientes, encauzando al individuo por la inexcusable senda de las circunstancias. No sentí dolor físico alguno al verificarse en mí ser la trascendental mutación. Pasada la brusquedad del golpe, que me causó el efecto de un poderoso anestésico, me pareció que con la última de mis convulsiones, un ser impalpable, la esencia de la sensibilidad, del pensamiento, ese fluido tenuísimo y sutil que satura el cerebro y corre por las mil ramificaciones de hilos nerviosos que cubren nuestro cuerpo, se

separaba de mí, entrando en un ambiente de ligereza y suavidad.

A pesar de esto, oía cuanto pasaba en torno mío. La sangre, caliente aún, continuaba circulando por mis venas impetuosamente, hasta salir por la horrible herida, regando el empedrado donde yacía, y el corazón daba sus últimos latidos, como el péndulo de un reloj próximo a pararse.

Vi cómo se arremolinaba la gente alrededor de mi mutilado cadáver y percibí sus gritos de horror a la vista de mi sangrante cabeza.

De entre la multitud surgió un individuo que se arrodilló ante mí; para examinarme mejor.

Era un extraño personaje, contrahecho; su horrible facha, su cara de histrión, en la que resplandecían dos ojuelos verdosos de siniestro brillo, se animaba con un interés inexplicable.

Buscó mi cabeza y, asiendo la hirsuta cabellera, clavó en mis apagados ojos los suyos, tratando de reconocerme. Después se perdió entre la gente, sonriendo satisfecho del macabro examen.

¿Era aquél mi verdugo? ¿Fue tal vez el que movió la misteriosa e invisible mano que segó mi existencia?

A pesar de que estoy en un mundo de claridad, poderes misteriosos me impiden reconocerle. Es preciso que él mismo lo declare, que sus labios pronuncien palabras de acusación y que un ser amigo escuche esas palabras; ese día el poder del sortilegio será nulo y el crimen perpetrado en mi persona se volverá contra su mismo ejecutor.

Unos guardias se hicieron cargo de mi cadáver, conteniendo la insaciable curiosidad de la multitud, ebria de contemplar horrores para dar satisfacción a sus bestiales instintos.

Al cabo de una hora llegó el juez. Su interrogatorio a cuantas personas decían haber presenciado el caso, lejos de proporcionar algún indicio que pusiera sobre la pista del criminal, contribuyó a volverlo más oscuro y misterioso.

Era una pareja de enamorados la que caminaba a pocos metros de mi persona en el momento de perpetrarse el crimen.

Con espanto declararon haber presenciado una horrible escena de alucinación.

—Allí vimos algo terrorífico, sobrenatural; un arma invisible segó la garganta a cercén: la cabeza cayó al suelo, produciendo un ruido sordo al chocar contra las losas del pavimento; el cuerpo decapitado se desplomó.

—¿Y quién ha podido ser el autor del monstruoso crimen?

—Esto ha tenido que hacerse por arte diabólico, pues no había nadie a su lado ni oímos ruido alguno de arma que segara su cuello.

En vista de tales declaraciones, el juez tuvo que suspender el interrogatorio, sin esperanza de conseguir el más leve indicio, y ordenar el traslado del cadáver. Al día siguiente comunicaba a mis parientes el terrible suceso de mi muerte. Estos

recibieron la noticia con tanta sorpresa como dolor, y fieles al acendrado cariño que me profesaban, se apresuraron a dar cumplimiento a los sagrados deberes de mi sepelio. Los ojos de los muertos ven cuanto pasa en torno suyo. Asistí, pues, a mi capilla ardiente; presencié el dolor de mi familia, me di exacta cuenta de mi enterramiento. Después caí en un sueño profundo, en el seno de una oscuridad de abismo. El período de turbación duró poco, gracias a los hermanos del espacio. La mano que mató mi cuerpo truncó una labor científica de varias encarnaciones anteriores. Este es mi gran dolor. Tendré que volver a nacer y volver a empezar.

Adiós. Sólo una vez volverás a encontrarme en tu camino.

Robinsón de Mantua.”

Basilio está intensamente pálido. Comprende la magnitud de la empresa que tiene que realizar; pero promete poner a su servicio toda su energía y todo su entendimiento.

DOS RASTROS ANTE EL SABUESO

BASILIO ha adquirido una gorra, una pipa muy larga y se ha quitado el bigote. Ya está transformado en un perfecto detective.

Ha leído los periódicos que referían el crimen, pero no ha hallado ninguna pista. Este asunto le absorbe todo el tiempo, y los corcovaditos de la mesa de los galápagos no le han vuelto a ver. Sólo Victorio Sabatino le ha encontrado al azar, en la calle, y Basilio, que es muchacho discreto, nada le ha dicho de sus andanzas policíacas. El médico italiano le profesa una gran simpatía y le ha invitado a comer varias veces. Por complacerle, Basilio ha aceptado, y uno de estos días se sentará a la mesa de Sabatino. Ha sacado un carnet y lo ha anotado, porque se ha vuelto un hombre muy metódico y además este detalle da cierta importancia...

Desde que se ha enterado de su facultad de ver a los espectros, está un poco inquieto. Cuando ve a un sujeto raro se pregunta si en vez de un honrado transeúnte no será el fantasma de otro asesinato misterioso.

Pero el contacto con lo sobrenatural no le ha quitado su afición a las señoras. Ya sabemos que las pelirrojas bien torneadas le emocionan, y la casualidad le hizo entrar una noche en el café del Rubí, donde canta la «Bella Medusa», una hermosa mujer que tiene la cabellera roja como un casco de estopa encendida.

Algo pasa de los treinta años y está tal vez más gruesa de lo que desearía un estatuario; pero la «Bella Medusa» es de una magnificencia sensual muy del agrado de Basilio. Como tiene dinero y es generoso, se ha adueñado de todas las sirenas del pintoresco cafetín.

De día hace investigaciones con mejor voluntad que buen éxito, y por la noche conquista a la cantatriz. En un mes de policía lo único que ha hecho en serio es visitar a la familia del finado en su medrosa mansión de la plaza del Alamillo. Le han recibido con extrañeza y él cree que aquellos señores sospechan que él está un poco trastornado. El doctor era soltero y no tenía más familia que dos parientes lejanos, que a su muerte heredaron su cuantiosa fortuna. Son dos personajes que no acaban de agradarle a Basilio. Viven solos, como dos sombras, en la antigua casa de Robinsón de Mantua.

Van afeitados como clérigos, visten de luto y no salen más que al crepúsculo, como los murciélagos. Son solteros y no se les conoce ninguna complicación amorosa. Hacen una vida muy retraída, muy poco amena, a pesar de su excelente situación económica.

¿Será el remordimiento lo que les ha hecho perder el gusto por los placeres? Basilio tiene el presentimiento de que estos fúnebres parientes conocen la clave del misterio.

¡Ah él lo descubrirá todo!... Y mientras tanto se dedica a jalearse a la «Bella Medusa». Este asunto va mucho mejor; la canzonetista le mira con preferencia cuando entona alguna cantinela amorosa y se ha dejado regalar una lanzadera de brillantes. Esto ha sido definitivo. Basilio se ha presentado como Fausto, y la nueva Margarita confiesa que la canción de las joyas es la que más le gusta de todo el repertorio lírico.

A Basilio le intranquiliza un poco la existencia del novio de la «Bella Medusa», un mozo chulapo a la vieja usanza de los tufos y pantalón abotinado, que ejerce de valiente en el café del Rubí. Le llaman el «Chulo de la Mostaza», sin duda por lo picante que es su trato con las damas, que se le desmayan en los brazos cuando él las llama «¡Negra de mis carnes!», «¡Huesecitos de mis propios huesos!», y demás trozos de copla flamenca, que enaltecen la sindéresis y el arte lírico español. Pero desde que le ha regalado la sortija, el chulo, el último chulo castizo, está muy amable y con él se hace el distraído ante el cerco amoroso que Basilio le pone a su coima.

Esta noche la «Bella Medusa» está muy cariñosa: en los intermedios va a sentarse a su mesa y le habla con voz apasionada.

—¡No sé lo que me «has dao», que me has vuelto loca, chiquillo! Por ti me estoy jugando la vida, porque mi novio va a hacer una atrocidad si se entera de «que estoy por ti». ¿Por qué no me robas?

Basilio se ríe, porque comprende la trapaza.

—¿Tienes algún capricho? ¿Necesitas dinero?

—¡Por mi sangre te juro que no me guía el interés! ¡Es que me has «hipnotizao»! Pero si quieres ser rumboso, hay una pulsera, que vende doña Tránsito, la fiadora... Por «cincuenta ojos de buey» quedas como un marqués...

Basilio sacó la cartera y le introdujo tres billetes azules por el descote.

—Toma, zalamera.

La cartera abierta mostraba un alucinante abanico de billetes de Banco. En medio había un rollo de recortes de periódicos.

—Chaval, ¿cómo l'abillas? Y estos papeluchos, ¿qué son?

Eran diferentes periódicos de la época del asesinato del doctor. Basilio los guardaba por algunos datos que le parecían interesantes.

La «Bella Medusa» desdobló los papeles amarillentos. En el primero aparecía un fotograbado del señor Catafalco, de perfil, presentando al lector su ojo turbio y alucinante.

La cantatriz exhaló un grito y se puso pálida.

—Y tú, ¿por qué conservas esto? ¿Qué vas a hacer con este retrato?

Basilio preguntó rápidamente:

—¿Has conocido tú al señor Catafalco?

—¿Al señor qué? Este no se llamaba así. Era un médico muy rico, al que

«apiolaron».

—¿Pero tú le conocías?

—Como que fue el que me lanzó... Bastante dinero «le aflojó» a mi madre.

El detective estaba encantado con el hallazgo.

—A mí no me gustaba. Era rico y generoso; pero era un tío muy feo. Tenía un ojo turbio que daba pánico. Además, entonces fue cuando yo me encapriché con el «Chulo de la Mostaza», que, como ves, es un tipo castizo, y tuvimos muchos disgustos.

—Y el «Chulo de la Mostaza», ¿conocía al doctor?

Basilio ve una pista clara. El chulo es el matador del señor Catafalco. Tal vez en un raptó de celos, quizá por despojarle... Pero esto último es poco verosímil. El doctor fue muerto en medio de la calle; el robo era, pues, muy difícil. ¿Sería cómplice la «Bella Medusa»? Aquel grito, aquella palidez ante el retrato del doctor, eran sospechosos.

—Robinsón de Mantua, ¿se quedaba contigo algunas noches?

—Por desgracia mía se quedaba. Pobre señor; pero ¡es que tenía un ojo...! Si tú le hubieses visto.

Basilio acarició la moneda rota y se estremeció.

—¿Y llevaba dinero encima?

—Siempre. Dinero y alhajas; llevaba sobre su persona un capital. Pero no vayas a sospechar de mi novio. Es muy chulo, pero muy decente. No sé por qué me figuro que tú eres de la «bofia».

Basilio fumaba su pipa silenciosamente.

La «Bella Medusa» se estaba delatando. ¡Ya decía él que aquel rufián tenía mala cara!

La cantatriz subió al tablado a cantar el último número de la noche.

—Mañana te espero en mi casa. ¿Irás?

—Iré —replicó Basilio, y salió lentamente del café del Rubí. Se oía a la cupletista, cantando con una voz metálica y desgarrada:

Y tengo en mi cabecera,
al lado de San Antón,
un retrato de Vicente
Pastor.

Ya en la calle se volvió para lanzar tras la vidriera la última mirada a su amor. Entonces la mampara del cafetín se abrió y asomaron dos hombres que, al ver a Basilio, retrocedieron enseguida.

—¡Es chocante! Estos hombres me espían.

Echó a andar a buen paso, y tras de la primera esquina se detuvo. Las dos

sombras venían detrás. Eran dos enlutados, con sombrero redondo y dos gruesos garrotes.

—¿Quién podrán ser? ¿Acaso dos atracadores que me han visto el dinero cuando saqué la cartera?

Estaba en una red de callejuelas propicia para el atraco. Casi corriendo llegó a la plaza de Antón Martín. El último tranvía había pasado. Basilio se lanzó a un taxi.

Un minuto después escuchó que otro coche rodaba detrás del suyo.

—No cabe duda, me siguen. ¿Se propondrán asesinarme? ¿Serán los criminales, que al verme sobre la pista quieren deshacerse de mí?

A pesar de su exterior «detectivesco» y de las dos pistolas que traía, Basilio tenía mucho miedo, iba obsesionado por la persecución. Al llegar a la Puerta del Sol dejó el vehículo.

Había bastante gente en la plaza —buscones, torerillos, aventureras y señoritos trasnochadores—. El bullicio y la luz le tranquilizaba. Comenzó a pasear, y muy pronto observó que los desconocidos venían en su pos. Súbitamente concibió un plan, quería verlos la cara. ¡A la una, a las dos, a las tres! Tomó impulso y... se lanzó a toda velocidad sobre sus perseguidores, que al verle llegar como un ciclón se detuvieron sin saber dónde ocultarse.

Al llegar junto a ellos abrió la boca y se restregó los ojos, suponiendo que se trataba de un fenómeno de su «mediumnidad». ¡Los espías eran los parientes taciturnos y sospechosos que heredaron al señor Catafalco!

—¡Buenas noches, queridos señores! ¡Otra vez pónganse la nariz postiza para que no les conozca! —les gritó burlón, y huyó a grandes zancadas.

A lo lejos, quedaron chasqueados los perseguidores.

—Heme aquí ante dos pistas. ¿Cuál es la verdadera? Sin duda alguna, al señor Catafalco le mataron para quedarse con su dinero. ¿Ha sido el amante de la hermosa rubia? Todo se puede esperar de aquel chulo, valiente de oficio. ¡Oh, tal vez ella fuese su cómplice! Lo cierto es que aunque le repugnaba físicamente, ella estaba en relaciones con el doctor porque era rico. Aquí hay un buen camino. Seguramente ha sido el chulo... Pero ¿y aquellos buitres de parientes? ¿Qué hacían en el café-concierto? ¿Por qué me seguían? ¿Estarán complicados en el crimen misterioso? ¡Oh, no sé por qué, me da el corazón que éstos le degollaron para heredarle!

Basilio está, como vemos, un poco embrollado. Para poner en orden sus ideas, enciende su pipa y lanza una bocanada de humo azulado. Después empieza a toser rabiosamente, porque la pipa le destroza la garganta. Pero él está encantado, porque todos los detectives que ha visto en el cinematógrafo fumaban en pipa. Es una fusión un poco absurda de la ciencia de Gorón y de la nicotina.

UNA PARED QUE ANDA

BASILIO está muy enamorado de la cupletista. Después de la hora del café se pasa el resto de la tarde en casa de la diva, una vieja mansión en la calle de Luciente, en el apartado barrio de la Morería.

Las casas tienen un alma que habla misteriosamente a las personas sensitivas. En las cámaras, donde pesa el espíritu de varios siglos, parece que flotan jirones de todas las vidas que han alentado entre aquellos muros. Queda algo de nuestra propia sustancia en los lugares por donde pasamos, donde queremos intensamente a una mujer, donde lloramos las tragedias irremediables de nuestra existencia.

En las casas donde se ha cometido un crimen parece que un hálito glacial de la ultravida, como una mano de brumas, nos oprime el corazón. ¿Será el espectro de la víctima que yerra por el lugar de su suplicio? ¿Será la sangre derramada, que flota invisible en el ambiente, como una evaporación ponzoñosa? Basilio no se encuentra bien en casa de la «Bella Medusa». Tiene una sensación angustiosa, como un triste presentimiento, como la proximidad de una emboscada o de un misterio.

Esta tarde sus inquietudes han aumentado por una causa verdaderamente inexplicable. Cuando llegó, su amante estaba poseída por una terrible crisis nerviosa.

Su madre, la respetable doña Penélope, una verdadera «mamá de teatro», preparaba la vigésima taza de tila con gotas de azahar.

—No sabe usted, amigo Basilio. ¡Desde anoche está así el alma mía! ¡Y no le falta razón, porque esta maldita casa está embrujada!

Basilio hizo un guiño terrible y se apresuró a «tocar madera».

—A ver... Cuéntenme lo que ha pasado... No me sorprendería nada... Esta casa tiene «algo» que no me gusta.

Habló la cantatriz, ya repuesta del síncope:

—El caso era que al volver anoche del café, serían las cuatro de la madrugada, me acosté; pero como no tenía sueño, me puse a leer el folletín de La mano del ahorcado o la mártir de su virtud, porque me interesaba mucho saber en qué quedaba el secuestro de la desgraciada Algemira y si al fin era hermana o no del príncipe Alberto...

Basilio la interrumpió indignado:

—Supongo que no irás a «colocarme» todo el folletín.

—Estaba en el momento en que Algemira se dispuso a beberse el veneno que lleva en la sortija que le dio el príncipe..., cuando resonaron unas pisadas en la pared y sonó una voz lejana. Como si me hubiera picado la tarántula, tiré el folletín y me levanté.

—Pero, a ver si nos entendemos: ¿Quién oyó las pisadas en la pared, la desgraciada Algemira o tú?

—¡Yo! No te digo que dejé el libro y me arrojé de la cama.

El detective sonrió burlón.

—¿Y eso es todo? No debes leer folletines, porque se te suben a la cabeza.

La cupletista se desesperaba.

—¡Te juro que no era alucinación! Oí perfectamente las pisadas, y luego una voz que hablaba; pero las palabras eran muy confusas. Pero ¡aún hay más! Cuando oí hablar, creí que eran ladrones y di un grito. Mi madre, muy asustada, corrió a ver qué me sucedía. Aquí está ella, que no me dejará mentir. Cuando yo grité, las pisadas cesaron de repente...

Intervino doña Penélope:

—Yo también creí que estaba mareada, porque, como usted sabe, en el café la convidan a una a tantos licores, y hay que alternar, porque el amo lo que quiere es que hagan gasto los «canelos»... Bueno; el hecho es que, cuando le estaba convenciendo de que se volviese a la cama, sonaron tres golpes en el tabique. ¿Quién anda ahí? —grité más muerta que viva—. Figúrese usted el miedo que sentiríamos cuando oímos que la pared se reía...

—¿Pero qué historia me están ustedes contando?

—Le juro a usted que oímos una risa que salía de esta pared. Claro que es absurdo que las tapias se rían; pero lo hemos oído perfectamente. Después sonaron de nuevo las voces confusas...

—¿Han preguntado ustedes al vecino de al lado?

—Al lado no hay ningún vecino. Esta pared, por el exterior, da a la calle.

La «Bella Medusa» exclamó:

—Cuando comenzaron a sonar las pisadas en la pared las oí cerca del techo; después resonaron más abajo, y, por último, las risas las oímos como debajo de la cama...

Basilio sacó su cuaderno y apuntó estas interesantes observaciones.

—¿No cree usted que serán las almas en pena? Yo he oído decir que cuando necesitan algo de los vivos, los asustan hasta que se les dice una misa.

—No mezcle usted las cosas sagradas de la religión y de la muerte —repuso Basilio—. A todos los fenómenos hay que buscarles primero una causa natural. De todos modos, no digo que no sean los muertos...; pero me parecen unos difuntos poco serios los que se dedican a trepar por las paredes como los gatos.

—Yo he pensado que acaso fuese mi pobrecito Bernardino —repuso, temblando, doña Penélope.

El difunto Bernardino, tercer esposo de la señora, era un apuntador que falleció de una monstruosa borrachera de ginebra.

—Si fuese el sinvergüenza de Bernardino —gritó la cantante, exasperada al oír hablar de su padrastro—, prueba a dejar un duro en sitio visible. Seguramente aun en

espíritu «arrea con las cinco beatas».

Basilio cortó aquella conversación poco seria.

—Vamos a ver la casa.

Era ésta un edificio del siglo XVI, destartado y sombrío. Constaba de piso bajo y principal. El bajo, tres habitaciones y una tienda a la calle, lo ocupaba un zapatero remendón con su familia; del principal era inquilina la «Bella Medusa». La casa hacía esquina; precisamente la habitación de los ruidos extraños estaba en el ángulo; así es que no tenía proximidad ni medianería con otra casa, dé la que se pudiera suponer que surgían los ruidos.

De no ser un sueño la versión de las dos mujeres, los pasos tenían que ser cosa extranatural.

A su pesar, Basilio siente la atracción de lo maravilloso. Empieza a creer que unos seres invisibles andaban por la pared y luego se reían del estupor de las dos mujeres. Por si acaso hallaba algún indicio, siguió recorriendo la casa.

Se componía de un salón muy amplio, con balcón, y un gabinete enorme y un poco aguardillado, sin más ventilación que un mechinal con dos hierros en cruz. Siguiendo un pasillo oscuro, hacia el interior, a la derecha, enfrente de la puerta de la escalera, la alcoba de la cantatriz, «el cuarto de los ruidos», con una ventana a la calle. El corredor continúa unos cinco metros y se presenta una pequeña escalera con seis peldaños, que conduce al fondo de esta casa vieja y absurdamente planeada. La primera estancia es el comedor, también disparatadamente grande; enseguida otra alcoba, la ocupada por la madre, una cocina, y a la derecha un pequeño desván.

Basilio lo inspecciona todo cuidadosamente y no encuentra nada de particular. Únicamente a la derecha de la escalerilla que conduce al comedor vio un hueco, como el de una chimenea, en semicírculo. Era extraña la existencia de una chimenea de leña en aquel sitio. Por el primer escalón tenía unos cincuenta centímetros de altura e iba disminuyendo a medida que se elevaba la escalera, hasta desaparecer el arco en el cuarto peldaño. Lo más chocante era que el hueco estaba cubierto por una espesa plancha de hierro mohoso, como los cierres de las chimeneas. Parecía que aquello era anterior a la edificación de la escalera. Basilio pensó que pudiera ser la chimenea de un viejo salón, desaparecido por reformas posteriores de la finca, y del que se hicieron dos cámaras. ¡Los arquitectos antiguos hacían unas casas tan estafalarias! Todo su talento lo empleaban en las edificaciones religiosas. Golpeó sobre el supuesto cierre de hierro mohoso; rebuscó a ver si se podría abrir. No halló ningún resorte; sin duda se cerraba a ras del suelo, y la escalerilla tapaba las juntas y la llave. De todos modos, ¿qué importaba una chimenea desusada, empotrada entre los peldaños por un edificador de poco gusto estético? Abandonó aquel chiribitil, habitado probablemente por una república de ratones, y se dispuso a emprender investigaciones más serias. Al cabo de una hora de husmear, rebuscar, medir y hacer

hipótesis fantásticas, Basilio estaba lo mismo que al principio; esto es, sin saber una palabra.

Como ya se acercaba la hora de ir al café-concierto, la «Bella Medusa» se vistió, se maquilló, se perfumó, y a los pocos momentos abandonaban la casa de los ruidos inexplicables.

* * *

Al día siguiente los periódicos daban con grandes titulares la noticia de que a la «Bella Medusa» le habían robado de su domicilio un cofrecito con alhajas, valorado en cincuenta mil pesetas.

UN ANIMAL FANTÁSTICO

COPIAMOS el interesante relato del suceso que hacía el diario La Tarde:

«La «Bella Medusa», la celebrada artista de varietés, fue anoche víctima de un robo de importancia, cometido con circunstancias muy misteriosas, en su domicilio, calle de Luciente, número 4. De un armario de luna colocado en la alcoba de la artista ha desaparecido un cofrecito con alhajas por valor de diez mil duros. La puerta del piso no presenta señales de haber sido violentada, ni tampoco el mencionado armario de luna. Preguntado el sereno de la calle, declaró que no había abierto la puerta de entrada a nadie más que a la cantante, que llegó a las cinco de la madrugada, en compañía de su madre y de un caballero. No vio tampoco a ninguna persona sospechosa rondar por los alrededores. El otro vecino de la casa, un maestro zapatero, estuvo conversando con el vigilante hasta las dos de la madrugada. Es un viejecito, con su esposa y una hija enferma. La calle de Luciente es muy corta, es, por tanto, fácil de vigilar, y afirma que en toda la noche, a excepción de la robada, nadie ha entrado ni ha salido de la casa en cuestión».

He aquí el relato de la perjudicada:

«—Anoche, después de salir del café-concierto, nos dirigimos a mi casa. Nos abrió el sereno, nos despedimos en la puerta de un amigo que nos acompañaba, y subimos la escalera. Al llegar frente a la puerta de nuestro piso, yo creí escuchar rumor de pasos. Con el natural sobresalto escudriñamos la escalera, sin ver absolutamente nada. Abrimos, y a la luz indecisa de la cerilla, vimos al fondo del pasillo un bulto negro que parecía rebuscar por el suelo. ¡Yo juraría que era un perro negro, probablemente un Terranova! Al otro lado del animal había una pequeña claridad, como un hilo de luz en línea recta. Estaba en el pasillo, precisamente frente a la puerta de mi alcoba y de espaldas a ella. Al ruido que nosotros produjimos, aquel bulto impreciso se puso en dos patas, e inmediatamente se apagó el hilo de luz a que antes he hecho referencia. ¡Lo vimos ponerse en dos patas y huir velozmente por la escalerilla que conduce al comedor! ¡Oímos con la mayor claridad el ruido de sus pasos en la madera de los peldaños, un ruido blando, breve, como el de las pezuñas de un animal o de una persona que anduviera descalza! Me inclino a creer que era un perro, y no demasiado grande, porque al ponerse en dos pies tendría a lo sumo un metro de altura. También me pareció que tenía el cuerpo demasiado grueso; pero esto era difícil de apreciar justamente, porque la figura fantástica se desdibujaba entre las sombras espesas del corredor. Dominando nuestro temor, abrimos la llave de la luz eléctrica; avanzamos, encendiendo todas las luces de la casa... y no encontramos a nadie, ni rastro del perro fantástico. Inmediatamente nos apercebimos del robo de las alhajas.

»Al principio la presencia del animal misterioso nos pareció una alucinación de

nuestra retina; pero la falta evidente de las joyas nos induce a creer en la existencia de un audaz ladrón de carne y hueso. Respecto a la visión, me ratifico en que parecía un perro negro y no una persona; primero, porque lo vimos perfectamente rebuscando por el suelo, en cuatro patas, y segundo, porque al ponerse de pie tenía una altura notablemente menor que la de un hombre.

»También haré constar, aunque con ello no consiga más que aumentar el misterio de este embrollado asunto, que la noche anterior oímos unos pasos cautelosos en “la pared” del cuarto en que se ha cometido el robo. Aunque parezca absurdo, los oímos “precisamente en la pared”; después fueron descendiendo, y al fin, escuchamos que alguien invisible “se reía”, cerca ya del suelo. No creo que estos datos sean muy útiles para la autoridad, y comprendo que son difíciles de creer; pero yo los refiero porque estoy completamente segura de su autenticidad.

»Ignoramos lo que pensará la Policía; pero a nosotros nos parece muy interesante la declaración misteriosa de la cupletista. Sabemos que el juez no le ha prestado mucho crédito, por lo que en ella interviene lo maravilloso. Nos permitimos aconsejarle que rebusque con voluntad e inteligencia, porque en el fondo de lo sobrenatural no hay nunca más que lo natural desconocido.

»A última hora ha sido detenido un amigo íntimo de la damnificada, sujeto de dudosos antecedentes, que presta sus servicios como “cantaor” en el café-concierto».

Al día siguiente, en el mismo periódico:

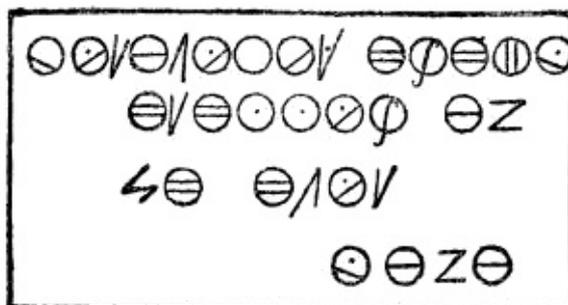
«En nuestra información de ayer omitimos un detalle de mucha importancia. La “Bella Medusa” había notado la falta de unos pendientes de oro con orla de perlas, y en el centro una de esas gemas que se llaman vulgarmente “ojo de gato”. Momentos después de ser descubierto el robo encontró en el corredor, justamente en el umbral de su alcoba, uno de los pendientes, que el fantástico desvalijador, sin duda, dejó caer en su fuga.

»Este detalle indica que realmente “hay suceso”, contra la opinión de la Policía, que cree que la «Bella Medusa» nos ha contado un cuento de brujas, probablemente para llamar la atención y hacerse una reclamé.

»Otro hallazgo menos comprobatorio, pero bastante singular, es el de una tarjeta pequeña, que estaba cerca del pendiente aparecido, que presenta, dibujados a mano, con tinta corriente, unos extraños signos que, a primera vista, parecen dibujos caprichosos e ingenuos trazados por la mano de un niño. Fijándose detenidamente, se nota una repetición de idénticas figuras —círculos pequeñitos, atravesados por rayas y puntos, o sencillamente garabatos que a veces parecen letras latinas—, lo que hace sospechar que se trata de los signos de una clave indescifrable. Ni la artista ni su madre conocían en su casa la existencia de la tarjeta y no saben quién la pudo llevar. Ambas se hallan presas de frecuentes crisis de nervios, porque juran que el bulto que vieron en el corredor el día de autos no era el de un hombre, sino el de un perro negro

que, al llegar ellas, se puso en dos patas y huyó.

»Como curiosidad, ofrecemos a nuestros lectores una reproducción de la tarjeta a que hacíamos referencia más arriba:



»Como creemos que este asunto novelesco interesa grandemente a la opinión, hemos encargado una información especial al popular periodista que firma en nuestras columnas con el seudónimo “El Duende de la Corte”.

EL ERUDITO DE LAS GAFAS AZULES

BASILIO está hondamente preocupado. Tiene mucho interés en descifrar el misterio del robo de la «Bella Medusa», pero piensa que esto le va a apartar de sus investigaciones sobre el asesinato del señor Catafalco. Y éste es el principal deber que tiene que cumplir. ¡Le ha dado su palabra de honor a la propia víctima!

A veces, en esos momentos de ausencia del pensamiento, en que parece que funciona libremente la subconsciencia, Basilio cree que entre ambos sucesos hay un hilo misterioso de unión. Después, pensando serenamente, esta relación le parece una cosa absurda.

En una visita de inspección que «El Duende de la Corte» ha hecho a casa de la cantante del café-concierto, Basilio se ha hecho muy amigo suyo y se le ha ofrecido como colaborador. El periodista, que es un muchacho muy inteligente y muy simpático, ha aceptado, jovial, la amistad de un personaje tan pintoresco como Basilio, que además lleva siempre fuertes sumas en la cartera.

Todas las tardes le va a buscar a la Redacción para cambiar impresiones e intentar pesquisas, que hasta ahora, desgraciadamente, han sido infructuosas.

El periodista calcula bien. Relaciona los fenómenos de la víspera —las extrañas pisadas, las risas— con el robo. Supone que el autor conocía la vida que se hacía en la casa y el sitio preciso en que se guardaban las joyas. La fuga misteriosa del ladrón, que no violenta la puerta, al que no ha visto el vigilante nocturno, que desaparece misteriosamente dentro de la misma casa después de ser visto, tiene una relación indudable, aunque hasta el momento ignorada, con los ruidos del día anterior. Opina que se trata de salteadores audaces y nada vulgares, y que la entrada a la casa la debieron practicar por el tejado, por donde luego huyeron, pasando tal vez a una guardilla, alquilada por algún compinche. Y desde allí, por la escalera, tranquilamente a la calle.

Las pisadas y las risas debieron oírlos en el techo, y no en la pared. La idea de que vieron un animal negro, de un metro de altura, le desconcierta un poco.

—¿No le parece a usted que los ladrones pudieron valerse de un niño, unos de esos precoces ladronzuelos que abundan en Madrid? Esto explicaría que el bulto que vieron huir no tuviera más que un metro de alto. Además, si la entrada fue por el hueco de la chimenea de la cocina, como supongo, tal vez no cupiera el cuerpo de un hombre, mientras que el de un chico de doce años se deslizaría perfectamente.

—Me parecen excelentes sus hipótesis —repuso Basilio—. Pero ¿cómo explica usted la súbita desaparición? Por muy rápido que se hubiera colado por la chimenea, y aunque desde el tejado le ayudasen, hubiera sido visto por la robada, que, según dice, se precipitó tras la figura misteriosa, encendiendo a su paso todas las luces eléctricas.

—¿Y qué opina usted de la rara tarjeta hallada junto al pendiente caído en la precipitación? Para mí, el hallazgo de ambas cosas prueba que la cantante no se equivocó totalmente al juzgar que era un animal lo que vio a primera vista. Su impresión es exacta. Era, sin duda, el ladrón encorvado, tanteando el suelo, para buscar algo muy importante que se le había caído. Entre las sombras, y a cierta distancia, podía muy bien un chicuelo, encorvado, parecer a una imaginación amedrentada un fantástico perro negro. Recuerde usted que al otro lado de la figura se veía un hilo de luz en línea recta, el cual se extinguió al abrirse de improvisó la puerta del piso. No cabe duda que se trata de una pequeña linterna eléctrica. Después, la fuga en la oscuridad indica que el ladrón conocía perfectamente la casa y el camino de su escondrijo. Volviendo a los objetos que buscaba por el suelo, ¿cree usted que sentía haber perdido el pendiente o la tarjeta?

—Sin duda alguna, el pendiente, porque descomponía el juego de una joya de gran valor.

—Está usted equivocado. Hubiera necesitado conocer la existencia de la alhaja de antemano o haber examinado el contenido del cofrecillo, y no creo que un ladrón, por sereno que sea, se dedique dentro de la casa a hacer el inventario de las cosas que roba. Tiene prisa por huir. El cofrecillo no tenía llave, y cayó el pendiente al suelo. Él no sabía lo que había caído en la semipenumbra, se inclinó para buscar, y en aquel momento, sin duda, oyó ruido de un papel que se desliza del bolsillo. Entonces pensó en una tarjeta interesante que él llevaba, se buscó, y al no hallarla, encendió su linterna. Esto debió suceder precisamente en el momento en que la madre y la hija abrían la puerta. No le dieron tiempo de terminar su rebusca y desapareció. Yo creo que le debió contrariar mucho perder la tarjeta.

—¿Y por qué había de interesarle el extravío de esa cartulina que, aun suponiendo que fuese una clave, nadie la sabe descifrar?

En este momento, el ordenanza de la Redacción entró a decir a «El Duende de la Corte» que un señor deseaba hablarle urgentemente.

—Será algún inoportuno. ¿No ha dicho su nombre?

—No, señor.

—¿Qué aspecto tiene?

—Es un individuo alto, negro, bastante viejo. Lleva unas gafas azules. Dice que tiene que comunicarle una noticia muy interesante respecto al robo de la calle de Luciente.

—Hágale pasar enseguida. ¿Qué nueva sorpresa nos aguardará, amigo Basilio? ¡Con tal de que no sea un tonto que nos haga perder el tiempo!...

Se oyeron pasos en la galería, y apareció un sujeto de muy pintoresca catadura. Iba envuelto en un carrik color de pizarra, con las manos abismadas en unos inmensos bolsillos. Se tocaba con un amplio chambergo de alas caídas; una bufanda a

cuadros liada a su cuello. No se le veía apenas el rostro, muy flaco, con una dureza de cartón, con las señales azulosas de la barba rasurada. Una enorme pipa pendía de su boca, y sobre el caballete de la nariz descansaban unas gafas azules.

El periodista se adelantó cortésmente.

—¿En qué puedo servirle, caballero?...

Sin responder, el hombre de las gafas azules dio tres pasos al frente y se tumbó en un sofá, y con el cuento de su bastón dio tres golpes en el suelo. Después pareció escuchar... Al cabo de unos instantes de silencio, el periodista preguntó:

—¿Si fuese usted tan amable que me dijese con quién tengo el honor de hablar?

...

La voz del hombre de las gafas azules sonó como desde el fondo de una catacumba...

—Nada le interesa mi nombre, ni hace falta que lo sepa. Yo soy un viajero infatigable...

Los interlocutores empezaron a alarmarse.

—Este señor es un loco y viene a darnos la tarde... —murmuró Basilio en voz muy queda.

—¡No, señor, no estoy loco...! —gritó el hombre de las gafas, poniéndose en pie—. Y le advierto que es inútil que hable en voz baja, porque oiré perfectamente todo lo que diga —y agregó con un acento melodramático:

—¡Estoy acostumbrado a oír los ruidos del seno de la tierra!...

El periodista comenzó a impacientarse.

—Le ruego que nos explique el objeto de su visita...

El visitante aspiró una gran bocanada de humo.

—Yo soy un viajero infatigable...

—Muy bien. ¿Y qué?

—He recorrido el mundo a pie y sin dinero. He navegado por todos los mares y he volado por todo el espacio azul. Sólo me falta visitar el fuego central de la tierra, donde viven las salamandras.

Y lanzó una larga carcajada, que parecía un aullido, como si hubiese dicho una cosa muy ingeniosa.

—Pero lo visitaré. Allí encontraré el premio de mis desvelos. Pero, en el ínterin, no tengo recursos...

—¡Ah, vamos, es un «sablazo»! —murmuró Basilio entre dientes.

El visitante le miró furioso.

—¡No, señor, no es un sablazo! Yo soy un hombre digno. Y le repito que oigo... hasta lo que se piensa. Continúo. En mis viajes he adquirido conocimientos poco comunes. En Bolivia he vivido entre los indios tahuanacos; conozco a perfección sus costumbres y su lenguaje.

—¿Y quiere usted publicar artículos de viajes? Muy bien. Yo hablaré con el director, y se le contestará.

—Nada de eso. Yo no soy literato. Yo vengo a vender a ustedes o al periódico el alfabeto indio tahuanaco.

—¿Y para qué nos puede ser útil a nosotros ese alfabeto?

El señor de las gafas encendió su pipa y replicó, subrayando las palabras, seguro del efecto que iban a causar:

—La cosa está clara: para descifrar la tarjeta misteriosa encontrada en la calle de Luciente...

Basilio y el periodista dieron un salto.

—¿Qué ha dicho usted?

—Que si me dan veinte duros, dentro de breves instantes ustedes mismos podrán traducir la tarjeta misteriosa por medio de mi alfabeto.

Basilio estaba muy emocionado, muy nervioso. Toma al periodista de un brazo y le lleva al hueco de una ventana.

—Yo creo que este extraño individuo dice la verdad. Debemos darle esas pesetas.

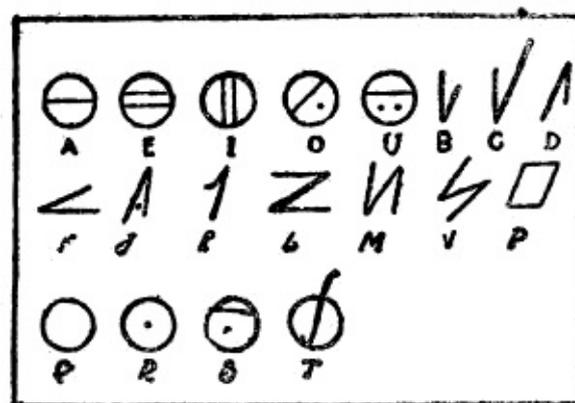
Y murmuró al oído del «Duende»:

—Acaso sea un cómplice despechado o que se encuentre en un apuro.

El Hombre de las gafas azules gritó, con su voz de sochantre, sin dignarse volver la cabeza:

—¡Este caballero no dice más que tonterías! ¿Tengo yo aspecto de salteador? Le repito que soy un viajero infatigable...

Intervino el periodista para calmar su justa indignación contra Basilio, y, previa entrega del dinero, el visitante les dio un cartón con los signos que copiamos:



Febrilmente, buscaron la tarjeta enigmática y la cotejaron con el alfabeto del hombre de las gafas azules.

—¡Sí, efectivamente! Los signos coinciden. ¡A ver! La «a» corresponde a este redondelito con una línea transversal; la «r», con esta circunferencia, con un punto en el centro, se puede descifrar...

—¡Esto es un verdadero hallazgo!...

—Ahora que, a ustedes, les será difícil descifrarlo...

—¿Entonces?

—Vean ustedes: la tarjeta está escrita al revés. Lean de abajo arriba, empezando por la derecha. ¿Eh? Por lo visto, los que la han escrito confiaban mucho en la clave. ¡Je, je! No contaban con este viajero infatigable...

Y, llenos de impaciencia, asieron de los brazos al viajero infatigable, y le gritaron, al mismo tiempo, en sus sutiles orejas, capaces de oír el ruido del seno de la tierra:

—Usted lo ha traducido ya, seguramente. Explíquenos usted inmediatamente lo que dice esta tarjeta.

—Está muy claro. La tarjeta misteriosa dice:

A las doce, en la Torre de los Siete Jorobados.

UN HILO DEL OVILLO

LOS dos amigos se pusieron, con el mayor interés, a traducir ellos mismos el contenido de la tarjeta. Sí, allí decía, efectivamente: «A las doce, en la Torre de los Siete Jorobados». Pero esto, ¿qué significaba?

El repórter exclamó, dirigiéndose al señor de las gafas azules, al que habían abandonado, sentado en el sofá:

—Hágame usted el favor. ¿Ve usted otro signo, alguna cosa olvidada, algún indicio interesante en esta tarjeta?

El interpelado no respondió.

Los dos amigos volvieron hacia el sitio donde suponían que se hallaba el viajero infatigable, y se quedaron estupefactos. El señor de las gafas azules había desaparecido, sin despedirse.

—¿Habremos sido víctimas de un timo? —dijo Basilio—. Este buscón ingenioso puede haber inventado una clave con la fotografía de la tarjeta a la vista, y...

El periodista se dio una fuerte palmada en la frente.

—¡Ah! ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? Ahora lo comprendo claramente. No nos han timado, no; este hombre raro que se ha ido tan poco cortésmente, nos ha descubierto el hilo del ovillo. ¡Esto marcha perfectamente, amigo mío!

Basilio no comprende nada, como de costumbre.

—La «Bella Medusa» dijo que vio un animal negro, como un Terranova, como de un metro de alto, ¿se acuerda usted? Bien; pues la traducción de la tarjeta coincide con su afirmación, que tan absurda ha parecido a la Policía. Vea usted la tarjeta. La cupletista dijo lo que vio. ¿Sabe usted ya quién ha sido el autor del robo?

A Basilio le sorprendió la pregunta con la boca completamente abierta.

—¿Usted cree... que ha sido, efectivamente, un perro de Terranova? —replicó como hipnotizado.

—¡Qué disparate! El ladrón de la calle de Luciente... ¡es un jorobado! Vea usted la declaración: «Me inclino a creer que era un perro, y no demasiado grande, porque al ponerse en dos pies tendría, a lo sumo, un metro de altura». Aquí está comprobado. También me pareció que «tenía el cuerpo demasiado grueso...». ¿Lo comprende usted ya? «Tenía el cuerpo demasiado grueso» para su altura. Esta gordura, este bulto excesivo, era la joroba. En realidad, estamos lo mismo que antes. Pero tenemos un hilo de la madeja. Sabemos que fue un jorobado, confiando un poco en lo imprevisto; esto quizá sea mucho. Además tenemos el alfabeto, la «clave» de su escritura, y ellos, los que sean, no lo saben, porque el alfabeto que nos ha dado el hombre de las gafas azules no se publica, por ahora, en el periódico. Sería una torpeza. Lo guardaremos cuidadosamente... por si nos es útil en una ocasión inmediata.

—Concretando: el ladrón de la calle de Luciente es un jorobado. En la tarjeta se

da una cita «a las doce», en una Torre insospechable que se llama «de los Siete Jorobados». Tenía yo razón cuando supuse que le había contrariado mucho el extravío de la tarjeta. ¡Tenemos que descubrir esa Torre fantástica! ¡A las doce! ¡Hora de las brujas y de los aquelarres!...

El repórter contuvo el desbordamiento de su entusiasmo.

—¡Calle! El día del robo fue precisamente sábado. Nuestro jorobado estaba citado en el «monte de Santa Walpurgis». ¡Parece una cosa de brujería! — interrumpió con una sonora carcajada—. ¡Les vamos a cortar las orejas a todos los brujos y a todos los jorobados!

Entonces Basilio le refirió que como él era muy supersticioso, creía que los gibosos eran «talismanes» que daban buena suerte en el juego, y se había hecho amigo hasta de una veintena de estas simpáticas tortugas, a las que solía invitar a café.

—Con estos sucesos imprevistos hace ya tiempo que no los veo. ¿Le parece a usted que esta noche les hagamos una visita?

La proposición fue aceptada por el periodista. Ya en la calle, exclamó irónicamente:

—Y ese absurdo erudito de las antiparras azules, ¿será de carne verdaderamente? Sin duda se ha esfumado en el aire o se lo habrá comido el pavimento. ¿Qué le parece a usted?

LA SERENATA MISTERIOSA

EN el café no hallaron a ningún corcovado. El camarero les dijo que, al dejar de ir Basilio, se había disuelto la tertulia.

—¡Es raro que se llevasen bien tantos jorobados! —exclamó el repórter—. ¿Dice usted que se reunían muchos?

—Y todos son muy simpáticos. Malato, Martín y, sobre todo, Sabatino. ¡Oh! Este es muy inteligente y muy extraño. Es tan supersticioso como yo, y ha traído de la India muchos amuletos. A mí me encanta su compañía. ¿Quiere usted que le visitemos y le refiramos todo lo que pasa?

—Visitarle, bueno; pero no debemos decirle nada absolutamente.

—¿Sospecha usted de él? Eso es una locura. Es el hombre mejor que conozco.

—No tengo motivo para sospechar. Pero estamos buscando un jorobado y no tenemos derecho a afirmar que no sea éste. Tal vez, no; pero, quién sabe... Para hacer bien las cosas, hay que aprender a callar... y a tener paciencia.

Decidieron pasar la velada en el café-concierto. Charlando alegremente se perdieron en las callejuelas del Madrid antiguo.

—Este barrio es muy interesante —dijo el periodista—. Da la sensación de que se está muy lejos de Madrid. Parece un rincón poético de una provincia castellana.

Estaban en la calle del Sacramento, solitaria y silente. La calle prócer y antigua de las nobles casonas con escudos, llenas del prestigio legendario del siglo XVII, aparecía envuelta en la luz fría y verdosa de la luna, que fantasmagorizaba los viejos campanarios y los tenebrosos pasadizos.

—Entre la sexta y séptima ventana asesinaron a Escobedo, el secretario de don Juan de Austria. Mire usted la casa del valido Antonio Pérez. Este es el pasadizo del Panecillo; la calle del Rollo es un pintoresco telón de época. Vea usted el soberbio palacio de Cisneros. ¡Qué gran silencio pesa sobre estas piedras, doradas por los siglos! ¡Cuántas leyendas, cuántos misterios guardarán estos muros! Aquella casa es la de la leyenda del espadín del guardia de Corps...

Estaban en la iglesia de San Justo. El periodista se disponía a contarle a Basilio la tradición madrileña del guardia que pasó una noche de amor con una hermosa diablesa, cuando sonaron pasos acelerados sobre las piedras con verdín del callejón del Codo, una interesante encrucijada que hay al pie de la torre de los Lujanes. El «Duende» volvió distraídamente la cabeza y exclamó sonriendo:

—Amigo Basilio, por aquí viene un jorobado. ¿A ver si es el que buscamos?

Basilio observó atentamente.

—¡Qué feliz casualidad! ¡Es mi amigo Malato! ¿Dónde irá por aquí a estas horas? Vamos a llamarle... Pasaremos un buen rato. Sabe unos cuentos verdes muy divertidos.

El «Duende» le tapó la boca.

—No le vamos a llamar; lo que vamos a hacer es seguirle.

—¿Y para qué? ¿También sospecha usted de éste?

El periodista confirmó sus sospechas de que Basilio era tonto de capirote.

—¿Qué es lo que lleva en la mano? Parece un violín enfundado, ¿verdad?

—No tengo noticia de que sea músico. Pero, efectivamente, parece un violín.

El jorobado llegó a la esquina de la plaza del Cordón. De repente se detuvo. Durante unos segundos pareció escuchar. Miró recelosamente a todos lados, y siguió lentamente su camino.

El seguimiento era muy difícil. Las calles estaban solitarias. El jorobado se daría cuenta inmediatamente de que era espiado.

Afortunadamente, caminaba bajo la claridad de la luna, y los dos amigos pudieron seguirle, al amparo de las sombras de los edificios. Continuó muy despacio por la calle del Sacramento, llegó hasta el atrio de Santa María y retrocedió con la misma parsimonia. De vez en cuando levantaba la cabeza, como si le interesasen las fachadas antiguas.

—Este hombre espera a alguien. Le hemos oído venir con buen andar; al llegar aquí se detiene y se dedica a pasear románticamente la calle. No creo que se trate de una cita amorosa.

—Fíjese: ahora saca una cosa del bolsillo. Se lleva las manos al rostro. ¿Eh? Parece que se ha puesto unas antiparras.

—Efectivamente, se ha puesto unos anteojos negros. Este hombre hace cosas un poco extrañas. ¿Ve usted cómo hemos hecho bien en no llamarle?

El espiado venía lentamente hacia ellos por la acera de enfrente. Llegó otra vez hasta la gran plazoleta solitaria. Parecía que ahora andaba más deprisa. De repente cruzó la calle en dirección a sus espías. A la luz de la luna vieron entonces los redondeles negros de las gafas, como dos cuencas de calavera, sobre el rostro, muy pálido.

—Este hombre ha notado que le vigilamos y se nos echa encima con cualquier pretexto para vernos la cara. Embócese usted para que no le conozca, y guarde silencio.

A los pocos segundos el jorobado se contorcía a sus pies, con el chapeo mugriento en la mano. Los negros redondeles se clavaban tenaces en los desconocidos.

—¡Hagan un bien de caridad al pobre ciego!

—¡Ah, farsante! —pensó el candoroso Basilio—. ¡Ahora me pesa todos los cafés que te has tomado a mi costa, viejo galápago!

El «Duende de la Corte» le dio un puñadito de calderilla. El fingido mangante se sentó en un poyo, siempre con el rostro vuelto a sus seguidores.

—Continuemos. El bribón notó que le espiábamos y se ha burlado de nosotros. Esto se pone más difícil. No se irá de ahí hasta que no desaparezcamos. Después, cualquiera le encuentra. Hemos estado muy torpes, amigo Basilio.

Siguieron lentamente hacia la plaza de Puerta Cerrada.

—Comprenderá usted que este hombre que se finge ciego y mendigo y evita nuestras miradas, tiene algo que ocultar.

Y añadió con sorna:

—¿Qué le parece a usted su amigo Malato, su «talismán»?

Habían llegado a la esquina, frente al palacio episcopal. Basilio volvió la cabeza y lanzó una exclamación.

—¡Ya ha desaparecido!

—Era de esperar. Ahora vamos a escudriñar en todos los escondrijos del barrio. El jorobado tiene que hacer por estas calles. Si no se mete en alguna gazapera, es probable que le encontremos en alguna de estas encrucijadas. Pero hay que ir con más cautela. Usted sígame, muy pegado a las tapias, aprovechando las sombras y los recodos.

Torcieron por la calle del Sacramento, bajaron por la del Cordón, cruzaron la de Segovia, ante la vieja fuente de Santa María, coronada por los altos cipreses del jardín conventual, y ascendieron por la retorcida del Cubo de la Almudena.

—¡Si viera cuánto me interesan las casas de este barrio! Me gustaría penetrar en todas. Este rincón era la Morería; por aquí vivieron muchas familias hebreas. Hace ya tiempo que sueño con una sinagoga oculta. Ya le explicaré esta suposición en otro momento.

Al dar la vuelta se encontraron otra vez en el extremo de la calle del Sacramento. No habían topado con ninguna persona en su paseata. Continuaron hasta la encrucijada de la calle del Rollo. Era ésta una rúa oscura; en el suelo crecían los hierbajos entre las piedras puntiagudas; avanzaron lentamente; a la izquierda había unas demoliciones; a la derecha, dos casas muy altas, formando un recodo sombrío. La luna festoneaba de una luz verde y fantasmal los altos tejados, se deslizaba por las vidrieras, bruñía de plata los campanarios y las caperuzas verdinegras de las casucas.

Como una sombra brujesca, cruzó rápidamente un gato vagabundo.

La callejuela torcía un poco a la izquierda, y el pavimento se hacía más pino. Comenzó a dar las doce el reloj de las monjas.

Los dos amigos desconfiaban de hallar al jorobado, cuando al resonar pavorosa la última campanada, en el hondo silencio que se hizo en las encrucijadas, escucharon la dulce melodía de un violín.

—¡Debe de ser él! ¿A quién diablos le estará dando la serenata?

El repórter, arrastrándose a ras del suelo, asomó un ojo por el esquinazo.

—¡Allí está! Mírele usted sentado en aquel pedazo de pretil que hay a la derecha.

Y toca bien este diablo de jorobado. ¿Oye usted? Es el aria de Bach.

—¿Habrá alguna dama en algún balcón y la querrá enamorar románticamente?

—No se ve a nadie en las ventanas.

—Será una serenata en honor del claro de luna.

—Hay motivos para suponer que no se trata de un soñador... Esta música puede ser una contraseña.

Había cesado la melodía. En el silencio sonaron los herrajes de una puerta. El jorobado cruzó la calle rápidamente y se deslizó por el hueco de un portón claveteado, apenas abierto, que se cerró tras él con un golpe mesurado, discreto, cauteloso.

Lentamente llegaron enfrente de la casa. Era una humilde construcción de un solo piso, vasta y sólida, probablemente de mediados del siglo XVI, muy parecida a la de la calle de Luciente. No había luz en ninguna de las ventanas; pegaron el oído a la recia puerta; no escucharon los pasos del músico en la escalera.

Esperaron un poco, suponiendo que se iluminaría algún balcón.

A la derecha se veía el Viaducto, en lo alto, coronado de farolillos, y más al fondo, largas vías de luces sobre la hondura negra de la ciudad, como caminitos ideales en el misterio.

—Puede que viva, sencillamente, en esta casa; pero hay que reconocer que llama a su casa de un modo muy poético.

En lo alto de la calle del Rollo apareció la linterna de un guardián nocturno.

El «Duende de la Corte» dio dos sonoras palmadas. Cuando se acercó el vigilante, le puso en la mano una moneda de plata.

—¿Me hace el favor de decir en qué piso vive un señor un poco cargado de espaldas, que toca el violín?... Le hemos visto entrar ahora mismo. —Y añadió por lo bajo a Basilio—: Probablemente no le conocerá...

El asombro aumentó la natural brutalidad del rostro del vigilante, que respondió secamente:

—En esta casa no vive nadie en ningún piso.

—¿Qué dice usted?

—Digo que hace más de cinco años que la denunciaron y que está desalquilada completamente.

—Pero si nosotros hemos visto...

El buen hombre, sin duda para tranquilizarles, murmuró:

—Sería un fantasma... Y no se figure usted que es el primero. Pasan cosas muy raras en este barrio...

El periodista estaba pensativo:

—¿Será esta casuca, vieja y misteriosa, la Torre de los Siete Jorobados?

UN SEÑOR QUE ES UN POCO MAGO

APROVECHANDO la invitación de Victorio Sabatino, Basilio le ha visitado. El jorobado le ha invitado a cenar y le ha dado una comida espléndida. De sobremesa fuman dos «lirios» cubanos de aromático humo. La esposa del doctor les escucha en silencio. Es una dama muy bella, morena y arrogante; tiene una hermosura melancólica, de pena resignada, como si en sus ojos flotase eternamente la visión de ocultas e inolvidables tragedias. Recuerda la «Madona del niño», de Rafael. Los esposos se tratan fríamente, con un afecto que tiene más de apariencia cortés que de cordialidad.

Victorio Sabatino no es muy viejo, a pesar de su melena completamente blanca, que parece una bonita peluca de nigromante. Toda la noche ha hablado de sus preocupaciones supersticiosas, lo que ha hecho que Basilio pierda por completo su ecuanimidad. Frota rabiosamente los cuernecitos de marfil, toca la moneda partida, se agarra a su llave como un náufrago a una tabla flotante. El médico jorobado le está dando una sobremesa desastrosa.

—Yo creo en el sentido oculto de ciertas cosas que parecen pueriles. No cabe duda que es una imprudencia poner una cama con los pies en dirección a la calle. ¿Eh? Esto tiene un valor alegórico que hay que saber entender. Los muertos salen con los pies hacia delante. Y ¿no le escalofría a usted ver que se rompe un espejo sin que nadie lo haya tocado? ¡Tris! ¡Tris! Es una mano misteriosa que en medio de la noche ha arañado el cristal con un diamante invisible. En aquella casa una vida va a quebrarse misteriosamente, sin que se sepa más. Lo extraordinario nos envuelve y nos envía mensajes que pocas veces sabemos comprender... Es precisa una gran agudeza de la sensibilidad para saber oír el lenguaje sin palabras de las cosas.

—¿Y usted cree que los muertos vuelven, querido Sabatino? —preguntó Basilio con una voz de ultratumba—. Porque a mí me suceden cosas maravillosas...

El jorobado meditó:

—No sé... Como médico, creo que no. La energía y la materia vuelven al gran crisol universal; pero la conciencia del yo se pierde; es un fenómeno meramente subjetivo que sólo persiste durante el éxodo por la tierra. Algunos aseguran que los han visto... Yo creo que son alucinaciones de los histéricos, autohipnosis peligrosas para la armonía fisiológica.

—Sin embargo, yo... Pero, en fin, no quiero entretenerle con historias de aparecidos. Como usted sabe, yo fui enfermo de epilepsia; tal vez esté soñando algunas veces.

—Sin duda, amigo mío. Los que están enterrados, no salen de sus cajas...

Basilio creyó notar un ligero temblor en la voz de Victorio Sabatino.

—Este hombre no está muy seguro de lo que dice —pensó—. Adopta este gesto

escéptico de espíritu fuerte; pero hay en sus ojos una sombra de miedo, una inquietud ante la idea de que sea verdad. Lo cierto es que no es muy agradable esta facultad mía que me hace, a veces, saludar a los espectros como a los contertulios del café. Y nunca estoy seguro de no estar hablando con una sombra. ¡Pero yo sé fijamente que «ellos» vuelven, que andan entre nosotros!

Estas últimas palabras las pronunció en voz alta. La señora del doctor no parecía muy encantada con aquel diálogo.

—¿Sabe usted fijamente que «ellos» vuelven, que andan entre nosotros? —preguntó la dama con voz estremecida—. ¡Qué horror, si eso fuese verdad!

Sabatino la miró duramente, con sus ojos metálicos y penetrantes.

—Tranquilízate, querida; nuestro amigo Basilio sueña a veces. Yo niego que los que han sido puedan venir a mover las patas de un velador. Eso sería absurdo. Los avisos de lo inescrutable, que algunos señores de espíritu fuerte llaman supersticiones, son otra cosa. Que se rompa un espejo sin que nadie lo toque, es augurio de muerte, y esto no tiene explicación en la lógica vulgar. ¿Por qué ha de causar maleficio? ¡Ah, eso yo lo sé bien!... Se trata de penetrar el sentido alegórico de las cosas del misterio que se nos manifiestan simbólicamente. Es la interpretación esotérica, el sentido mágico de esos sucesos brutales, al parecer, que nos hielan de terror a los supersticiosos.

—¿El sentido mágico de las cosas? —preguntó alarmado Basilio, mientras pensaba: Este señor va a terminar por volverme definitivamente loco.

—Sin duda, querido Basilio. Todas las cosas tienen su significado mágico, y sólo las podemos comprender los que conocemos el alfabeto. Es un conocimiento poco común. La Inquisición se encargó estúpidamente de cegar ese prodigioso manantial de ciencia. Todo lo quemó con los cueros de las brujas. Porque yo estoy convencido de que las brujas han existido verdaderamente.

—¿Se está usted burlando de mí?

—Hablo muy en serio. Hay magia blanca y magia negra. Pues bien: la negra hace de un hombre un diablo poderoso que puede trastornar las leyes físicas... al menos en apariencia. Ahora, querido Basilio, le anuncio solemnemente que tiene usted el honor de estar hablando con un señor que es algo mago.

Y Sabatino hizo una reverencia burlesca. La dama estaba tan pálida, que parecía de mármol; pero no osaba intervenir en aquel diálogo absurdo, y miraba al corcovadito con la mirada humilde y medrosa de un perro a su amo.

Basilio no comprendía bien cómo aquella mujer tan bella había ligado su vida con el jorobado, extravagante y despótico.

—¿Se queda usted muy asombrado? Esto es más interesante que sus aparecidos. Es una misteriosa manifestación de energía, pero «vida» al fin. Sus muertos de usted, si acaso los ha visto, sólo son el fantasma magnético de los vivos que se desdobl原因

durante el sueño. El que consigue esto conscientemente, es mago. No hacían más las brujas para trasladarse la noche del sábado a la montaña de Santa Walpurgis. La mayor parte de los sujetos que se desdoblan no recuerdan nada al despertar, y es que desconocen ese milagro de energía que existe latente en ellos mismos.

—No era esa sombra astral, amigo Sabatino. Sepa usted que yo he estado hablando y he estado viendo a diario a un hombre que hacía diez años que había sido asesinado misteriosamente. Lo he comprobado yo mismo en persona.

Hubo un torvo silencio lleno de aletazos de lo inescrutable. El jorobado cerró los ojos, en una reconcentración profunda. El viento batía en las vidrieras con un ulular largo y triste como un sollozo.

Un perro aulló en el jardín, y la luz de la lámpara se amortiguó, como si se hubiera interpuesto un fantasma... Sonó la voz de Sabatino como subrayada de ironía.

—¡Fantasmas..., fantasmas! Todo se transmuta, todo se confunde en el gran crisol del Universo. La carne es savia bajo la tierra para los nuevos frutos y las flores de las primaveras futuras, y la fuerza que nos anima torna a ser energía en la energía del espacio. Lo demás es soñar. Desgraciadamente, no se vive más que esta vez, y no hay tiempo para saber, para escrutar todas las maravillas inescrutables. Los hombres viven como bestias, sin ninguna sed espiritual. En cuanto conquistan la comida diaria, la casa y las vestiduras, ya están satisfechos. Se casan y hacen chicos, y después se mueren. ¿Vale la pena de vivir así?

—¿Ustedes no han tenido hijos? —preguntó Basilio, que quería llevar la conversación a terrenos menos escalofriantes.

Los ojos de Victorio Sabatino brillaron con humedad de llanto. Miró a su esposa, y sólo aquella vez había un dulce sentimiento en aquellas miradas.

—Sí, tuvimos una niña... que murió. ¡Era la única! ¡La vida tuvo la crueldad de matarla! ¡Fue la enorme catástrofe de nuestras almas, un desmoronamiento de toda nuestra existencia! ¡Es el dolor de los dolores!

La dama sollozaba. Basilio comprendió por qué aquella mujer tenía marchitos sus divinos ojos de «madona» rafaélica.

—Y ¿de qué enfermedad murió? —preguntó, hondamente emocionado por aquella llaga viva que sangraba aún en el alma de sus amigos.

—¡Eso es lo más horrible! Murió de un mal extraño, que ningún médico pudo comprender.

Y Sabatino asió a Basilio fuertemente del brazo.

—Pero yo sé que nos la arrebató lo «misterioso», amigo mío. ¡El maleficio nos mató a nuestra hija, y ella era la única razón que yo tenía para vivir!

El jorobado parecía sufrir espantosamente. Basilio se puso súbitamente de pie. Un escalofrío glacial le corría por la espalda. En su memoria surgían las palabras del

doctor Robinsón de Mantua. ¡Ah, sí, aquel extranjero de quien hablaba en su mensaje póstumo era, sin duda, Victorio Sabatino! El falsificador Benelli de Castellovechio era aquel hombre que estaba llorando delante de él. El señor Catafalco no le vio jamás; sólo había oído su voz, una voz metálica e imperativa, detrás de un cortinón. Basilio estaba seguro de que era él aquel supersticioso de quien se burlaba el doctor infortunado. Quiso dar un golpe teatral.

—¿Qué impresión le hacen a usted esos hombres que tienen un ojo turbio y hueco, con el que nos miran fijamente?

Sabatino, muy rápido, hizo unos signos raros con las manos, como una figura mágica, en la que había cuernos y triángulos salomónicos.

—¡Son abominables! ¡Abominables! ¡Traen un infortunio certero! —Después clavó su mirada metálica en Basilio—. ¿Por qué me ha preguntado usted eso?

—No... por nada. A mí también me dan mucho miedo.

—Ellos no conocen tal vez el maleficio que ejercen, pero es seguro. ¡Ay, tan seguro! Crea usted que yo destruiría a todos los tuerfos que encuentro en mi camino. Sólo la magia tiene poder para desvirtuar su fatal hechizamiento. —Y como hablando consigo mismo, añadió—: ¡Yo llegué entonces demasiado tarde! —Su cabeza de nigromante se hundió en el pecho, bajo la corcova. Parecía una enorme tortuga vertical. Basilio estaba ya seguro de que era Alfonso Benelli de Castellovechio. ¿Habría alguna relación entre las ciegas supersticiones del jorobado y el asesinato misterioso? Los poderes trágicos de que hablaba aquel hombre, le preocupaban hondamente. En realidad, el señor Catafalco había muerto como por artes de magia.

Era ya tarde cuando salió del hotel. Tenía fiebre. Los faroles del camino parecían bailar un charlestón inverosímil. Iba devanando tan extraños sucesos como un sonámbulo, perdido en las galerías alucinantes de una pesadilla.

UN SECUESTRO MISTERIOSO

ERA muy temprano cuando Basilio Beltrán fue a la Redacción a buscar a su camarada. Iba decidido a referirle detalladamente todos los episodios de la historia del señor Catafalco, que le pesaban en su ingenua imaginación hiperestésica como una mano de hierro. ¡Si no se aclaran pronto todos estos sucesos, Basilio teme por su razón!

El periodista le escuchó maravillado. De todos modos, comprendió bastante bien el alucinante y grotesco relato y creyó firmemente en la veracidad del narrador. El «Duende de la Corte» es un espíritu enamorado de lo misterioso y tiene una considerable erudición ocultista. Le encanta encontrar un caso tan estupendo, y confía en desentrañar las causas secretas.

—Ya verá usted; con el asesinato del doctor y el robo de la «Bella Medusa», vamos a tener un gran éxito de público. Lo del doctor Robinsón de Mantua será como un folletín que apasionará a los lectores. ¡La vida es la más hábil noveladora!

De repente se quedó pensativo.

—¡Qué extraña coincidencia! Creo recordar que me ha hablado usted de unos parientes del muerto que le parecían a usted sospechosos.

—Sí; dos buitres enlutados que me siguieron una noche al salir del café...

—Y que viven en la plaza del Alamillo...

—Ciertamente; pero no recuerdo haberle dado a usted ese detalle.

—¿Ha leído usted el último número de La Tarde?

—No.

—Pues hay otro suceso raro. Al leerlo le di gran importancia, y después de haberle oído su extraña historia del doctor, me fijó en una coincidencia de apellidos. Lo mejor es que lo lea usted mismo. Estamos ante una nueva complicación.

Basilio leyó con el mayor interés:

“Un secuestro misterioso.

“Lo que desde hace tiempo sucede en Madrid, es verdaderamente inexplicable. Hay robos, cuyos autores se desvanecen ante los propios ojos de sus víctimas; muertes a mano airada, sin que la Policía descubra a los asesinos, y, por último, un escandaloso e inconcebible secuestro, conjunto de cosas anormales que demuestran la existencia de unos audaces e inteligentes forajidos, y también que la Policía madrileña no sirve para nada.

“Hace cuatro días se presentó en la Dirección de Seguridad un caballero llamado don Federico de Mantua, de cincuenta años, rentista, domiciliado en la plaza del

Alamillo, a dar cuenta de la desaparición de un hermano suyo, en cuya compañía vive el denunciante. Ambos señores hacen una vida muy retirada; salen pocas veces, y siempre juntos, únicamente a asuntos relacionados con la administración de sus bienes o a ejercicios piadosos. De noche no tienen jamás costumbre de salir, y tienen escasas amistades.

“Después de cenar suelen jugar una partida de tresillo, en compañía de su amigo el presbítero don Elías Mendoza. El hecho es que la noche del jueves último el señor Mendoza se despidió de sus amigos, como de ordinario, a las once en punto. Momentos después, el denunciante y el hermano desaparecido, que se llama don Carlos de Mantua, tras de una ligera refacción, se dieron las buenas noches, y cada uno se encaminó a sus habitaciones particulares.

“Por la mañana, el criado que entraba a despertarle se encontró muy sorprendido con que don Carlos no estaba en el lecho, cuyas ropas en desorden indicaban que había dormido toda la noche, o al menos parte de la noche. Corrió a participárselo al hermano, a quien también extrañó extraordinariamente el hecho, por desconocer que don Carlos tuviera quehaceres tan de mañana, fue llamado el portero, que dijo que no le había visto salir, mejor dicho, que no había salido, porque desde que amaneció no había abandonado su chiribitil. Lo que les desconcertó más es que la llave de la puerta de la calle estaba en el sitio habitual. ¿Cómo, pues, ha salido don Carlos de Mantua sin ser visto del portero, y antes de abrir éste la puerta, sin haber utilizado la llave?

“Registrado el armario ropero, se han hallado todos los trajes del desaparecido, excepto una capa alemana, que solía estar colgada de una percha. Asimismo se ha encontrado el traje de diario, el que se quitó la noche antes de desaparecer, y las botas en la mesa de noche. De modo que no es lógico suponer que voluntariamente pudiera salir en pijama, envuelto en la capa y sin nada en la cabeza. Además de que únicamente pudo haber salido por un balcón o teniendo el don de pasar a través de los muros o de hacerse invisible a los ojos del portero.

“El señor Mantua ha desaparecido en su propia casa.

“La Policía, como en los casos precedentes, se ha limitado a asombrarse, y después ha acordado que todo era infundio del denunciante. La Policía, cuando no comprende un suceso, lo niega sistemáticamente. De todos modos, las declaraciones de los testigos confirman la versión del señor Mantua, quien está apenadísimo por la suerte misteriosa de su hermano, e indignado con la indiferencia de las autoridades.

“Ayer por la mañana volvió a comparecer para poner en manos de la justicia un documento de gran importancia, que demuestra la realidad de un secuestro tan audaz como incomprensible. Es el caso que ayer mañana fue despertado por su viejo servidor para entregarle un sobre que había traído el cartero. He aquí el contenido de la carta, escrita a máquina y sin firma ninguna:

«La vida de tu hermano vale cien mil pesetas. Deposítalas en un sobre en la mesa del salón».

«Han sido detenidos todos los criados de la casa. El juez supone que forzosamente tienen que estar complicados en este extraño asunto».

Se quedaron pensativos después de la lectura del suceso.

—¿Qué opina usted? —preguntó Basilio.

—Que el juez está equivocado. Se ha dejado despistar por las apariencias. El señor Mantua ha sido secuestrado en su propia casa, y los secuestradores exigen que se deposite el dinero encima de una mesa del salón. El juez piensa que en una casa donde no entran extraños, nadie más que los domésticos son los que pueden apoderarse de la suma del rescate. Esto es demasiado sencillo, y los forajidos, de ser los criados, habrían pensado que dejaban una huella indudable. Se trata de gente de fuera.

—Pero ¿cómo van a entrar a recoger el dinero en un sitio que estará sumamente vigilado? Se meterían ellos mismos en la ratonera.

—No sé cómo entrarán; pero esté usted seguro de que si dejan el dinero en el sitio indicado, desaparecerá sin que nadie sepa cómo...

—Entonces, ¿cree usted en la intervención de lo sobrenatural?

—Después de lo que me ha contado usted respecto al asesinato del doctor, ¿por qué no? Pero me inclino a creer que este asunto es de otra índole. Piden dinero, cosa que no les sirve de nada a los espíritus. Este misterio es parecido al misterio del robo de la calle de Luciente. El autor es perfectamente invisible, o, por lo menos, se evapora dentro de las habitaciones como el personaje de Wells.

—Me molesta esta nueva complicación, porque nos va a distraer de la persecución de nuestros jorobados misteriosos.

—Tal vez. Pero ¿por qué no han de estar estos sucesos íntimamente relacionados? Ahora vamos a trabajar. Usted se queda encargado de espiar a Sabatino, mientras yo visito la casa y hablo con el señor Mantua. Antes procuraremos entrar en la misteriosa mansión de la calle del Rollo, donde desapareció el jorobado del violín. Almorzaremos juntos, y después cada uno a su tarea. Y esta noche, como de costumbre, a las dos de la madrugada, nos reuniremos en el café del Rubí.

UN EXTRAÑO MEMORIALISTA

DESPUÉS de almorzar alegremente se encaminaron a la calle del Rollo.

—Probablemente no habrá ningún guardián, y la casa estará cerrada —dijo Basilio.

—No importa. Por alguna portera de la vecindad nos enteraremos, al menos, de quién es el dueño de la finca. Le hablaremos, y es fácil que nos permita visitar la casa. Estamos seguros de que allí se guareció el jorobado después de su serenata, que tenía todo el aspecto de una contraseña. Alguien le abrió la puerta, indudablemente. A pesar de que nos dijeron que la casa está desalquilada, y aunque esto sea cierto, dentro hay un escondrijo que nos interesa descubrir. Para eso hay que entrar.

Habían llegado frente a la casa deshabitada. Era una mansión maltratada por el tiempo; las desconchaduras, los chorreones descomponían la fachada, y una enredadera polvorienta y olvidada por los últimos vecinos trepaba por los balcones cerrados, sin cristales, con los postigos podridos por la humedad. El gran portón claveteado estaba cerrado asimismo.

Constaba de un solo piso, con dos balcones y un tragaluz redondo sobre la puerta. La fachada parecía un rostro grotesco de chata nariz, con una gran boca negra abierta en un bostezo, y tocado con una caperuzita de payaso, que tal parecía el tejadillo picudo y verdinegro.

Una comadre se atusaba las greñas sentada en el escalón de una portería próxima. Los dos amigos le preguntaron si conocía al dueño de la casa desalquilada y si podía indicarles su dirección. La buena mujer les miró con estupor, y exclamó alzándose de hombros:

—¡Y yo qué sé!

—Podía usted tener alguna referencia. Esta casa tiene, sin duda, un dueño; usted, como vecina, acaso pueda haber oído su nombre...

—¡Y yo qué sé! —replicó, dejando caer un mechón sobre su nariz, de un delicado color de berenjena.

—¿Usted cree que algún vecino de esta casa tendrá algún indicio...?

—¿Algún vecino? ¿Y yo qué sé si algún vecino sabrá algo de ese infundio que dicen ustedes? —y la comadre se plantó ante ellos en jarras, con gesto de armarles una marimorena.

—Esta tía es un pedrusco —murmuró Basilio.

—No se enfade usted, señora; es que nosotros...

—Oigan ustedes —atajó la mujer—. ¿Por qué me quieren meter a mí en líos? ¿Por qué todo eso no se lo preguntan al portero de la casa?

—¡Ah!, ¿pero esa casa tiene portero?

—¡Pues es claro! Alzan el picaporte, y enseguida le encontrarán, metido en su

cuchitril. Es memorialista.

—¡Acabáramos, buena mujer!

—Esta comadre tiene razón —dijo el periodista—. Nosotros habíamos prejuzgado que no había nadie en la casa, y eso ha sido la causa de esta escena de juguete cómico. Lo más natural hubiera sido... llamar a la puerta.

Así lo hicieron con el mohoso aldabón. Una vocecilla gritó desde dentro:

—Adelante.

Entraron en el zaguán. A la izquierda ascendía una escalera renegrada y estrechuca. Al fondo se veía un patizuelo, entre cuyos riscos crecía el verdín. A la derecha había una especie de caseta con un ventanillo. Pegadas sobre las tablas, varias orlas con primores caligráficos.

Por el hueco de la caseta se adelantaba un rostro de pajizo color, ojillos vivos y aviesos, bigotes caídos. Parecía abrigar un disimulado recelo ante la presencia de sus visitantes, que por su indumentaria no era presumible que fuesen a encargarle una misiva de amor u otro menester de su habilidad de pendolista.

—¿En qué puedo servirles, caballeros?

—Deseamos que nos enseñe usted la casa.

El memorialista se les quedó mirando de hito en hito.

—La finca está en estado ruinoso y ya no se alquila...

—Ya lo sabemos. No hemos pensado nunca en alquilarla...

—¿Entonces?

—Es un capricho. Si usted accede, se ganará una buena gratificación.

—¿Acaso nos toma usted por unos bromistas o por unos locos? No hay nada de eso. ¡Es un secreto, amigo mío!

El memorialista soltó una risita maligna y burlona.

—¡Hombre, con lo que a mí me gustan los secretos! A ver, cuenten ustedes...

—Pues verá usted: ésta es una casa del siglo XVI. Su primer dueño fue el señor don Álvaro de Monterrey, protonotario mayor de Castilla en tiempo del tercero de los Felipes, cuando en nuestra patria, según habrá leído usted en la Historia, no se ponía nunca el sol...

El periodista estaba asombrado oyendo a Basilio.

—¿Adónde diablos iré a parar?

—... No se ponía nunca el sol, ¿verdad? Pues ya de acuerdo sobre este bonito tópico de discurso académico, le diré que después pasaron los siglos...

—¡Notable descubrimiento! —arguyó con sorna el memorialista.

—No es mío —replica modestamente Basilio—. Ahora le diré que hemos llegado al último cuarto del siglo XIX.

—Magnífico salto.

—Con trampolín, mí querido memorialista. En este tiempo habitaba esta casa un

tataranieto del señor Monterrey.

—¡Qué casualidad! Un linaje completo de notarios.

—¡Y no hay por qué asombrarse! Hay familias enteras de sastres y de farmacéuticos. ¡Misteriosos imperativos de las especies!

“Continúo: este notario tenía en su poder un testamento de un tío mío, en el que me dejaba heredero...”

—¡Que sea enhorabuena!

Basilio lanzó un alarido:

—¡Desgraciadamente, aún no la puedo aceptar!

—Y ¿por qué?

—Escandalícese usted, amigo memorialista. Yo estaba lejos de España cuando falleció mi tío, y el notario se guardó el testamento... y el dinero. ¡Abominable conducta la de este funcionario!, ¿verdad?

—¡Abominable! —dijeron a dúo el reportero y el memorialista.

—Algunos años más tarde fue víctima de un accidente ferroviario. ¿No ven ustedes en esta desgracia el dedo de Dios? Llamó a un confesor, le reveló su falta, y le dijo que el dinero y las alhajas, ¡un verdadero tesoro!, lo tenía guardado en un camarín secreto, abierto en un muro de su casa de la calle del Rollo. Después estiró la pata.

—¡«Requiescat in pace»! —murmuró el memorialista.

—¿Comprende ahora nuestro interés en visitar esta casa? Aquí hay un tesoro que me pertenece. Si usted nos enseña la casa, de momento le gratificaré con cincuenta pesetas, y si encontramos el tesoro, ¡ah!, entonces cuente usted con un espléndido regalo.

El memorialista, que había oído todo el relato folletinesco con un gesto de burla, se puso serio súbitamente ante el billete de Banco de un alegre color de cotorra.

—Me sorprende esto mucho. No es usted la primera persona que me habla de que aquí hay un tesoro escondido.

—¿Cómo? —exclamó Basilio, mientras pensaba: ¿Habré acertado por casualidad?

—Aún no hace quince días vino un señor con gafas azules que quería ver la casa. Y me habló de ese tesoro oculto. Ustedes verán la finca; voy a buscar la llave. Aunque me figuro que no van a encontrar nada.

Cerró la ventanuca, se oyó el ruido de un picaporte, y el memorialista salió al patio. Al verle nuestros amigos, ahogaron una exclamación de sorpresa. El memorialista era propietario de una enorme joroba doble, por detrás y por delante, como la del señor Polichinela, de la comedia italiana.

Basilio, muy nervioso, sin saber apenas lo que decía, exclamó:

—¡Es extraño! He aquí un jorobado al que yo no he convidado nunca a café.

El periodista murmuró por lo bajo:

—Fíjese usted en la sortija que lleva este hombre.

El memorialista lucía en su mano, larga y amarillenta, una sortija de oro, en la que había engarzada una de esas gemas extrañas que se llaman «ojo de gato».

—¿Se acuerda usted del pendiente que se encontró tirado en casa de la cupletista?

—¡Vaya si me acuerdo! Como que se lo regalé yo.

—¿Recuerda usted que era un «ojo de gato» rodeado de perlas? Pues no es muy aventurado decir que este hombre lleva en la mano la gema del otro pendiente.

Hubo un momento de pausa. El memorialista estaba visiblemente inquieto. Mientras buscaba las llaves observaba de reojo a los dos amigos.

—Estábamos diciendo que tiene usted una bonita sortija. Esas piedras son poco comunes.

—Sí, eso dicen. Me la ha regalado un amigo...

—¿Quién es ese amigo? ¿Es tal vez un jorobado que toca maravillosamente en su violín el «aria» de Bach?

El memorialista dio dos pasos atrás, y les miró con estupor. Sus manos tenían un ligero temblor, y estaba intensamente pálido.

—Yo no conozco a ningún violinista... Esta sortija me la trajo un amigo que estuvo en América...

El «Duende» se hizo cargo de que el jorobado estaba dominado por el miedo, que disimulaba torpemente.

—Perfectamente. Nosotros no dudamos de lo que usted dice. Pero ¿por qué nos niega usted que tiene un amigo músico, que viene a darle serenata por la noche? Le hemos visto nosotros entrar en esta casa.

—¿Y ustedes quién son para hacerme tantas preguntas? —exclamó con una voz chillona, fulgurantes de rabia sus ojillos aviesos.

Basilio replicó socarronamente:

—Ya lo sabe usted: unos herederos que vienen en busca de su tesoro.

—¡Ya me daba a mí mala espina el cuento del tesoro!

Intervino el «Duende de la Corte»:

—Quiénes somos nosotros, lo va usted a saber, para su mal, si no nos enseña pronto la casa con todos sus escondrijos.

—¿Son ustedes agentes de Policía? —y el hombrecillo temblaba hasta oírse el castañeteo de sus dientes.

—Eso lo sabrá usted después. Ahora, pronto, condúzcanos a la Torre de los Siete Jorobados.

Estas palabras fueron de un efecto fulminante. El memorialista tenía una expresión de estupor enorme. Se comprendía que le parecía milagroso, incomprensible, que aquellos desconocidos le hablasen de cosas que nadie podía

saber. Estaba ante ellos confundido, lleno de un pánico supersticioso. Aún se atrevió a balbucir:

—Yo no sé dónde está esa Torre de que me hablan...

—¡Basta de fingimiento! Comprenda que estamos muy bien enterados, y para convencerle le diremos que su sortija haría buen juego con un pendiente de la «Bella Medusa»... Ya sabe usted, la del robo de la calle de Luciente, de cuyo suceso usted debe poseer más detalles que nosotros. Es graciosa la cara de sorpresa que pone usted, preguntándose quién serán estos dos demonios, estos zahoríes que conocen lo que usted y los otros seis compadres creían que era un secreto impenetrable. De modo que no perdamos tiempo: nosotros sabemos que aquí es donde está ese escondrijo de audaces y misteriosos desvalijadores: esa Torre endiablada de los Siete Jorobados.

—¿Conque ustedes están seguros de que aquí es donde está la Torre de los Siete Jorobados? —repitió el memorialista. En sus ojillos hubo un chispazo de malicia, y su semblante se tornó más tranquilo.

—Completamente —exclamó Basilio—. Si usted nos ayuda a descubrirla, aún puede esperar algo de nosotros...

El jorobado parecía titubear. Casi sollozando exclamó:

—¡Yo no soy culpable de nada! Si ustedes me salvan a mí, yo les revelaré el secreto camino de la Torre...

—¡Oh, hable usted inmediatamente!

—Les suplico que obren con cautela... Es una aventura muy peligrosa, que nos puede costar la vida a todos.

—Estamos prevenidos —y Basilio exhibió sus dos pistolas.

—Además, yo les exijo que me dejen huir libremente cuando les dé la clave para apoderarse del jefe de la secta. En cuanto caiga él, los otros están también perdidos. ¡Será un asunto muy escandaloso; hay personas muy importantes comprometidas!

—No perdamos el tiempo. Condúzcanos enseguida a ese tenebroso nidal de forajidos.

—¿Me prometen dejarme escapar si yo cumplo mi ofrecimiento?

—Se lo prometemos.

—Pues bien, vamos allá. Antes me permitirán que coja mi gorra, porque el camino es húmedo, y yo padezco grandes constipados de cabeza.

Basilio exclamó, encañonándole con sus pistolas y sacando una voz estentórea, insospechable en un joven tan dulce generalmente.

—¡Si intenta usted escapar, es usted difunto!

—Ya sé que estoy cogido, y me resigno con mi suerte —y penetró en su chiribitil.

—¡Hemos triunfado! —dijo Basilio, resplandeciente de júbilo—. Ya hemos descubierto la Torre de los Siete Jorobados.

El memorialista rebuscaba en un manajo de llaves. Desde donde estaban los dos

amigos se veía perfectamente el interior de la caseta. Comprendiendo que era imposible la huida, Basilio dejó de apuntarle con sus pistolas. De repente, el periodista exclamó:

—¡Qué es lo que hace este hombre!

Basilio no vio nada; sólo oyó la puerta del chiribitil que se cerró con estrépito, y el ruido del pestillo al correrse. Violentamente se lanzaron sobre la puertecilla, que resistió a su empuje.

—¡Tratará de ganar tiempo, porque la huida es imposible!

—¡Hay que echar la puerta abajo inmediatamente! Los dos amigos dieron un violento empujón a la puerta, que al desencajarse de sus goznes saltó en astillas, y se precipitaron dentro del chiribitil.

Se quedaron mudos de asombro. ¡El corcovado memorialista había desaparecido!

—¡Este bribón se ha burlado de nosotros!

—Pero ¿por dónde se ha podido marchar?

La caseta era un cuadrado de un metro y medio, sin más comunicación que el ventanillo. En el centro había una mesa llena de papeles y una percha en la pared de tablas.

—¿No nos encontraremos ante un fenómeno sobrenatural? —exclamó Basilio, agitando, nervioso, sus amuletos de marfil.

—¡Verdaderamente, parece que este hombre se ha evaporado! —dijo el «Duende de la Corte», no menos perplejo.

Al ruido que hicieron al tirar la puerta acudió la comadre que estaba en la puerta y otras varias vecindonas, que al oír el estrépito, y viendo a Basilio tan nervioso, con una pistola en cada mano, comenzaron a lanzar grandes alaridos.

—¡Que quieren matar al memorialista!

—¡Socorro! Que vaya una a llamar a la pareja.

—¡Asesinos! ¡Asesinos!

Los dos amigos, acosados por la jauría porteril, no sabían qué hacer.

—¡Yo la emprendería a tiros con esta bandada de brujas! —aulló Basilio, en el colmo de la indignación.

—Lo más razonable es que nos marchemos.

Y después, dando varios golpes con su bastón en una gran baldosa del suelo del zaquizamí:

—¿Oye usted cómo suena a hueco? Por aquí ha huido el memorialista. Esta es la entrada de la Torre de los Siete Jorobados.

—¿Usted cree que se ha filtrado a través de esta losa? —dijo Basilio en su afán de hallar siempre explicaciones maravillosas.

—¡No, hombre, no! Esta piedra tiene algún resorte, y al girar la baldosa debe abrirse una escalerilla. Este es el escondrijo, la torre fantástica.

—Pero ¿no le parece absurdo que una torre esté en un sótano? Confieso que no comprendo una palabra.

—Ya volveremos —dijo el periodista sonriendo—. Ahora, huyamos de las uñas de estas arpías... Y mañana, según hemos concertado, usted entra como pueda en casa de Sabatino, y yo iré a casa del secuestrado pariente del señor Catafalco. A esta casa vendremos por la noche, cuando estas brujas estén en su agujero.

El «Duende» encendió su pipa tranquilamente.

BASILIO, EL CONQUISTADOR

—¡ES preciso entrar, sin ser visto, en casa de Sabatino..., o Benelli, o como mil diablos coronados se llame este hombre misterioso!

Así pensaba Basilio aquella mañana, y, convenientemente disfrazado, se fue a rondar el hotel del italiano. ¿Qué resorte podrá jugar para conseguir su propósito? El amor y el dinero son las palancas que mueven el tingladillo humano. El odio, la vanidad, el miedo, la ambición, sólo son sus consecuencias, los resortes menores. Amor y dinero son las palabras mágicas de la existencia. Basilio lo sabe y busca la manera de ponerlos en práctica.

Enfrente del hotel hay una taberna, desde cuyo fondo se domina perfectamente la mansión de Sabatino. Basilio invita a beber al tabernero, y hábilmente conduce el diálogo a tratar del médico italiano. Pero el buen hombre no sabe nada más sino que posee una formidable joroba. A la tienda suele ir su criado, que tiene gran afición al aguardiente; pero es poco charlatán. Es florentino, como su amo, y siempre parece tener un humor de todos los diablos. Este sujeto tan desapacible, y Rosa, la doncella de la señora, constituyen la única servidumbre del doctor.

Basilio conoce a esta muchacha, muy morena y muy desenvuelta. Es la que les sirvió durante la cena.

—Mire usted, aquél es el criado de confianza del doctor. Puede que el señor Escole entre a tomar la mañana.

No se equivocó el tabernero. El señor Escole cruzó la calle y entró en la tienda. Pidió una copa de ginebra y la apuró de un trago; después chasqueó la lengua contra el paladar. En seguida pagó, y se fue sin pronunciar una palabra.

El señor Escole era un perfecto tipo de degenerado. Pequeño, flaco, amarillento de cara, con los ojos fijos y un poco estrábicos. Los labios pérfidamente finos. Andaba como un autómatas, con los brazos y las piernas rígidos. Vestía bien, con más elegancia que la que correspondía a un fámulo.

—Pues nunca habla más que ahora. Es más serio que un entierro de tercera — exclamó el tabernero—. Aunque tiene «pasta», no es aficionado a mujeres ni a meterse en «juerga». ¡Parece que está hético!

—Y la muchacha, ¿es tan fúnebre como su compañero?

—¡Quiá! Ella es muy pizpireta, y se vuelve loca en cuanto oye un piropo. No tardará en salir para el mercado.

A Basilio le preocupa la manera de andar del señor Escole. Recuerda las palabras de Robinsón de Mantua. El criado de Sabatino anda como un muñeco movido por un resorte, igual que andaba el muchacho misterioso, flaco, amarillo y mal vestido que perseguía al señor Catafalco dos meses antes de ser asesinado. Y la edad coincidía perfectamente. El señor Escole tendría apenas treinta años. ¿Qué relación existía

entre Escolle y Sabatino?

—Creo que he tropezado con el hilo —pensaba Basilio—. Asisto a la resurrección de dos personajes relacionados con «mi» crimen, no sé cuan íntimamente. Victorio Sabatino es el falsificador supersticioso a cuya hija no acertó a curar Robinsón de Mantua. A mí me ha dicho que odia a todos los tuertos y que dispone de poderes ocultos. Está claro que odiaba al señor Catafalco, porque creía que había hecho mal de ojo a su hija, que era su gran amor. Ha pasado en la India diez años, esto es, el tiempo que hace que murió el doctor, y ahora reaparece ante mí en la misteriosa compañía de este sujeto, que camina de la misma única manera que andaba el perseguidor del infortunado doctor; creo que esto se va poniendo claro. «A usted le asesinarán a distancia», dijo la profetisa. Esto explica, en parte, que nadie, ni la misma víctima, haya visto al matador. ¿Será verdad que Sabatino posee poderes mágicos? Un asesinato a distancia me parece una cosa perfectamente absurda. ¡Animo, Basilio; presiento que no tardarás mucho en descifrar este enigma alucinante!

La voz del tabernero le sacó de sus reflexiones.

—Mire usted la doncella. ¡Qué simpática y qué castiza! ¡Olé ya lo bueno! ¡Por usted sería yo capaz de no bautizar el vino! ¡Negra!

El buen hombre se ladeó la gorra y se puso en jarras para ver pasar a la mocita.

Basilio pagó y se fue tras ella.

Y no era zahareña la mocita. En seguida pegó la hebra del palique, muy contenta de que un señorito le hiciese el amor. Pero Basilio sufrió una gran herida en su amor propio «detectivesco». La doncella le dijo, después de una gran carcajada:

—¿Por qué se pone usted esas gafas azules? Usted es el amigo que la otra noche cenó con mi señor.

Basilio arrojó las gafas y se puso rojo. ¡El creía que no le habría conocido su señora madre! ¡El pequeño Sherlock Holmes había hecho el ridículo!

Entonces la dijo que desde aquella noche había quedado encantado de su gentileza; que era hombre rico, y que si correspondía a su amor la sacaría de aquel estado de servidumbre, regalándole joyas, vestidos magníficos y hasta un «Mercedes» si le agradaba el vértigo de la velocidad. La chica le oía asombrada. Era bonita y coqueta; ya sabía ella de otras que habían hecho una suerte parecida.

—Pero ¿no será usted un bromista? Le ha entrado demasiado fuerte el amor.

Basilio insistió, pintándole su cariño con tonos muy ardientes. Tras de una breve resistencia consiguió que la moza aceptase un obsequio de valor. Fueron a una joyería y eligió unos pendientes, por los que el galán pagó 500 pesetas. Rosa creía que estaba asistiendo a la representación viva de un cuento de hadas.

Para pagar exhibió la cartera, repleta de billetes, fue un deslumbramiento. Rosa pasó todo el día cantando, rompió más platos que de costumbre y contestó mal a la

señora y le sacó la lengua al señor Escole, que era un mayordomo tan antipático que ni una sola vez la había abrazado en la sombra propicia de las galerías.

Se vieron varios días seguidos. Basilio manifestaba una gran impaciencia amorosa.

—¿Por qué no quieres? Esta misma noche...

—En casa, no. Es muy fácil que nos cojan. Yo pienso despedirme enseguida, y entonces...

—No; ha de ser esta misma noche. Me seduce el peligro de la aventura. ¿Te acuerdas de la pulsera que vimos el otro día? Te la llevo luego si me das la llave...

La muchacha, que no tenía mucho que guardar, harta de recorrer bailes y de andar con los novios por los gabinetes amorosos de los merenderos, accedió, deslumbrada por el regalo.

—Yo dejaré entornada la verja. Mi cuarto da al jardín; es fácil entrar por la ventana. Vas a las diez, y allí te aguardas a que todos se hayan retirado. Es lo mejor, porque las llaves las tiene siempre el señorito. Ante todo, procura que no te vea el mayordomo, que a veces se pasea toda la noche por el jardín como un fantasma.

—Y ¿por qué se da esos paseos? Es muy raro ese mayordomo.

—Es un tío que está loco. Muchas veces le he preguntado si estaba enfermo, y él ha seguido paseando, sin contestar y sin siquiera mirarme. Y lo extraño es que anda sin nada a la cabeza, aunque llueva a mares, o se acuesta sobre la hierba mojada. Rara es la noche que no se da su paseo. ¡Está para que lo «aten»!

EL CAZADOR, CAZADO

ERA la noche del sábado. Hay una gran luna roja, que al reflejarse en las fuentes parece que ensangrienta el agua. En el hotel todo está en silencio.

Basilio va vestido con un traje negro de punto; lleva prevenido un antifaz y se cubre con un gorrito pierrotesco. En los bolsillos de un amplio carrik trae dos pistolas y una linterna eléctrica. Un automóvil le aguarda a veinte metros del hotel.

La puerta del jardín estaba abierta, como había prometido la doncellita, y asimismo la ventana de su alcoba. Poco había tenido que aguardar. Su voz sonó, muy quedo, en su oído, mientras le oprimía la mano dulcemente.

—Vas a tener que esperar bastante. La señora está enferma y no puedo separarme de su lado.

—¿Y el señor está con ella?

—No. Él está en su laboratorio. Está encerrado hace más de una hora.

—Bien. Dame un beso.

La muchacha le ofreció la fragancia de sus labios.

—Gocemos a Venus a las puertas del Averno. Eso voy ganando. Ahora, a trabajar. Como Sabatino es brujo, se ha encerrado en su cuarto a esperar las doce campanadas. Voy a ser testigo de un aquelarre. La verdad es que estoy intranquilo. Mago o charlatán, el doctor me infunde respeto.

“¡La noche del sábado! Es el momento propicio para las maniobras de Sabatino. Y ahora que me fijo, Sabatino es un bonito nombre de brujo. Se deriva del Sabbat de los hechiceros. Sabático, Sabatino. Victorio Sabatino es un nombre alegórico; quiere decir el triunfo de los poderes sabáticos o tenebrosos. Alfonso Benelli de Castellovechio ha sabido elegir un bonito seudónimo.

Dieron las once en la lejanía. Basilio encendió su linterna y se aventuró por el misterio de un corredor largo y oscuro. Nada se oye. El silencio palpita como un vasto corazón. Sólo cruje, alguna vez, un mueble trabajado por la carcoma.

Recorre todo el piso bajo, sin ver luz en ninguna habitación. Sube al principal, igualmente en sombra. Va tanteando las paredes, los muebles, arrojando sobre el pavimento la luz de su linterna, que parece un ojo enorme y amarillo. De pronto tropieza en un mueble, que se derriba con estrépito, cuyo eco se aluenga en pavorosas resonancias. Temblando, se arrima al muro y se agazapa entre las faldas de un cortinón. Enfrente le contemplan con fijeza hipnótica dos puntitos fulgurantes como dos luses de oro.

Se abre la puerta, y aparece Rosa con, una luz en la mano.

—No hay nadie, señora. Tal vez haya sido el gato.

La puerta se cierra de nuevo. Basilio vuelve a ver las pupilas del felino, como rodelitas áureas: le intranquiliza, con terrores de superstición, la mirada enigmática

del negro demonio familiar.

Recorre cuidadosamente toda la planta del hotel. Ni una luz, ni un ruido. ¿Dónde tendrá su laboratorio el doctor Sabatino? Llega a una galería de cristales, que da sobre el patio. Cae un fulgor ceniciento de la altura. Basilio enciende su pipa.

En un ángulo, al final de la galería, divisa una habitación con una ventanuca, débilmente iluminada.

—¡Ah! Esa es la guarida del nigromante. ¡Gracias a Dios que topé con el agujero! Avanzó hacia el final de la galería, orientándose en la oscuridad. De pronto, en el mechinal, apareció la silueta contorcida de Sabatino. Y en el hondo silencio resonaron tres sonoras palmadas.

—¡Hombre! ¿A quién llamará el brujo?

Muy pronto se oyó un rumor de pisadas que se iban acercando aceleradamente, con un paso igual, acompasado, y un ruido de puertas a lo lejos. El señor Escole acudía al misterioso llamamiento de su amo.

Basilio está descubierto. Por la espalda tiene el corredor que conduce al cuarto del jorobado, y de frente, por el comienzo de la galería, ya aparece, con un andar rítmico y rígido de marioneta, el lúgubre acólito de Sabatino. El encuentro es inevitable.

Basilio se repliega y prepara sus pistolas. Mide el salto que hay hasta el patio, y eso le inquieta gravemente. Por lo visto, para ser detective hay que tener una educación de artista de circo.

Ya oye la respiración del señor Escole; ya está justamente a su lado... ¡Momento de emoción!... Pero el señor Escole pasa rozándose con Basilio, y la catástrofe no sobreviene. Lleva los ojos cerrados y los brazos rígidos, como un cataléptico.

—¡El señor Escole es sonámbulo! No me ha visto, porque va dormido —exclama Basilio, y encantado con aquel propicio azar, sigue al fámulo por la penumbra del corredor.

Sabatino está en el centro de una habitación exigua completamente cuadrada.

—Aquí estoy —murmuró Escole, con una voz tenue de fantasma.

—Ya se acerca la hora. No perdamos tiempo.

Sabatino apagó la luz eléctrica.

Basilio, pegado al muro, avanzó hasta la puerta de la habitación, que de pronto se iluminó con una débil claridad. El jorobado había encendido una linterna eléctrica, y avanzó hacia el ángulo de la derecha. Se oyó el ruido de un portier al descorrerse, y apareció un hueco negro en la pared. Después una llave crujió en una cerradura mohosa.

—Vamos, Escole; hay noticias alarmantes. Estos pobres diablos parece que están asustados. ¿Tú crees que hay peligro, Escole?

—Estamos bajo una mala conjunción planetaria... —replicó la voz fantasmal del acólito.

Sabatino meditó.

—Me parece increíble que sin una ayuda extra-natural hayan podido penetrar nuestro secreto. En fin, pronto lo veremos...

El jorobado y Escole penetraron por el negro agujero de la pared.

Basilio tenía miedo. Las palabras extrañas que había oído le intranquilizaban; pero, digámoslo en honor de su intrepidez: ni un momento pensó en retroceder. ¡Le había dado su palabra al espectro del amigo Catafalco!

Así, pues, se deslizó por la abertura, detrás de los dos misteriosos personajes. Un aire húmedo le azotó en la cara. Apenas puso el pie en el umbral de la comunicación excusada, oyó la voz de Sabatino.

—¿Has cerrado la puerta, Escole?

—No, señor.

—Vuelve a cerrarla con llave. Es imprudente dejarla entornada.

Se oyeron los pasos rítmicos, automáticos, del doméstico. Basilio retrocedió tateando en la oscuridad. Junto a la puertecilla había un pequeño recodo, en el que el detective se agazapó. Escole cerró la puerta, y tornó a reunirse con su amo.

—La cosa se pone muy grave. Heme aquí encerrado con llave en una ratonera. ¿Adónde irá a parar este pasillo? Me parece que me estoy jugando la piel, porque me va a ser muy difícil seguirlos sin que me vean. De todos modos, estoy dispuesto a ir hasta el final —y sacó del bolsillo sus dos pistolas.

El ambiente era cada vez más húmedo. El suelo, de tierra movediza, apagaba el rumor de las pisadas e iba descendiendo en rampa. Veinte pasos delante caminaban amo y criado. Se veían sus negras figuras, y un resplandor escaso delante de ellos. El techo de la galería era abovedado, de ladrillos negruzcos y rezumantes de humedad. Cuando habrían andado unos cincuenta metros, las dos figuras se agacharon para penetrar por una boca de túnel de un metro escaso de altura. A la rastra. Basilio metió la cabeza en la mina. Una escalerilla de piedra carcomida bajaba a una galería subterránea.

—¡Esta gente me va a llevar al centro del planeta!

Le atemorizaba la idea de hallarse encerrado en un subterráneo cuyo final desconocía. Había perdido el miedo de ser visto por los dos italianos; le inquietaba más la posibilidad de que desapareciesen por una trampa oculta como la de la casa de la calle del Rollo, y quedase solo en aquel laberinto.

—¡Me he metido en una aventura muy peligrosa!

Al final de la escalerilla había una especie de encrucijada. Cuatro galerías abrían sus fauces negras e inquietadoras. En el centro de este plano, en el suelo, se recortaba el círculo de la boca de un pozo. Por la oscuridad de la galería, Basilio no lo vio. Notó que el terreno se hacía más blando, más fangoso, y se detuvo súbitamente. Estaba a cincuenta centímetros del abismo. Un paso más y se hubiera precipitado en

la sima. Se echó al suelo, y dejó colgar un brazo en el pozo; arrojó una piedra y escuchó. Se oyó al cabo de un instante la salpicadura del chinarro en el agua honda. Se estremeció al pensar en el peligro de que acababa de librarse. ¡Era la muerte en el fondo de aquel pozo, sin esperanza, sin que sus demandas de socorro llegasen a más oídos humanos que a los de los dos forajidos! Después midió el suelo firme, desde el brocal hasta el muro. Un metro escaso. Se irguió, y, cautelosamente, pegado a la pared, continuó su azaroso seguimiento.

Los dos italianos se habían hundido por la segunda galería, que descendía en un declive muy acentuado, con una ligera curvatura hacia la izquierda.

Caminaban deprisa, familiarizados con el terreno. Basilio, con el recelo de hallar otro pozo abierto y perecer en él, veía con rabia que le iban sacando cada vez más delantera.

Era un tormento, un peregrinaje angustioso por un subterráneo desconocido, en la oscuridad, sobre la tierra movediza, donde acaso se abrieran trampas misteriosas o pozos mal tapados, teniendo que caminar encorvado, por no chocar con la bóveda, en un ambiente enrarecido. Sentía la asfixia de esos malos sueños en que creemos tener pesos enormes sobre el pecho o imaginamos que hemos sido enterrados en vida.

Los italianos desaparecieron por un recodo del subterráneo. Un instante después se oyó un gran golpe que resonó lúgubrememente a lo largo de las galerías. Olvidando todos los riesgos, Basilio encendió su linterna y se lanzó precipitadamente hacia donde había sonado el ruido, como de un portazo. En el recodo, en efecto, se abría una puerta de hierro, de mucho espesor, que daba entrada a otra galería. El jorobado había entrado por ella, cerrándola con llave a su paso.

El perseguidor, poseso de una ciega desesperación, batió la puerta rabiosamente. Al otro lado se oía aún, vagamente, el rumor blando de las pisadas y dialogar de sus burladores, que se iban alejando.

¿Qué hacer? Por segunda vez había fracasado. Su situación no era muy halagüeña. Estaba entre, dos puertas cerradas, en una red laberíntica de galerías, bajo de tierra, a más de cuarenta metros de profundidad.

El aire era irrespirable en aquel recodo. Retrocedió a la galería. Sintió como un manojo de hilos de algodón que le caía sobre los ojos. Se lo arrancó de un tirón. Eran los tejares que las arañas tejían en las bóvedas. Sintió una enorme impresión de asco y de infantil terror. Sólo pensaba ya en ponerse en salvo. Retrocedería todo lo andado y aporrearía la puerta de Sabatino para que le oyesen todos los de la casa y acudieran a sacarle de aquel horroroso «in pace». Pero recordó, con espanto, que Escole había cerrado con llave, acaso con la única llave que tenía la puerta, desconocida probablemente por la señora y los fámulos de la casa.

Entonces tendría que esperar el regreso de Sabatino y del sonámbulo Dios sabe cuántas horas... Y eso en el supuesto favorable de que regresaran por el mismo sitio,

de que el subterráneo no tuviese otra salida, como era casi seguro. Se estremeció al imaginar que podía quedarse sepultado, sin agua, sin comer y sin luz, cuando se terminara la energía eléctrica de su linterna, en espera de que por casualidad volvieran a pasar por allí los jorobados. ¡Esperaba la única salvación de los forajidos de la Torre misteriosa!

¿Y qué haría si los encontraba? ¿Procuraría seguirles disimuladamente? Esto era imposible, so pena de volver a quedarse encerrado. Había que salir de allí, fuera como fuera. El único procedimiento era atacarles al abrir la puerta y apoderarse de la llave.

Su pie tropezó con un objeto duro que rodó sonoramente. Inclino su linterna. Era un pequeño cráneo de animal, probablemente de un gato. Más allá había un montón nauseabundo de huesos, con alguna adherencia de carne corrompida.

Apresuróse a salir de la galería; las telas de araña, espesas, grises, le caían sobre los ojos. Se oía el ruido lejano del agua del pozo, como el chapoteo de una piedra en el fondo.

Esto le sorprendió a Basilio. ¿Quién arrojaría piedras en el pozo? Y además, ¿desde dónde las arrojaba, que él no le veía? Otra vez lo sobrenatural le rondaba, estremeciéndose de terror.

Despertándole de sus inquietudes, que en falanges de hielo le penetraban la médula, un dolor, buido, agudo, finísimo, le trajo a su pavorosa realidad. Un bulto blanco, escurridizo, se le deslizó entre las piernas, a tiempo que exhalaba un grito. Una enorme rata le miraba con sus ojillos vivaces y feroces. En un rincón del subterráneo se movía una masa gris, donde brillaban las cuentas de abalorio de los ojuelos y la mancha de carne viva de los hocicos hediondos. El olor nauseabundo de la madriguera le raspaba la garganta, le mareaba con su tufo agrio y denso.

Comprendió el peligro que corría de morir devorado por los hambrientos roedores. Recordaba con escalofriante lucidez un caso que acaeció en los subterráneos del cuartel de San Francisco. Dos soldados que penetraron por curiosidad, se perdieron en el laberinto de galerías. A las veinticuatro horas, otros compañeros acudieron en su busca y encontraron los esqueletos completamente descarnados. Las ratas, una legión de centenares de ratas, les habían asesinado, mondando literalmente las osamentas. Algunos botones del uniforme y los machetes desenvainados yacían en el suelo. Las ropas habían desaparecido asimismo bajo los dientecillos finos y agudos.

El hecho de hallar los machetes desnudos indicaba que los soldados se habían defendido. Algunos pasos más allá hallaron una verdadera alfombra de ratas muertas, reventadas por el hartazgo de carne humana, y en sus cuerpos había huellas de los dientes de sus insaciables compañeras.

Este recuerdo le produjo una angustia de asfixia, como si a su cuello se enroscase

el cuerpo elástico, ondulante y escamoso de un ofidio.

Miraba con fijeza de hipnotizador el negro agujero de la madriguera, en cuyo fondo se removían formas livianas y resbaladizas. Temblaba con sacudimientos de epilepsia, y por sus ojos pasaban ramalazos de sombra.

Tenía miedo. Y a su pesar no podía dominar la sensación de pavora; andaba de espaldas, enfocando con la luz de su linterna a las ratas que le contemplaban fijamente. Sentía un agudo escozor en la pierna. La alimaña había hundido bien los dientes en su carne. Sin duda estaban hambrientas, porque Basilio vio con horror que avanzaban hacia él. Al verse perseguido, emprendió una vertiginosa carrera, lanzando gritos inarticulados, chocando con los muros ennegrecidos. Se sentía alcanzado, roído por el aluvión de ratas; se las imaginaba atarazadas a las piernas, corriéndole por el pecho, gulusmeándole en el rostro con sus hocicos de una humedad fría y viscosa.

En su fuga enloquecida, de repente sintió que el suelo se hundía. Exhaló un alarido de supremo terror, a tiempo que se precipitaba dando una vuelta en el aire. Sobre su cabeza oyó el golpe seco de una losa al caer. Rápidamente comprendió que había puesto el pie en una trampa, que a su peso se había hundido, lanzándole en otra galería más profunda. Su linterna se había hecho pedazos en la caída. Encendió una cerilla. Estaba en una especie de calabozo, con argollas empotradas en la pared. A la derecha se abría una galería abovedada, negra y estremecedora. Miró al techo y no vio la trampa por donde había caído, perfectamente disimulada por las juntas de las piedras. Pero lo que más le sorprendió fue hallar una maleta junto a un montón de paja y un cabezal.

¿A quién le serviría de yacija aquel siniestro calabozo? Sentía agudos dolores en todo el cuerpo, magullado por la caída desde una altura de más de dos metros. Un hilito de sangre le corría por la cara; sintió un gran desfallecimiento, y violentos golpes de batán en las sienes. Cerró los ojos, sus párpados parecían de plomo. Y cayó sin sentido sobre el montón de paja.

Algunos instantes después resonaron pasos en la negra galería. El inverosímil habitador de aquella yacija se acercaba lentamente, tranquilamente, fumando su pipa, bien ajeno de encontrar a un señor desconocido ocupando su lecho subterráneo.

UNA CASA EMBRUJADA

EL señor Mantua ha recibido a «El Duende de la Corte» muy amablemente. El pobre señor está verdaderamente consternado.

—Yo vivía tranquilo, en compañía de mi hermano, cumpliendo mis deberes sociales y de conciencia y jugando al tresillo. Es mi único vicio. Ni fumo ni bebo, ni menos aún tengo trapicheos amorosos, que serían ridículos a mi edad. Mi mayor goce era darle codillo al párroco, que nos hacía la partida todas las noches. Y de repente, ya ve usted, la desgracia ha entrado en nuestra casa...

—Y ha interrumpido el tresillo. ¡Y menos mal si no tenían ustedes «puestas» del día anterior!

—No se burle usted, caballero. El hombre es un animal de costumbre... Ahora estoy con el alma en un hilo. ¿Qué será de mi desgraciado hermano?

—Seguramente no está muy lejos de nosotros.

—De muy buena gana hubiera depositado ya la cantidad que exigen los secuestradores; pero la Policía me ha prohibido que lo haga.

—¿Quién está encargado del esclarecimiento de este asunto?

—El inspector Martínez Sirio.

—Probablemente fracasará. Es un policía hábil en los delitos de los profesionales del crimen. Este suceso no es fácil. Es necesario tener imaginación de novelista para deducir bien y encontrar la trama.

“Vea usted lo que ha ocurrido con el robo misterioso de la calle de Luciente. La Policía ha despreciado los indicios reales, creyéndolos inverosímiles. Posee una capacidad imaginativa muy limitada. Igual va a pasar aquí. Es un asunto misterioso e inverosímil. Parece mentira... y, sin embargo, su hermano ha desaparecido en su propia casa. Yo tengo un hilo de este ovillo. Y estoy seguro de que lo descubriré todo en un plazo muy breve.

—¡Dios le oiga a usted!

—Tenga usted confianza. Es evidente que los secuestradores de su hermano son los ladrones de las joyas de la cantante. El misterio del suceso es el mismo. Los bandidos tienen un resorte oculto, del que se valen con bastante habilidad. Afortunadamente, a uno ya le hemos visto la cara, y conocemos la puerta de su guarida tenebrosa. Pero es indispensable cogerlos aquí mismo. Ahora vamos a pensar un plan y a ponerlo en práctica inmediatamente.

—Estoy por completo a sus órdenes.

—¿Sabe usted las gestiones realizadas por Martínez Sirio y sus esbirros?

—Han detenido a los criados.

—¿Y nada más? Yo creí que los domésticos no saben una palabra de este asunto.

—Yo pienso, ¡Dios me asista!, que este asunto es sobrenatural.

—¿Por qué?

—Porque esta casa está embrujada. El principal motivo para creer esto es la desaparición de mi hermano. Después, se oyen golpecitos extraños en las paredes, en el techo, en el suelo...

—Lo mismo que en la casa de la calle de Luciente. Nuestros malhechores explotan el truco de los fantasmas.

—No para ahí. Mi hermano es reumático y usa en casa unas zapatillas de paño forradas. Anoche estaban en su cuarto, en el sitio de costumbre. Esta mañana habían desaparecido. Encima de la mesa del comedor encontré abierta esta carta, de puño y letra de mi hermano.

«Mi vida está pendiente de tu resolución. Me quedan veinticuatro horas de existencia. Deposita el dinero esta misma noche». ¿Qué le parece a usted?

—Que debe obedecer a su hermano. De todos modos, no creo que haya gran peligro. Es una carta dictada para alarmarle. Son unos bandidos muy amables, que procuran que no coja frío en los pies el secuestrado. Esto siempre es de agradecer. Esta noche deja los billetes en el lugar convenido. Se apaga la luz, y esperamos convenientemente escondidos. Alguien vendrá a recoger el dinero; por algún sitio tendrá que entrar.

—¿Y si es algún ser invisible?

—Deseche usted ese temor. Es de carne y hueso como nosotros. Ahora voy a ver si encuentro a mi amigo Basilio. Me inquieta mucho que haya faltado a dos citas. Tenía una misión difícil que realizar.

—Ese joven es muy raro. Al principio creímos que estaba loco; después sospechamos que tuviese alguna participación en el asesinato del doctor Robinsón de Mantua, nuestro desventurado tío.

—¡Tiene gracia! ¿Y por eso se dedicaban ustedes a espiarle? Pues él pensaba exactamente lo mismo de ustedes. Hace dos días que no nos vemos: o está realizando pesquisas de gran interés, o le pasa algo grave. Si hoy no lo encuentro, mañana tendré que notificar su desaparición a la Policía. Serían capaces de asesinarle al verse descubiertos.

* * *

A las diez de la noche volvió el periodista a la casa del señor Mantua. Basilio no había parecido ni por el periódico, ni por el café del Rubí. El «Duende» estaba hondamente preocupado por la suerte que podía correr su camarada.

El señor Mantua le esperaba ya. La nueva servidumbre se había acostado, y el viejo caserón yacía en un hondo silencio. La antigua casa del doctor era muy medrosa. Los amplios salones, siempre cerrados; las largas galerías tenían como un

hábito de viejas tristezas, de graves recuerdos. Los muebles eran solemnes y antiguos; los espejos, de anchas molduras doradas, estaban siempre cubiertos por espesas muselinas, como si los habitantes temiesen que al mirar la luna de los espejos se reflejasen figuras del más allá, cabezas truncadas, solitarias manos, como en el fondo alucinante de los sueños provocados por alguna droga o en el cristal absurdo de las pesadillas.

El señor Mantua leía, con la cabeza entre las manos, un amarillento volumen de historias de santos con las iniciales miniadas y flores secas entre las hojas, que exhalaban un tenue perfume antiguo y melancólico. La luz de la lámpara caía sobre su cráneo mondo de marfil viejo, cabeza de asceta y de ermitaño de los lienzos venerables.

Esperaba al repórter en el comedor, en la habitación más endemoniada de la casa, donde aparecían las misivas del secuestrado, sin saber cómo venían, y sonaban los ruidos sin causa. Sobre la chimenea de leña, un reloj de oro con una Diana cazadora de ágata marcaba los minutos con lento tic-tac, y a la hora completa desgranaba una lenta sonatería que parecía de cristal, suave, galante y lejana, como resonando desde el fondo del siglo de las pastorelas y de las casacas bordadas.

Dos vargüeños tallados, un aparador de roble, amplios sillones fraileros. Sobre la mesa, un tapete de extremada labor de encaje. Una sola puerta comunicaba con el resto de la casa, por un corredor amplio y oscuro. La alcoba del secuestrado estaba inmediata a este comedor.

El «Duende» creía que en esta pieza estaba el misterio y que por allí había desaparecido el hermano. ¿Por dónde? ¿Por las paredes, por el suelo, por el techo? ¿Acaso por la chimenea? Había golpeado con su bastón por todas partes. Los muros eran firmes y espesos. La chimenea le preocupaba. ¿Habría alguna trampa posible de abrir por un desconocido resorte?

La fuga por escotillón del jorobado de la calle del Rollo indicaba una pista evidente y al par desconcertante. La Torre de los Siete Jorobados estaba debajo de la ciudad y la entrada a la caverna comenzaba en el chiribitil del memorialista. Esto era casi seguro. En el sótano de la casa se reunían los siete bigardos a planear sus fechorías. Sin embargo, esto no explicaba suficientemente por dónde entraron los ladrones de la «Bella Medusa», ni por dónde se habían llevado al señor Mantua. Este sótano debía tener ramificaciones. Era extraordinaria la existencia de esta subciudad, donde operaba a su placer la secta de los jorobados.

Aun conociendo la entrada, no era tarea fácil llegar hasta la Torre de los Siete Jorobados. Ya debían estar prevenidos del peligro por el compadre que huyó. Sería necesario organizar una batida en serio con un ejército de polizontes.

Primero había que rescatar al señor Mantua. Ya en libertad, podría dar noticias muy interesantes del lugar donde le habían tenido prisionero, y de cómo se

apoderaron de él.

Y enseguida, indagar el paradero de Basilio. Era incomprensible su desaparición. El chauffeur que le llevó hasta la casa de Sabatino le aguardó inútilmente hasta que fue de día. Le vio entrar y no le vio salir. La doncellita le confesó llena de rubores que le había dado entrada en la casa, que ella tuvo que asistir a la señora, que estaba enferma, y que al volver a su alcoba, donde suponía que Basilio la esperaba encendido de amor, no encontró a nadie. Añadió la muchacha que no debió de haber salido de la casa, porque a los pocos momentos de entrar Basilio, el mayordomo hizo requisita general y cerró la puerta del jardín. Entonces, ¿cómo ha podido «esfumarse» Basilio, dentro de la casa del doctor? Y que está allí, vivo o muerto, no cabe duda.

El «Duende» está decidido a no aguardar más. Al día siguiente se pondría de acuerdo con el inspector Martínez Sirio para asaltar la casa de Sabatino.

Mientras tanto, se presenta interesante la noche en la antigua mansión del señor Catafalco.

—Yo creo que debemos apagar la luz. Tendré mi linterna preparada para iluminar el sitio hacia donde oigamos el más leve ruido. Deposite el dinero encima de la mesa.

—No tengo bastante en metálico.

—Firme usted un cheque. Si no podemos atraparle esta noche, les dejamos que cobren el dinero tranquilamente, tras de lo que pondrán en libertad al prisionero. Si les cogemos, las circunstancias decidirán nuestra conducta. Siempre habrá tiempo de avisar al Banco... De todos modos, montaremos un servicio de espionaje para ver quién se presenta a cobrar el talón. Esperemos tranquilamente arrellanados en estas butacas, en la oscuridad, y con el oído alerta. Cerremos la puerta que conduce al pasillo. Creo que nuestra atención debe estar pendiente del hueco de esta chimenea. Esta es la única entrada posible, a no ser que se «filtren por la pared».

Hicieron todo lo que el periodista dijo, y aguardaron.

Transcurrió cerca de una hora. El silencio era hondo. La oscuridad y la inquietud excitaban la sensibilidad nerviosa de los que esperaban. Ante sus ojos, la sombra se removía, como pelotones de algodón negro, como madejas de espeso humo. La retina se emborrachaba de oscuridad. A intervalos fulguraban puntitos luminosos, y en la negrura zigzagueaban culebrinas de luz azulenca y fosforescente. Contra su voluntad, se iban dejando vencer por un vago sopor.

De repente oyeron un chasquido. Sus corazones latían violentamente. Después otro chasquido más claro, como un pestillo que se levanta.

—¿Ha oído usted?

—Sí.

—Serenidad. Ya estamos cerca del desenlace.

La boca de la chimenea se iluminó con un resplandor rojizo. La luz fue avanzando hasta el centro de la habitación donde estaba la mesa con el cheque

extendido sobre el tablero. De repente se apagó, y la estancia volvió a la penumbra; pero ésta no era tan espesa que no se viese la masa oscura de los muebles, acostumbrados como tenían ya los ojos a la sombra.

En seguida se oyeron unos golpes fuertes, rítmicos, y vieron una masa negra que se movía lentamente.

—¡La mesa anda sola! —exclamó espantado el señor Mantua.

Efectivamente, la mesa avanzaba hacia la chimenea. No se veía a nadie que la empujase ni que la atrajese. El «Duende», un poco desconcertado por aquel imprevisto baile de la mesa, encendió su linterna. Al mismo tiempo, el mueble se volcó ruidosamente, y el hueco de la chimenea se volvió a encender en luz rojiza. El estupefacto sobrino del señor Catafalco creyó perder la razón. En el foco iluminado vio un instante una mano negra y solitaria que avanzaba hacia la habitación, moviendo los dedos como un pequeño monstruo inconcebible.

Después sintieron un crujido metálico y vieron como una larga serpiente que se deslizaba por la habitación y se perdía por el hueco de la chimenea.

El «Duende» encendió su linterna. Al mismo tiempo se apagó la luz rojiza y misteriosa y oyeron una voz aguda y burlona que decía:

—Señores, que pasen ustedes una buena noche...

En la habitación había un trozo de cable, que es lo que a nuestros amigos pareciera un fantástico ofidio en la oscuridad. Golpearon la chimenea, observaron las paredes y no consiguieron averiguar cómo se pudo filtrar la luz rojiza a través de los sólidos ladrillos renegridos, sin señal alguna de resorte secreto. El cheque había desaparecido.

SEGUNDA PARTE

Los secretos de la ciudad subterránea

DONDE VOLVEMOS A ENCONTRAR A UN AMIGO EXTRAVAGANTE

A largos pasos avanzaba por la subterránea galería, con una linterna a la altura de los ojos, haciendo pantalla con la mano.

—¡Juraría que el ruido ha sonado en mi propia alcoba! ¡No me haría gracia ninguna que hubiese un desprendimiento de tierras y me quedase sepultado a ochenta metros de profundidad! Pero ¿qué es esto? ¡Hay un hombre durmiendo en mi misma cama!

El misterioso habitante del seno de la tierra acababa de descubrir a Basilio, que, pasada la conmoción de la caída, abrió los ojos con estupor al ver aproximarse al extraordinario personaje.

—¡Caballero! ¿Se puede saber con qué derecho usufructúa usted mi habitación? Ítem más: ¿me es dable conocer cómo ha caído usted en estas profundidades, donde yo le arranco a la Arqueología un secreto precioso?

Basilio respondió en el colmo de la admiración:

—¡Caramba! ¡Pues si es el señor de las gafas azules!

Efectivamente, el viajero infatigable, el descubridor del alfabeto tihuanaco, se presentaba ante sus ojos magnífico, pintoresco y misterioso como siempre.

—En realidad, no podía ser otro sino usted el habitante de estos terribles subterráneos. Declaro que le admiro a usted, insigne erudito de los anteojos azules.

El viajero sonrió con modestia.

—¡Psch! Yo he explorado el aire, la tierra y el mar. Sólo me faltaba el centro de la tierra. Yo también celebro encontrar a una persona conocida. ¡Ah, si viera usted qué interesante descubrimiento estoy a punto de realizar! Figúrese usted, amigo mío...

—Perdóneme usted, mi querido viajero infatigable —interrumpió Basilio con, un bostezo desconsiderado—. ¿Me puede ofrecer alguna cosa alimenticia? No sé cuánto tiempo hace que no como, ni sé qué hora es, ni si es de día o de noche...

—Le puedo ofrecer un trozo de queso y galleta. No olvide usted que no estamos en el Ritz. Me gasté las cien pesetas que me dieron ustedes en queso manchego.

Basilio pensó que acaso no hubiera bastante cantidad de queso para su apetito hugolinesco.

El viajero encendió su pipa.

—¡Ah, querido amigo! ¿Qué diría usted si yo le afirmase que estamos encima de una sinagoga? ¿Eh, la cosa es fuerte? Pues sí, señor. Cuando la persecución de los judíos, éstos erigieron un templo subterráneo; yo me lo figuraba, viendo el número de casas con galerías ocultas que hay en Madrid. Existe una ciudad subterránea cuya existencia nadie sospecha. Tenía un detalle: el rabino Isaac Ben Gerva la Barí hace referencia a los pasadizos misteriosos. Además, los cristianos también los utilizaban.

En casa del favorito Antonio Pérez hay una galería abovedada con señales de haber pasado un carruaje. Otro detalle: usted sabe de fijo la leyenda de la mina del convento de San Plácido, donde pasaba el rey a divertirse con las monjas; pues bien, yo...

Basilio, impaciente, le interrumpió:

—Me parece que ha olvidado usted el detalle más importante. ¡Ese maravilloso queso manchego a que antes hacía usted referencia! Estoy desfallecido; hasta que no coma no conseguiré enterarme de esa historia de los judíos y de las monjas que me está usted contando.

El viajero le miró con desdén y le ofreció un trozo de queso, negro y endurecido, que muy bien podía pasar por un pedrusco celtíbero, descubierto por el viajero infatigable en unas excavaciones.

—Y usted también me explicará cómo ha podido llegar hasta estos subterráneos, cuya existencia creía conocer yo solo.

—Yo me he caído por ese agujero, ¿sabe usted? Iba detrás de los forajidos a ver si podía dar con esa maldita Torre de los Siete Jorobados, cuando...

Entonces fue el viajero quien puso una cara de cómico asombro.

—Ahora es usted el que me está contando un folletín; joven, la debilidad le hace a usted desvariar...

Y agregó:

—Yo conozco bien estos lugares, y por aquí no andan jorobados ni hay señales de torre ninguna —y luego, tras de lanzar su risa cavernosa—: ¡Mire que querer hallar una torre en el fondo de un subterráneo!

Lo más brevemente posible Basilio puso al corriente al viajero de todos los extraordinarios sucesos, desde la rara aventura con el señor Catafalco hasta el absurdo paseo detrás de Sabatino por el seno de la tierra.

—¡Ahora parece que empiezo a comprender! ¡Es chocante! De modo que arriba hay otra red de galerías... Muy bien. Los arquitectos de aquellas épocas eran muy ingeniosos. Esto indica que la gente preparaba los medios de huir en casos de apuro. Seguramente Antonio Pérez se fue por el subterráneo de su casa, y más tarde apareció en Zaragoza. ¿No le interesa a usted la Historia, mi querido joven?

—Ahora lo que me preocupa es salir de esta cueva; usted me ayudará, mi querido e infatigable arqueólogo.

—Pues cuando usted quiera. Es el mejor momento. Son las nueve y tres minutos de la noche. Dentro de media hora le dejaré a usted en la calle para que se vaya donde mejor le plazca.

—Y ¿a qué calle tiene la salida este subterráneo?

—Hay una boca, un poco rara, que da a un patio de una casa de la calle del Rollo. Basilio dio un salto.

—¡Esa es la entrada de la Torre de los Siete Jorobados! El portero es un

memorialista jorobado. ¿No es así? Pues ése es uno de los bandidos a quienes queremos descubrir.

—¿Sabe usted que ya me está a mí intrigando esta película detectivesca? Efectivamente, es un jorobado muy misterioso, que se pasa todo el día en su zaquizamí y por la noche vive a lo grande, haciendo vida de juerga en los «cabarets». Siempre me ha chocado este tipo; pero, en fin, como yo iba a lo mío, que es el descubrimiento de la Sinagoga Subterránea, no le prestaba atención.

—¿Y usted conoce a ese hombre? Hablaría usted con él al entrar y al salir; habrá tenido que convencerle para que le permita entrar por la boca de la mina.

—Ese jorobado es un mastín irreductible. Yo entro y salgo por la noche porque conozco la trampa. En mis viajes por la Persia he aprendido a encontrar los resortes más disimulados y difíciles. Sabía que esa casa tenía subterráneo, como todas las que en Madrid lo tienen. Fracasé en mis tentativas para entrar; en todas partes me tomaban por un loco o por un ladrón que quería hacer un escaló. Caí en esa casa, le conté al jorobado una historia de un tesoro sepultado, y él me dio con la puerta en las narices. Pero fijándome en el suelo del zaquizamí advertí en medio una baldosa circular. Esta es una trampa de palanca, me dije. Efectivamente, tomé en cera la cerradura de la puerta de entrada y una noche me planté allí. No me había engañado. La trampa cedió y me encontré con una boca abovedada; encendí mi linterna, hice mi provisión de queso y de galletas —el queso es el gran aliado de la arqueología— y me interné por este bajo mundo, que nadie había explorado hasta hoy, y comencé mis trabajos. El memorialista no supone que he burlado su vigilancia... —y lanzó su risa bronca, verdadera explosión en la caverna de su boca, por donde asomaba una pipa enorme y maloliente.

—Usted nos puede ser muy útil por sus conocimientos de estos lugares. Ayúdenos, y cuente usted con la suma suficiente para dejar sin un solo queso las ubérrimas mantequerías de Reinosá.

Así charlando, habían ido avanzando por las hórridas galerías, cuando fueron sorprendidos por unos ayes lastimeros que parecían brotar del suelo.

El viajero infatigable se echó a tierra y aplicó el oído.

—¡Es asombroso! Alguien se está quejando precisamente debajo de nuestros pies. ¿Será el alma en pena de algún rabino, prisionero entre las paredes de la sinagoga que tan ansiosamente busco?

—¡Bromas con lo sobrenatural, no! —gritó estremeciéndose Basilio, acariciando sus cuernecitos de marfil.

Los lamentos continuaban con una angustia creciente.

—Sin duda alguna, el que pide auxilio se encuentra debajo de esta galería. Pero ¿a qué distancia? Sobre todo, ¿por dónde se puede bajar a socorrerle?

—Aguce usted su ingenio. Tal vez nos hallamos ante lo que ambos estamos

buscando afanosamente.

Recorrieron un buen trecho de la galería. El viajero golpeaba los muros y el suelo con el cuento de su garrota de explorador.

—Nada. ¿Ve usted? No me explico por dónde se puede bajar a la galería que, sin duda alguna, hay bajo nuestros pies. Probablemente se tratará de un «in pace» de los tiempos de la Inquisición. En una casa del Pretil de los Consejos, en el subterráneo, hay un calabozo aún más profundo, cuya entrada se desconoce. Se le ve a cinco o seis metros de profundidad, por un hueco o mechinal, con dos barrotes atravesados. El secreto de la entrada se lo llevaron los sayones del siniestro Tribunal. ¡Estremece pensar en el destino de los desventurados que caían en uno de estos calabozos, en el subsuelo de una galería subterránea, a cincuenta metros de profundidad del plano donde vivían los demás hombres! Sin embargo, había una verdadera epidemia de brujería. Yo le podría contar...

—Mi querido erudito, es usted implacable. No desperdicia usted la ocasión de lucir sus profundos conocimientos. Pero ahora lo que me parece más apremiante es auxiliar a la persona que se queja desde el seno de la tierra.

—Excelente idea. Pero ¿cómo habremos de serle útiles?

—Espere usted. Puesto que nosotros hemos oído sus lamentos, es razonable pensar que él oírán también nuestras voces. Probemos a ver, ¿no le parece?...

Y como lo que proponía Basilio era de una lógica admirable, el viajero infatigable comenzó a lanzar agudos aullidos, más propios para hacer morir de susto que para consolar al atribulado desconocido.

Al cabo de un momento se volvió a oír la voz más serenada, que trataba de establecer una comunicación a través de los muros.

—¡Ah del que llama! Diga su nombre y condición y el trance en que se halla, si quiere que dos esforzados caballeros acudan en su socorro...

Basilio comprendió que su camarada quería imitar el estilo de Amadís de Gaula, y considerando que la retórica era en aquel momento tan inservible como de costumbre, le preguntó dónde se hallaba y si sabía el camino para llegar hasta él.

—¡El pozo! —gritó angustiada la voz desconocida.

—¡Eh! —dijo Basilio—. Dice que está metido en un pozo. Es increíble que no haya perecido asfixiado.

—¡Académico de mí! —gritó el viajero—. ¡Ya comprendo lo que dice!

El viajero erudito tenía una gran inquina hacia las doctas Corporaciones —sin duda por no haber sido admitido en su seno, a pesar de sus gloriosos descubrimientos—, y modificaba la frase vulgar tonto de mí, con una alteración notoriamente injusta para los señores inmortales.

—Quiere decir que por el pozo se llega hasta donde él está encerrado. Escuche usted: la mayor parte de las galerías subterráneas están cortadas por pozos muy

profundos, que tienen la eficacia de renovar el ambiente, que sería irrespirable en los abovedados demasiados luengos. Ahora, ¿a qué profundidad estará ese pozo?

—Poco más de un metro... —suspiró la voz del seno de la tierra—. ¡Por el amor de Dios, vengan pronto, y yo les daré todo el dinero que quieran!

Diéronse a buscar el pozo, y a poco más de cincuenta metros hallaron la negra boca, y en el techo vieron su continuación como el negro tubo de una chimenea. El viajero infatigable demostró en esta ocasión que era muy inteligente en materia de pozos subterráneos. Metieron la linterna por la imponente abertura y distinguieron fácilmente el suelo, tras de lo cual saltaron y hallaron otra mina a derecha e izquierda del pozo. Tomaron la siniestra, y a los cinco minutos de caminar casi a tientas toparon con un bulto, caído sobre un montón de paja, junto a un cántaro de agua y un plato de estarlo. Era un hombre viejo, flaco, con las ropas destrozadas, acaso por la voracidad de los roedores, que saltaban y se deslizaban por entre las piernas de nuestros intrépidos amigos. A su cintura se enlazaban los gruesos eslabones de una cadena, amarrada a una argolla empotrada en la pared.

—¡Alabado sea Dios, que ha oído mis súplicas! —dijo el prisionero con voz expirante.

—¡La Inquisición en pleno siglo XX! Caballero, su situación es idéntica a la del protagonista de El pozo y el péndulo, el espeluznante cuento de Edgar Poe. ¿Le gusta a usted este autor, caballero?

El cautivo le miró con ojos de asombro, dudando de la oportunidad para explayar sus preferencias literarias.

—Veamos ahora la manera de librar de sus cadenas a este hombre.

—¡Ah, por amor de Dios! ¡Sáquenme de aquí antes de que vengan esos monstruos!

Después de un concienzudo examen, el viajero exclamó:

—¡Es imposible! Las cadenas están perfectamente remachadas; tendremos que volver con herramientas a propósito.

La cara del preso se cubrió de una mortal palidez.

—Veamos —dijo Basilio—. ¿Y si pudiéramos arrancar esta argolla de la pared?

—Lo intentaremos. Hay el peligro de que los golpes resuenen en el eco de las bóvedas y podamos ser oídos por esos monstruosos jorobados.

—No importa. Nos defenderemos hasta la muerte —replicó Basilio con un acento al par heroico y resignado. Nuestro amigo poseía excelentes condiciones para actor melodramático.

El viajero infatigable se despojó de su chaqueta. Se asió violentamente de la argolla empotrada en la pared, hizo palanca con su bastón nudoso... Todo esfuerzo era inútil. Así lo reconocieron los tres hombres. Era preciso salir a la calle y volver con herramientas a propósito.

El prisionero tornó a sus ayes ante la perspectiva de quedarse solo; pero Basilio le ofreció acompañarle hasta el retorno del viajero infatigable.

Momentos después, el erudito de las gafas azules se perdía por los largos subterráneos con su enorme pipa entre los dientes y tarareando un viejo aire sentimental:

“Tú eres la rosa,
yo soy la espina;
tú eres la cuna,
yo el ataúd.”

La febril cantinela resonaba fatídicamente a lo largo de las siniestras galerías.

DE COMO EL ERUDITO DE LOS ANTEOJOS SE RETRASA EXCESIVAMENTE

NUESTRO amigo era un gran hombre que sólo tenía una debilidad: la aspiración de ser académico de la Historia. No le faltaban méritos; pero la docta Corporación había decidido cerrarle sus puertas a piedra y lodo.

Ya es hora de que el autor presente a sus lectores a tan extraordinario personaje, aunque ello representa una pequeña dilación en el curso de la novela, y aun a pesar de que Basilio el supersticioso y el hombre encadenado sufren terribles impaciencias en el fondo del subterráneo.

Llamábase el señor Sindulfo del Arco y era arqueólogo y cazador de jirafas. Como comprenderéis, se trata de un personaje inquietador. El autor le conoció este verano en una juerga en la Bombilla, porque Sindulfo es un arqueólogo flamenco.

Su deseo absorbente era que la Prensa llamase la atención de las Academias acerca de la calavera de Atahualpa, el inca infeliz que Sindulfo había descubierto y cuya autenticidad probaba suficientemente en un ameno volumen de quinientas páginas.

Siempre creímos que intentaba vender a buen precio la ilustre osamenta, y esta adquisición hubiera sido realmente inestimable para la colección del Museo Arqueológico. Un hallazgo tan importante haría la felicidad de cualquier docta Corporación.

Sindulfo era un sabio y un valeroso cazador de jirafas, y, aunque parezca raro, dulcemente enamorado. Como todos los hombres extraordinarios, andaba por el mundo caballero en una nube, y se le antojaba ver ángeles domésticos en cada dama andariega y aficionada al acre aroma de varón.

—Mi querida Isabel, usted es la mujer que yo he soñado para formar un hogar...

Como vemos, Sindulfo era en el fondo un doncel romántico, digno de ser cantado por Walter Scott.

Y lo melancólico era que decía estas inflamadas palabras con muchos hilos blancos en las crenchas hirsutas.

Aquel hombre extraño había recorrido el mundo a pie y contaba las cosas más desconcertantes.

—Yo he comido carne de indio guarany, es muy dulzona. Estaba perdido en un bosque del Chaco. Otra vez los indígenas me condenaron a muerte y me salvé a lomos de un jaguar. Así llegué a una tribu de indios pirios que me creyeron un ser sobrenatural. Hicieron fiestas en mi honor y me regalaron una doncella joven para mi esparcimiento. Se llamaba Atarbelia, morenita ella, bien formada. Luego la quemaron viva para que no tuviera descendencia de blanco. Es una costumbre...

Nunca he sabido si Sindulfo decía la verdad o si era un folletín ambulante. Tenemos motivos para creer que la imaginación era su facultad predominante. Un día que dábamos un paseo por la Moncloa se nos acabó el tabaco. Era otoño. Sindulfo cogió un puñado de hojas secas de chopo, las estrujó y las metió en su pipa. Después dejó errar su mirada por las lejanías de El Pardo, añorando, sin duda, los bosques vírgenes del arauco. De pronto, se detuvo y exclamó:

—Verdaderamente, el mejor tabaco para la pipa es este tabaco turco. Tiene un aroma muy delicado.

—¡Sindulfo, por Dios, que son hojas de chopo! ¿No recuerda que las hemos cogido cerca del Caño gordo?

—Usted está soñando, amigo mío. Esto que fumamos es tabaco turco. Compré yo diez kilos, en Constantinopla, hace dos meses. Por cierto que aquella noche el Bósforo parecía un espejo. La luna rielaba sobre su superficie y en la lejanía...

Sus ojos se entornaron y el ánimo se fue en pos de aquel recuerdo otomán que él acababa de crear... Yo respeté su ensimismamiento y pensé que con esta fantasía Sindulfo era feliz.

Presentaba certificados de los sitios por donde había pasado. Realmente había recorrido el mundo; pero había viajado sin enterarse de lo que sucedía ante sus ojos, como hundido en sí mismo, mirando hacia adentro, inventando paisajes, personas y episodios, sin tomarse el trabajo de mirar lo que le rodeaba. Lo mismo hubiese sido que no moverse de la cama durante diez años.

—Otra vez, en África, me encontré a un cazador que llevaba sobre su camello un magnífico león muerto...

—No diga usted más —le interrumpíamos sonriendo—. Era el gran Tartarín de Tarascón...

—Fuimos muy amigos: juntos cazamos jirafas, caimanes... Y figúrese usted que cierta noche...

—En medio del desierto del Sahara —interrumpí—. Naturalmente, amigo Sindulfo. Usted es un grande hombre. Yo exigiré que las Academias le compren su calavera de Atahualpa, y nos gastaremos los cuartos en la Bombilla con dos modistillas chulonas que a usted le parecerán dos sacerdotisas de Vesta.

Porque, como dije al principio, Sindulfo gusta, de los gachones deliquios del baile. Yo le he visto marcarse un schotis, cosa que es compatible con la Arqueología y con Atahualpa, mientras cantaba con una voz cavernosa que parecía la del propio inca difunto, este estribillo flébil:

Con mi muñequita
sobre el corazón,
esta hora tan dulce
me embriaga de amor.

Durante una temporada fue todos los días a verme al café, y espero que dentro de poco será académico de la Historia. No hay que olvidar que ha descubierto la calavera de Atahualpa. Clamaría a Dios y se hundirían las esferas si la docta Corporación le preteriese. Sindulfo estaría muy bien exclamando en plena sesión:

—Señores académicos: habéis de saber que el juego de carambolas entre los antiguos persas...

* * *

Este era, en breves líneas, aquel excéntrico personaje que prometió sacar de tan tenebrosos antros a la víctima de los siete jorobados al denodado Basilio, que con sin igual valor llegaba hasta los abismos de la tierra para descubrir el misterio que envolvía la muerte del señor Catafalco y la desaparición de su pariente Carlos de Mantua.

Buen conocedor del intrincado dédalo de estrechas galerías que a cada momento surgían en su camino y como si en sus manos llevara el hilo de Ariadna, se internaba con paso firme y decidido, caminando al son de su estribillo y eligiendo sin titubear entre las que a su paso se presentaban.

Su linterna, como un foco deslumbrante luciendo en medio de aquellas impenetrables tinieblas, iba levantando a su paso un verdadero ejército de ratas, que huían rápidamente amedrentadas más por la desusada claridad que por el temor de su presencia.

Al volver un recodo le pareció escuchar voces humanas. Se detuvo bruscamente, aplicando el oído a la galería. No se había equivocado; un confuso rumor de palabras hirió su oído, acostumbrado a percibir los más pequeños rumores de las selvas australianas.

Prestando atención pudo distinguir las voces con bastante claridad; sin embargo, el viajero infatigable no se hacía ilusiones, conocía la facilidad con que las bóvedas transmiten los sonidos lejanos, y sabiamente calculó que quienes los producían debían encontrarse en aquel momento a respetable distancia de allí.

Por su mente cruzó un pensamiento siniestro. ¿Serían los monstruosos jorobados que acudían a dar tormento a su desgraciada víctima? ¿Qué hacer?

Pero él no debía detenerse. Lo que interesaba era proveerse de una herramienta para poder forzar la argolla que rodeaba el cuerpo del cautivo; él no tenía ninguna en su laboratorio, situado en una galería cercana a la que recorría, y era preciso salir a la calle para proporcionársela.

Estos pensamientos le hicieron apresurar el paso, no tardando en llegar al chiribitil.

Subió los cinco escalones que le separaban de la trampa, buscó tateando el

resorte y apretó.

Inútilmente; la trampa permaneció cerrada. Poseído de una creciente nerviosidad, hundió sus dedos en la ranura que servía de marco al botón que movía el mecanismo. Sus esfuerzos tuvieron el mismo resultado.

El viajero infatigable sintió todo su cuerpo bañado por un glacial sudor: era la única salida que conocía. Alguien había descubierto su presencia en aquéllos lugares, inutilizando el resorte y quitándoles el medio de volver a la luz del día.

UN CORTEJO FUNEBRE Y UNA CEREMONIA DIABÓLICA

DEJEMOS, pues, al infatigable viajero golpeando tan furiosa como inútilmente la entrada del subterráneo y volvamos al gran Basilio, que con más ansiedad que pánico y más presunción de valor que pánico y ansiedad, esperaba la vuelta de su infatigable y fracasado amigo.

Probó a reanimar su acabada energía haciendo con voz hueca preguntas al cautivo, para que el eco de su voz le sirviese de bálsamo a su insuperable miedo.

—¿Qué tal se encuentra usted en esta confortable mansión, amigo mío? —preguntó poniendo más atención a la enérgica sonoridad de su voz que a la sensatez de lo que preguntaba.

El cautivo lanzó un prolongado gemido.

—Nada tema usted —volvió a decir visiblemente satisfecho de la transformación que la resonancia de las bóvedas causaba en su voz—. Mientras se halle bajo mi protección, está más seguro que en su propia casa.

Aquella frase le había salido redonda. Todavía el eco repitió cuatro o cinco veces; casi tantas como la tumba de Métela, mujer de Craso, que repite ocho veces un verso hexámetro. A Basilio, en aquella oscuridad, le sonaba como un rugido de titán.

Realmente estaba satisfecho de sí mismo, sintiéndose capaz de acometer las más espeluznantes empresas.

El cautivo no debía participar de aquella confianza que a sí propio se inspiraba su interlocutor, pues todo se le volvía lanzar unos suspiros tan lastimeros, que, oídos en aquellos antros, arrugaban el corazón de Basilio, aunque tratara de disimularlo con la arrogancia de su voz.

Por no interrumpir la conversación, le preguntó quién era y qué circunstancias crueles le habían enterrado en aquellos lugares.

—Me llamo Carlos de Mantua —le informó.

Basilio, en medio de su temor, experimentó una sensación de alegría al saber que tenía ante sí al raptado sobrino del señor Catafalco, lo cual simplificaba en extremo su labor policíaca.

—¿Es decir, que usted es el que de modo tan misterioso desapareció de su propia habitación sin dejar vestigio alguno que nos pusiese sobre la pista de su paradero?

—Ni yo mismo me he dado cuenta de cómo se verificó, caballero. Después de cenar, y apenas habían dado las once, me retiré a mis habitaciones, según tenía por costumbre. A poco de cerrar la puerta de mi alcoba noté cierta pesadez en la cabeza, que me obligó a echarme en la cama vestido, con la esperanza de que se me pasaría; pero fue tan profundo el sueño que me acometió, que cuando desperté me vi acostado sobre este montón de paja, sin que haya podido recordar cómo se verificó mi traslado.

Y no supe que me hallaba a tanta profundidad, hasta que mis verdugos me lo dijeron. ¡Ay, amigo mío, parece que estoy bajo un sueño espantoso! Nunca tuve enemigos, y no comprendo con qué fin se me hace víctima de tan crueles sufrimientos.

—Es sencillo de explicar —interrumpió Basilio examinando detenidamente, no sin gran inquietud, su linterna eléctrica, cuya luz mortecina denotaba su próximo fin —: su fortuna ha despertado la codicia de estos miserables, que quieren apropiársela a cambio de su rescate.

—Ese es el móvil, sí, señor. Ya me han obligado a escribir una carta a mi hermano conminándole a que depositara un cheque encima de una mesa del salón, adonde por lo visto tienen ellos fácil e incomprensible entrada, prometiendo ponerme en libertad si lo hacía; pero llevo dos días ya sin saber si el cheque se ha cobrado y sin esperanza de que esos forajidos cumplan su palabra. ¡Ah, qué momento tan horrible pasé, amigo mío!

Tuvieron que interrumpir su conversación para ayudar al desgraciado a cambiar de postura; entonces reparó en el estado lastimoso en que se hallaba. Su desnudez era casi completa. En sentido longitudinal a su cuerpo resaltaban como negros ofidios anchos surcos amoratados, señales delatoras de las ligaduras. Cada movimiento le arrancaba un grito de dolor.

—Tarda en volver su compañero —observó con tono inquietante—. ¿Se habrá extraviado por el laberinto de galerías?

—Respondo del viajero infatigable; no pase cuidado por él. Capaz sería de llegar al centro de la tierra sin extraviarse, si a ello le forzaran las circunstancias. Más serias inquietudes me asaltan al recordar que dentro de diez minutos nos habremos quedado sin luz.

Aquella perspectiva era inquietante.

—No me lo diga. Me asusta pensar en las horribles torturas que he pasado por causa de la oscuridad. Legiones de ratas me acometen sin descanso, y tal es su número, que a veces me veo apurado para defenderme. No puedo tener un solo momento de reposo; cuando me vence el sueño, siento en mis piernas sus crueles mordeduras y millares de ellas, que avanzan enseguida por todo mi cuerpo, con intención de devorarme. Mis manos no son bastantes para matar a tantas como me acometen, porque cuanto mayor es mi empeño por deshacerlas más aumenta su número y su voracidad. ¡Ay, amigo mío, es horrible pensarlo! Y si a esto se añade el temor de que puedan llegar esos malditos jorobados...

Basilio sintió que el cabello se le erizaba. La verdad era que aquellos relatos bastaban por sí solos para apocar el ánimo del más valeroso.

Como para dar más fundamento a aquella espeluznante hipótesis, un ruido sordo de pisadas resonó lejano en la oscuridad de la galería.

—¿Oye usted?

—Será nuestro viajero infatigable, que regresa con las herramientas.

El viejo movió negativamente la cabeza.

—No, joven, fíjese bien. Ese rumor de pisadas me produce escalofríos de terror. No puedo, equivocarme. Son ellos.

Basilio sintió un estremecimiento recorrer todo su cuerpo.

¿Qué hacer? ¿Contra cuántos enemigos tendría que luchar? Probó nuevamente a romper las gruesas cadenas que sujetaban al prisionero; pero su esfuerzo resultó inútil.

Y las pisadas se iban escuchando cada vez más cercanas.

—Huya, amigo mío, temo por su libertad, tal vez por su vida. Sentiría que su desinteresada generosidad le llevase a sufrir los mismos tormentos que yo padezco.

A pesar de todo no se movió. El miedo y la indecisión le tenían allí clavado. El caso no era para andar pensando lo que convenía hacer, pues el ruido se iba haciendo por momentos más perceptible.

—No puedo, no debo abandonarle a usted. Les haré frente aunque sean un ejército.

—No lo haga; con eso no conseguiría más que exponer inútilmente su vida; atienda mis ruegos y aléjese.

Basilio siguió inmóvil.

Ya los ruidos se percibían con toda claridad. Era un rumor de voces acompasado, grave. Su rítmica entonación tenía todas las modulaciones de una extraña plegaria, que oída en aquellos lugares parecía emitida por una siniestra cofradía de duendes.

Basilio apagó su linterna y esperó inmóvil.

Al fin, los ojos, acostumbrados a la impenetrable densidad de las tinieblas, percibieron una tenuísima coloración precursora de otros rayos luminosos más potentes. Basilio escuchó los prolongados suspiros del mísero cautivo, que sin duda alguna recordaba en aquel momento la refinada crueldad de sus ya cercanos verdugos.

—Valor, amigo —le advirtió animoso.

Pero sus palabras temblaban. El secuestrado volvió a su empeño.

—Huya usted. No desperdicie la ocasión. No exponga su vida inútilmente.

Dos antorchas brillaron al fin en el fondo tenebroso de la galería. En pos de ellas, y colocadas con igual simetría, fueron apareciendo hasta cuatro más, que avanzaban al compás de una lenta canturía. Aquella marcha tenía toda la gravedad de un paseo procesional. Su rara liturgia era una invocación a las deidades mágicas. Claramente se percibía la canción:

Ormuzd, Ormuzd, rey inmortal.

Dios de la luz, como Luzbel,

manda a tu arcángel Orifiel

sobre este lecho sepulcral.

—¡Márchese! —le ordenó Mantua con voz enérgica—. Dentro de un minuto será tarde.

—Imposible. ¿Dejarle solo contra esta turba infernal? ¡Nunca!

Pero el temblor de sus piernas, que se entrechocaban nerviosamente, desmentía el ánimo de sus palabras.

Las antorchas, alineadas en dos filas junto a ambas paredes del túnel, dejaban en el centro un espacio libre, que a Basilio le pareció ocupado por una mancha más negra aún que el fondo de donde se destacaba. Era un horrible cuerpo informe y alucinante.

La luz de las antorchas reverberaba ya en las partículas de mica que contenía el granito de las paredes, extendiendo por el lugar donde se hallaban nuestros amigos una penumbra en la que ya empezaban a destacarse los objetos.

El momento era terrible, decisivo.

—¡Huya, huya, que va a ser tarde!

Basilio sentía ya las impaciencias que inspira el peligro inmediato, la situación crítica. Sudaba por todos los poros de su cuerpo.

—¿Y si le martirizan?

—No importa; huya. ¡Que le descubren!

Aquella súplica, hecha en tono de angustia, decidió a Basilio.

De un salto se internó en la galería, quedando fuera del espacio iluminado por las antorchas.

Después buscó un refugio entre los salientes irregulares de la pared, empotrándose materialmente en ella.

Era tiempo.

La luz acababa de iluminar completamente el espacio en que yacía Carlos de Mantua.

Basilio desenfundó sus pistolas y aguardó acontecimientos, pronto a intervenir a la menor brutalidad de los jorobados.

Los conductores del siniestro bulto, deteniéndose a poca distancia del prisionero, le depositaron en el suelo y se pegaron en dos filas junto a la pared.

El pánico detuvo la respiración de Basilio, al darse cuenta de que aquel bulto extraño era un féretro. Sobre su negra superficie se destacaban, en color de plata, unos círculos confundidos con algunos signos cabalísticos.

Sus macabros conductores eran efectivamente los siete jorobados, inconfundibles, a pesar del fúnebre ropaje con que se cubrían, en un todo semejante al del ataúd, adornando su pecho los mismos misteriosos signos, y cubierta la cara con una máscara.

De entre el grupo se adelantó uno, llevando en la mano en lugar de antorcha una

varilla de marfil terminada en una bola con varios agujeros.

Dio tres vueltas alrededor del catafalco, y deteniéndose bruscamente, hizo tres inclinaciones y gritó con voz imperiosa:

—Acercaos, «erbedo».

Basilio no comprendía el antiguo persa; de no ser así se hubiera enterado de que «erbedo» significa discípulo, y tal pareció el que se adelantó al encuentro del que hablaba, cuya estatura, ademanes y voz no le parecieron del todo desconocidos.

—”Erbedo”, vais a ser iniciado en los misterios de Zervane Akarene, creador del universo material e incorpóreo. Vuestro espíritu va a percibir la luz sobrenatural que alumbra todas las cosas ocultas. Cuando nuestro padre Zoroastro se retiró al monte Albordi, allí Ormuzd, el espíritu del bien, le dictó los Naskas. ¡Loor a nuestro padre Zoroastro!

Un coro de voces contestó a tales alabanzas:

—¡Loor a nuestro padre Zoroastro!

—En ellos está contenida toda la sabiduría a que puede llegar el hombre en la tierra; ellos muestran el porvenir y el medio de ver el pasado, y sujetan al resto de los mortales no iniciados a la omnímoda voluntad de quien los conoce. Pero para ello es necesario que sepas dominar tu voluntad, «erbedo», que postergues tu sensibilidad a la voz de tu deseo, y que obedezcas ciegamente los mandatos de tus maestros. Dos son las pruebas a que te someto: pondrás la mano en el fuego hasta que la llama limpie tu carne de impurezas; la segunda depende del Destino. Aquí tienes el puñal con que has de ejecutarla.

Dicho esto, puso en manos del iniciado una brillante hoja albaceteña, pronunciando mágicos conjuros.

Después, el discípulo de Zoroastro se volvió al prisionero.

—Carlos de Mantua —le dijo con voz chillona que Basilio quiso identificar con la de su misterioso, amigo Sabatino—, ha sido cobrado el cheque depositado por tu hermano para tu rescate; pero esto no colma los deseos de los siete jorobados. Es preciso que toda la fortuna de Robinsón de Mantua pase a nuestro poder, para lo cual otorgarás inmediatamente un testamento, nombrándonos tus herederos, porque supongo que tendrás algún empeño en prolongar tus miserables días.

Y sin aguardar respuesta, se volvió a los jorobados e hizo una seña. Al momento avanzaron dos, llevando un pequeño velador forrado de negro, sobre el que resaltaba una hoja de papel escrita.

—Soltadle —ordenó entregando las llaves de las cadenas a uno de los enmascarados.

Basilio, al ver a su amigo en libertad, respiró satisfecho. Consideraba que de verse precisado a intentar su salvamento por la fuerza, ya tenía allanado el obstáculo que no pudo vencer antes.

El infeliz prisionero se hallaba tan acabado, que a duras penas podía sostenerse en pie.

—Firma, Carlos de Mantua —ordenó el enmascarado.

La víctima, en lugar de obedecer, apretó la pluma entre sus dedos y les miró fijamente.

—¿Y no comprendéis que si algún día llegase a salir de aquí este documento sería nulo?

—¡Está previsto! Se cumplirá la voluntad de Orifiel —salmodiaron siete voces a coro con lúgubre son, dirigiendo sus extendidos brazos hacia el ataúd.

Basilio no pudo comprender el terrible significado que encerraban aquellas palabras; pero el anciano, acostumbrado a la crueldad de sus verdugos, no podía equivocarse respecto a su suerte.

—¿Es decir, que me mataréis?

—Has de morir —contestó la voz de Sabatino—. Pero si quieres prolongar tu existencia, firma.

—No lo conseguiréis —rugió el anciano dando un paso atrás y moviendo los brazos con una ligereza impropia de su estado de agotamiento—. Me defenderé.

Basilio pensó que ya había llegado el momento de intervenir; dio un paso al centro de la galería y apuntó a los jorobados con sus pistolas; pero cuando ya se disponía a gritar con voz estentórea: «Un paso atrás; arriba las manos», hubo de retroceder, mal de su grado. Siete cañones de revólver apuntaban a la víctima.

Toda defensa era imposible. Basilio, comprendiendo la inutilidad de su intervención, volvió a su escondrijo hasta ver en lo que paraban aquellas amenazas; pero lo hizo con tan mala fortuna, que habiendo apretado nerviosamente uno de los salientes graníticos de la pared, se vino abajo a la presión de su mano con gran estrépito.

Los malhechores volvieron sus miradas hacia el sitio de donde había partido el ruido.

Comprendió que estaba descubierto, y esperó con ansiedad, pendiente de aquellas feroces miradas, que no le podían distinguir en la oscuridad.

—¡Estamos vendidos! ¡Alguien nos espía! —gritó el jefe de la banda, dirigiendo el reverbero luminoso de una linterna eléctrica que sacó del bolsillo hacia el escondite que ocultaba a nuestro desventurado amigo.

—¡En seguida! ¡Explorad la galería!

El hacecillo luminoso, resbalando por la pared, vertió sus cascadas de luz sobre el intruso. Inmediatamente tres jorobados, apuntándole con sus revólveres, se adelantaron a su encuentro.

Pero nuestro amigo tenía buenas piernas; rápido como el pensamiento emprendió vertiginosa carrera a lo largo de la galería.

Las tinieblas favorecían su marcha; pero Basilio sentía a cada momento su cabeza deshecha contra los salientes de la pared.

Los bandidos continuaban dándole alcance. Aquello no podía prolongarse mucho tiempo; pronto sería capturado y aherrojado a la pared como el desgraciado prisionero. Esta idea escalofriante le hacía duplicar la velocidad, con riesgo de estrellarse. Jadeante y a punto de desmayar, sintió sobre sus talones las pisadas de sus enemigos y una mano brutal que avanzaba, tratando de hacer presa en su ropa. Al sentir sobre sí aquel contacto reconcentró todas sus energías y, haciendo un supremo esfuerzo, consiguió adelantarse algunos metros. Aquel esfuerzo le salvó nuevamente.

A la luz de las antorchas de sus perseguidores pudo ver que la galería formaba un leve recodo, e inmediatamente después tres ramificaciones se presentaban en su camino.

¿Por cuál decidirse?

Vióse menos distante de la del centro, y a ella se dirigió velozmente, perdiéndose en sus profundidades.

LA CIÉNAGA DE LA MUERTE

BASILIO continuó avanzando por aquel subterráneo escalofriante, con ánimo de distanciarse de sus perseguidores.

Como a diez metros del camino oyó, procedente de la dirección en que avanzaba, un sordo ruido, semejante al que produciría un torrente de agua despeñándose en el abismo.

A pocos pasos más sintió que el terreno, en alarmante declive, se volvía fangoso e intransitable, atándole los pies al suelo con la fuerza de su pegadiza masa. Comprendía que de seguir caminando por allí no tardaría en quedar enterrado por el lodo.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano se detuvo, y agarrándose a los salientes de la pared, logró acercarse a ella, sustrayéndose de la corriente de lodo, que ya le llegaba por encima de la rodilla.

Escuchó. La resonancia de la bóveda le transmitía, juntamente con el espantable ruido del agua despeñada, los planes de sus perseguidores, que, ignorantes del camino que había tomado, se detuvieron en la encrucijada para deliberar.

—Ha debido huir por la derecha, que es la galería que conduce a la salida por la calle del Rollo.

—A mí me ha parecido verle por este lado.

—Entonces explora tú esa galería; yo me encargo de la derecha.

—¿Y yo la del centro?

—Sí; pero con cuidado, amigo. Explora solamente hasta los veinte metros. Allí no intentes avanzar más.

—¿Por qué?

—Porque esta galería conduce a un sitio horripilante. Si allí no le encuentras y ha tenido la mala suerte de seguirla no le volveremos a ver más.

Basilio no comprendía aquellas palabras; pero lo que oyó a continuación bastó para explicárselas en todo su terrible significado.

—¿Dónde conduce esta galería? —volvieron a preguntar.

—¡A la ciénaga de la muerte! Cuidado con la corriente de fango.

En efecto; el túnel por donde Basilio se había internado conducía a uno de esos lugares fangosos que se forman en el subsuelo de las grandes urbes, tremendas grietas deladoras de insospechadas conmociones geológicas interiores, que sacuden la corteza del globo, sin fuerza bastante para manifestarse al exterior, pero que forman en sus entrañas espantables antros, donde el agua y el lodo acaban la acción destructora creando lagos de espantable profundidad.

Basilio encendió su acumulador para enterarse bien del lugar en que se hallaba.

El hilillo de luz avanzó rápido por el suelo enlodado, siguiendo una espesa y lenta

corriente que burbujeaba a su paso.

La galería quedaba interrumpida bruscamente a un metro escaso de donde él se hallaba, presentando una tétrica oquedad, a cuyas paredes opuestas no alcanzaban los rayos luminosos de su linterna.

Inútilmente trató de explorar el abismo que se abría a sus pies; aquel antro parecía tener por único fondo la calígene de su espantoso neorama.

Sintió que el cabello se le erizaba al considerar que hubiera desaparecido en sus entrañas de haber avanzado un metro más sin luz. Y explorando mejor con su lámpara pudo llegar a distinguir el fondo. Allá abajo, a centenares de metros, el abismo mostraba su escalofriante superficie movediza, semejante a la hirviente lava de un volcán.

El reguero de lodo que arrastraba la corriente caía en aquel mar fangoso con un estrépito atronador, aumentado por el eco del abovedado. Allí los menores ruidos tenían resonancias espantosas.

Aquella era la terrible ciénaga de la muerte, que oyó nombrar a sus perseguidores con espanto. Allí, casi a sus pies, se abría como un abismo dantesco.

Un pánico insuperable se apoderó de todo su ser al dirigir la vista a tales profundidades. Instintivamente retrocedió.

Decidido a volver atrás, apagó su linterna; pero al tratar de hacerlo sintió sobre su espalda la presión de un revólver que le apuntaba.

Aún tuvo ánimos para volver la cabeza y mirar a su acometedor. Era uno de sus fieros perseguidores: a través de los agujeros de su antifaz vio brillar dos ojos que se clavaban en él siniestramente.

El enmascarado ordenó con voz imperiosa:

—¡Adelante!

Aquella orden le obligaba a caminar hacia el abismo. Obedeció lentamente, sin ánimos para titubear siquiera.

A la luz de la antorcha que llevaba su enemigo, Basilio contempló la sima que se acercaba a su paso. La tierra, removida por la humedad, cedía a sus pies empujando a la que formaba la arista del precipicio, que se desprendía con gran estrépito para caer en el fondo del mar fangoso.

A tres pasos del borde Basilio se detuvo. Allá, a cien metros bajo sus pies, veía brillar con su siniestro color plomizo la superficie de la ciénaga, que le producía estremecimientos horribos.

La voz del enmascarado atronó con mil espantables ecos las soledades del antro.

—¡Adelante!

Y el cañón de su revólver, siniestra, fatídicamente, le empujaba hacia el abismo.

Dio un paso más. Otra vez sintió en el fondo como una descarga de artillería, el choque de la tierra que cedía bajo la presión de su marcha.

Dos pasos únicamente le separaban del borde. Imposible avanzar más; un solo movimiento, el más ligero resbalar de la tierra, le arrastraría consigo al mar de lodo.

Tuvo que detenerse y echar el cuerpo atrás para no ser víctima del vértigo que le acometía al mirar la sima.

Otra vez oyó la voz del enmascarado al tiempo que el cañón de su revólver se posaba sobre su cabeza.

—¡A la ciénaga!

Y aquellas bóvedas que habían de ser su tumba, repetían lúgubrementemente el escalofriante mandato.

Y un salto..., salto terrible, y el choque de su cuerpo sobre la superficie fangosa, que se abriría para sepultarle, era lo único que a Basilio le quedaba de existencia.

Pero, ¡ah!, la vida ofrece muy bellas perspectivas, sobre todo cuando se ve volar el último momento.

Basilio se volvió. Era preferible morir de un tiro, defendiéndose, en el calor de la lucha. Aquella perspectiva no inspiraba terrores, no sobrecogía el alma como el abismo.

—¡A la ciénaga, vil espía! Si no quieres de grado, irás por fuerza —rugió el jorobado al mismo tiempo que extendía su brazo armado.

—Nunca —contestó—. Dispare usted si quiere.

Y uniendo la rebeldía de su acción a la de sus palabras, se abalanzó a su enemigo.

El espantable jorobado apretó el gatillo y... cuando ya Basilio se creía atravesado por un proyectil, el tiro no salió.

—Esto mismo acontece todos los años en el cuarto acto de Don Juan Tenorio —pensó Basilio, cobrando el ánimo que había perdido. Y su moderna browning, perfectamente construida, fulminó un relámpago que iluminó momentáneamente aquellos antros.

El enmascarado cayó pesadamente sobre la fangosa galería. Entonces, y sólo entonces, respiró, pensando en el peligro de que acababa de escapar.

Recapacitó. El formidable ruido del disparo podía atraer a los demás perseguidores, que impidiéndole la huida, no tardarían en acabar con él.

El peligro más inmediato estaba vencido; pero... ¿cómo escapar?

Acostumbrado a estrujar su cerebro en los momentos de apuro, no tardó en traerle entonces una idea salvadora.

Despojó al cadáver de su negra túnica y se la vistió, cubriéndose la cara con su antifaz.

—Ya estoy cambiado. Haré que al llegar los otros no conozcan la sustitución de que ha sido víctima su malvado compañero. Ahora, hagamos desaparecer el cadáver.

Colocó entre dos piedras la antorcha junto a la pared, y tomando al muerto entre sus brazos le depositó en el borde del precipicio.

Un vigoroso empujón con el pie le hizo rodar a las profundidades donde su buena suerte no quiso que terminara su vida.

Transcurrieron lo menos treinta segundos antes de que los ecos del abismo atronasen con el lúgubre ruido que hizo al tragarse el cadáver. Basilio, inclinado al borde, contempló horrorizado cómo la superficie plomiza se abría, con suavidad escalofriante, y extendía su espeso sudario sobre el cuerpo de su enemigo.

Cogió la antorcha y corrió para separarse de aquellos escalofriantes lugares antes de que le sorprendiese la llegada de sus adversarios.

Al volver la vista a la galería distinguió los primeros resplandores emitidos por las antorchas de los que se acercaban.

De repente le asaltó la idea de un nuevo peligro que se le presentaba. Inevitablemente iba a ser descubierto, a pesar de su disfraz: el muerto era jorobado y él ostentaba sobre su espalda su mal ajustado ropaje vacío en la prominencia hecha para cubrir la joroba.

Era preciso alguna idea que le salvase, y la idea vino.

Dejó la antorcha en el suelo, y cogiendo un formidable pedrusco desprendido de la pared, a costa de mil sudores, se lo echó auestas, colocándosele a manera de pesada giba.

El pedrusco era formidable, pero le salvaba y había que resistir.

Cuando llegaron sus perseguidores la transformación era completa; pero, ¡madre mía!, lo que sudaba.

—¿Peció al fin? Hemos oído el tiro. ¿Dónde está el cadáver?

—Se lo ha tragado el abismo —contestó, dando a su voz entonaciones fatídicas.

Los jorobados retrocedieron con horror, arrastrando tras sí al infortunado Basilio, que a duras penas podía caminar, abrumado por el peso de su pétrea joroba.

DONDE SE ECHA DE VER QUE EL NUMERO DE JOROBADOS ASCIENDE DE SIETE A NUEVE

SUDANDO a mares se hallaba nuestro héroe cuando se unió al grupo de enmascarados. El peso de la piedra resultaba tan penoso, que ya estuvo varias veces tentado a dejarla rodar para moverse con más desenvoltura; pero comprendió que de su prudencia dependía su salvación, y caminaba procurando aparentar cierta agilidad, a costa de fuertes magullamientos de sus costillas fijas.

Al ruido de sus pasos se adelantó el jefe de los enmascarados preguntando por el fugitivo. Uno de sus acompañantes refirió la escena.

—Peció en la ciénaga de la muerte. El hermano neófito luchó con él hasta conseguir lanzarle al mar de lodo. Caro ha pagado su espionaje.

Aquellas palabras informaron a Basilio de que el muerto era precisamente el que trataba de ser admitido en la secta de aquellos malvados. Por otro lado confirmó su creencia al ver su túnica, desprovista de los círculos mágicos y signos cabalísticos que adornaban las de sus contrahechos compañeros.

Esto le sirvió para darse perfecta cuenta del papel que la suerte le había deparado. Lo primero que hizo después de recibir las felicitaciones de sus compañeros por su arrojado, fue buscar con la vista al anciano prisionero. Le halló tendido sobre la paja, aherrojado nuevamente a sus crueles cadenas.

Ya empezaba a madurar un plan con el fin de libertar al desgraciado prisionero cuando le distrajo de sus pensamientos la metálica voz del mago, que volvía a comenzar su interrumpida liturgia.

—”Erbedo”, habéis dado una muestra de valor librando a la secta de un vil espía. Esto constituye por sí solo un mérito más que suficiente para ser admitido entre nosotros; sin embargo, nuestros estatutos vedan prescindir de la ritualidad. Seréis sometido a la prueba del fuego, y si vuestra sensibilidad se adormece resistiendo el dolor, seréis iniciado en los funerales de Hirán, nuestro padre; el sabio artífice de cuyo cerebro salieron las magníficas naves del templo salomónico.«erbedo», desnudaos el brazo.

A Basilio le asaltaron unos temores espantosos. Bien claramente presentía que aquellos endiablados fanáticos trataban de tostarle vivo. Sus temores fueron en aumento cuando a una señal del hierático jorobado se adelantaron dos enmascarados depositando junto al ataúd un brasero de bronce figurando la cabeza de un macho cabrío, y en cuyas brasas quemó aromáticas esencias orientales.

Basilio, después de afianzarse un poco su aplastante joroba pronta a rodar, se dispuso a seguir con atención las ceremonias de la extraña liturgia.

El mago se adelanta dibujando en el aire con su varilla extraños círculos y

gritando como un poseído:

—¡Arimanes! ¡Arimanes!, rey de las tinieblas; tú que engendraste los espíritus infernales para conquistar el imperio de Ormuzd, séanos propicio tu soplo destructor. Abre el alma del «erbedo» al fuego de tu sabiduría, para que lea en el porvenir, para que las estrellas le muestren los destinos del hombre y le saturen del fluido bienhechor que emana de tu ser. ¡Arimanes!, tu espíritu necesita una víctima, que calme tu justa cólera contra la raza humana; esa víctima será nuestro enemigo, que yace cargado de cadenas esperando el golpe mortal. ¡Arimanes!, satura el brazo de quien te lo va a inmolar, dándole la tenacidad del acero y la dureza del diamante, si el fuego material le purifica del dolor y de toda impureza.

Dicho esto quedó rígido, con los brazos extendidos al ataúd, como si continuara en voz baja su extraña plegaria.

De pronto se irguió y miró fijamente a Basilio.

—”Erbedo”, ¿estás pronto a hundir tu puñal en el pecho del prisionero?

Aquella pregunta imperiosa parecía esperar una respuesta inmediata. Basilio quedó sin poder hablar de la emoción recibida.

—Contesta, «erbedo». Arimanes no gusta de vacilaciones.

Era preciso decidirse, seguir fingiendo hasta el fin o perderlo todo. Basilio contestó, tratando de disimular su turbación:

—Estoy pronto.

El mago continuó:

—Antes purificarás tu mano en el fuego para que el sacrificio sea grato a la divinidad de las tinieblas. En tanto tus hermanos entonarán su plegaría a Ormuzd. Él te retirará la sensibilidad durante el tiempo que dure la prueba. «erbedo», ve aproximando la mano al fuego para que su primer contacto no te sea tan doloroso.

No quedaba otro recurso que soportar la terrible prueba o descubrirse. Basilio sentía escalofríos por todo su cuerpo al pensar en su carne chamuscada. A pesar de todo, se decidió a probar fortuna.

El mago, en tanto, había levantado la tapa del ataúd, y sacando cinco varillas, en un todo iguales a la que él manejaba, empezó a distribuir las entre sus compañeros rezongando una ininteligible oración.

Basilio probó a poner su brazo sobre las ascuas del brasero. Poco a poco, venciendo el fuerte dolor que el fuego le causaba, logró sostenerle allí por espacio de un segundo, fue un momento nada más.

Un fuerte grito emitido por el mago le ocasionó una fuerte contracción nerviosa, bajo la cual retiró el brazo apresuradamente. Pero el grito aquél, que Basilio juzgó perteneciente a la liturgia, había sido motivado por más ajenas causas.

El mago había retrocedido rápidamente, poseído de terror, alejándose del grupo que formaban los seis enmascarados.

Hubo un profundo silencio, el que precede a los momentos trágicos. Basilio estaba pendiente de los menores actos del brujo.

—¡Traición! ¡Traición! —articuló éste al fin con una voz en la que se notaban los temblores del pánico—. Entre nosotros hay dos traidores.

Los enmascarados se miraron entre sí, distanciándose unos de otros instintivamente. Basilio, aunque no menos admirado de aquellas palabras, se creyó al fin descubierto. No alcanzaba a depurar bien lo que decía el sacerdote de Ormuzd; pero comprendía, sin embargo, que él era quien las motivaba. Introdujo la mano por la abertura de su túnica, y empuñando una pistola aguardó sereno los acontecimientos.

—¡Hermanos! —volvió a gritar el jefe ya en tono más tranquilo—. ¡Hemos sido sorprendidos en nuestra misma guarida, y no podemos saber quiénes son los traidores, porque todos estamos enmascarados de igual modo! Somos siete los asociados al amparo de la Torre; contaos y veréis cómo sumamos nueve. ¿Quiénes son los traidores?

En efecto, Basilio pudo comprobar con estupefacción la certeza de lo que decía el siniestro brujo. El número de los jorobados había aumentado en dos. ¿Cuáles serían los otros personajes y qué intenciones les guiaban al introducirse en medio de los siniestros asociados?

Uno por uno fue observando a todos por si algún detalle le delataba a los intrusos, vio dos. Situados en un rincón de la galería, cuya aventajada talla les hacía blanco de las miradas de todos los reunidos. Su porte era más que suficiente para despertar las sospechas; sus enormes jorobas cuadriformes y sus túnicas mal ajustadas al cuerpo eran detalles que no habían pasado desapercibidos para ninguno de los presentes.

Ellos también notaron sobre sí el peso de las miradas, pero permanecieron inmóviles y silenciosos como los enmascarados de la hostería del Laurel.

Por su parte, los que componían la banda del brujo se distanciaron poco a poco de los sospechosos, agrupándose a espaldas de Basilio, cuya mezquina estatura le libró de la desconfianza.

Basilio no podía comprender quiénes eran aquellos dos gigantescos jorobados que se hallaban allí como llovidos del cielo.

La voz del mago resonó imperiosa:

—¡Abajo las caretas! ¡Veamos cara a cara a los traidores!

Todos se despojaron del antifaz excepto los sospechosos, que continuaron inmóviles.

Basilio, por su parte, no acertaba a tomar ningún partido. Tal fue su turbación al oír la orden, que, olvidándose por un momento de su pétrea corcova, cesó de sostenerla, y ésta, llamada enérgicamente por la ley de la gravedad, resbaló por su espalda, sin que pudiera evitarlo, yendo a posarse mansamente sobre el pie del

cofrade más cercano que, al sentirse laminado, huyó lanzando alaridos de dolor. Los demás compañeros, al ver por tierra la joroba del neófito, emprendieron también vertiginosa fuga.

Basilio comprendió que había sonado, al fin, la hora de las grandes hazañas. Rápido como el rayo, sacó sus pistolas, y sin tomarse la molestia de apuntar a parte alguna, uno por uno fue disparando todos los tiros que contenían los cargadores de ambas, poseído de una locura febril, demoníaca, de muerte y exterminio que exacerbaban los horribidos estampidos, repercutiendo sin descanso en las tenebrosas bóvedas, como el ruido de una tempestad rugidora.

Cuando volvió en sí de su delirio destructor, se halló sujeto por los dos sospechosos que le tenían afianzado por la espalda, más para librarse de la furia de sus disparos que por temor de que se les escapara.

El resto de la banda había desaparecido como por encanto. En la lejanía se escuchaban aún, amortiguados por la distancia, los lastimeros ayes del infeliz víctima de la pesantez de la joroba.

Basilio, al sentirse sujeto, se consideró irremisiblemente perdido; en su interior envió enhoramala al impalpable doctor Catafalco, que con sus endiablados encargos le había conducido a tan desgraciado trance.

Estaba a merced de sus enemigos, que le miraban con aire nada tranquilizador. Uno de ellos le arrancó la careta.

—¡Basilio!

Este respiró al oír su nombre pronunciado con cierta entonación familiar.

Les miró tratando de reconocerles. Ellos se despojaron de sus antifaces.

Basilio respiró.

Eran el inspector Martínez Sirio y su amigo el «Duende de la Corte».

UNA MERIENDA EMOCIONANTE Y UN CADÁVER QUE ABRE UN OJO

¿PARA qué describir la alegría que experimentaba al ver a sus amigos? Pero ¿cómo habían podido introducirse en la subciudad, burlando la vigilancia de sus fieros habitantes?

Basilio quería enterarse de todo a la vez. Ellos, abrumados a preguntas, no sabían a cuál responder.

Ante todo trataron de libertar al cautivo. El infeliz se hallaba tan extenuado por los sufrimientos pasados y por la emoción con que había seguido los incidentes de la anterior escena, que a duras penas pudo hallar fuerzas para caminar.

Por su parte, el «Duende» y el detective también ardían en deseos de conocer por qué Basilio se hallaba entre los jorobados desempeñando un papel tan principal en tan raros acontecimientos.

En breves palabras les informó Basilio de su persecución a través de las oscuras galerías, sintiendo todavía que el pelo se le erizaba al referirles los detalles de su espantosa lucha al borde de la ciénaga fatal.

—Fue un momento terrible, amigos míos. El peor rato que he pasado en mi vida.

—¿Y qué tal la prueba del fuego? —preguntó irónico el detective—. Porque me pareció que al acercar el brazo a las ascuas lo hacía usted con cierto reparillo. ¡Quién nos iba a decir que era nuestro gran amigo Basilio el que se disponía a ser iniciado en los misterios de la magia negra!

El «Duende» les hizo ver la conveniencia de salir cuanto antes de aquellos lugares.

Los jorobados podrían rehacerse de la emoción sufrida y volver al ataque cuando menos lo esperasen.

El inspector, en cambio, no fue del mismo parecer.

—No volverán; bastante pánico llevan encima para tratar de venir a atacarnos. Tiempo tenemos de buscar la salida. Ante todo tratemos de reparar las fuerzas con un ligero refrigerio; esto nos vendrá muy bien por si tenemos que luchar.

Todos se avinieron a su parecer, particularmente el señor de Mantua, que tanto tiempo llevaba alimentándose con el pan negro que compartía con las ratas.

—Aquí tenemos una excelente mesa —dijo el «Duende», señalando el féretro abandonado por los jorobados—. ¡Ea, amigos míos! Hacedme el favor de sentarse alrededor.

La invitación no tenía nada de tranquilizadora. ¡Comer encima de una caja de muerto! Esto hubiera bastado para dar fin del apetito más despierto; pero las circunstancias hacen al hombre contemporizar con las situaciones más extrañas.

A Basilio le sorprendía extraordinariamente la invitación de sus amigos. Por más

que miraba a éstos y a sus vacías manos, no acertaba a comprender de dónde sacarían la merienda ofrecida; pero su asombro no conoció límites cuando, acercándose el «Duende» a las espaldas de su amigo, extrajo de su prominente joroba una descomunal tortilla con patatas, emparedada en un pan de a kilo. A continuación fue sacando un verdadero servicio de mesa, que depositó encima del féretro.

—¡Vaya una joroba mágica, amigo inspector! —dijo Basilio sin poder contener la risa—. Apostaría cualquier cosa a que la del «Duende» consiste en dos soberbios pemiles.

—Se equivoca usted —contestó el aludido—. El inspector y yo hemos procurado sacar el mejor partido posible de la situación; pero no nos permitimos esos lujos que usted supone. Nos hemos contentado con esta democrática tortilla, que constituye el alimento típico de los viajeros y de los romeros de San Isidro. Mi giba no contiene alimento alguno.

—¿Querrá usted hacerme creer, amigo «Duende» —dijo Basilio sonriendo—, que la ha inflado usted de hidrógeno, como los globos de los chicos, para hacerse más ligero al andar? Conociéndole a usted esta suposición es inadmisibile.

—Desde luego, amigo mío, que no traigo a la espalda el Peñón de Gibraltar, para luego dejarle caer sobre los ojos de gallo de algún desdichado. A su tiempo saboreará usted lo que llevo en ella.

El detective, en tanto, había hecho de la tortilla cuatro partes, que distribuyó entre sus amigos. Todos comieron con verdadera avidez; el señor de Mantua, sobre todo, declaró que la tortilla con patatas era un alimento digno de figurar en los festines del Olimpo; tal fue el placer con que devoró la ración que le había correspondido.

—Amigo «Duende» —preguntó Basilio—; será curioso conocer los medios de que se han valido ustedes para burlar la vigilancia de los jorobados que guardan la entrada de la subciudad. Me consta que son desconfiados. Recuerde usted lo que nos acaeció con el memorialista de la calle del Rollo.

—Esto me sirvió de experiencia, amigo Basilio. Ahora hemos recurrido a expedientes más eficaces. Todas las empresas tienen su punto débil, que es preciso saber hallar.

—¿Cuál es ese punto débil, se puede saber?

—El bello sexo, amigo mío —terció el inspector—. Se lo debemos al poder sugestivo que los ojos de nuestro amigo el «Duende» ejercen sobre el elemento femenino.

—¡Hombre! Le felicito a usted, amigo «Duende». ¿Una conquista, tal vez? ¿Y quién es el hada que guarda las llaves de estos encantados lugares?

El periodista se contoneó orgulloso.

—¡Psh! Un rruiseñor de fregadero que está loca por mis hechuras.

Basilio se rascó la cabeza con aire pensativo.

—¿Acaso la criada del doctor Sabatino?

—¡La misma, amigo mío! Veni, vidi, vinci.

—¡Es posible! —exclamó Basilio iracundo al conocer las liviandades de su dama—. ¡Es posible que Rosa...!

Y no dijo más. El desengaño que acababa de experimentar le bastó para formar su opinión respecto a la fidelidad de las mujeres pertenecientes a tan ilustre clase.

El «Duende» no pudo contener la carcajada.

—¿De modo que Rosa era también conocida suya?

—También, amigo mío —contestó Basilio en tono compungido—. No se puede uno fiar de las mujeres. ¡Y yo pensaba haberla puesto un pisito, en recompensa de los buenos servicios que me ha prestado!

—Pues no abandone usted la idea, querido. ¡Vaya, brindemos a la salud de nuestra poliándrica dama!

Basilio sintió curiosidad por saber de dónde sacarían el vino para ejecutar el brindis ofrecido.

—No se preocupe usted —le dijo el «Duende»—. La giba de nuestro amigo es capaz de contener un almacén.

Y, acercándose, sacó del ya exhausto morral de su amigo cuatro vasitos plegables.

—Ahora el néctar —observó Basilio—. A ver si sale también de la joroba de nuestro inimitable detective.

—Tanto no, querido; pero aquí tiene usted la mía, que lo trae en abundancia.

Y despojándose de su negra túnica, mostró en su espalda una mediana bota, de la que fue escanciando vino para todos.

—¿Pensaban ustedes llegar al centro de la tierra? —preguntó Basilio apurando el contenido de su vaso.

—No, amigo mío —contestó Martínez Sirio—; que para una excursión como ésa ya nos hubiéramos pertrechado debidamente. Nuestra profesión está llena de fatigas, y es preciso que al menos podamos soportarlas con el estómago lleno. Esta es una medida previsoras de todo buen detective. Ya sé que Sherlock Holmes no acostumbraba a llevar nada consigo; pero en estos tiempos somos algo más positivistas para ejercer el detectivismo. Despreciamos la clásica pipa, y llenamos el estómago, porque es cierto que las ideas salen del cerebro, pero antes suben a éste en forma de vapores digestivos. Yo, al menos, así lo entiendo.

Y Basilio también tuvo que convencerse de que como Martínez Sirio no había dos policías en el mundo. Aquél era un detective a lo Sancho Panza; ambos no comprendían las andanzas caballerescas sino con las alforjas llenas.

Realmente se merecía un brindis; y Basilio, siempre ecuaníme, le propuso a sus compañeros.

El inspector dio las gracias y alzó su copa por el espíritu del que yacía en el ataúd,

y al que todos habían tenido la desconsideración de olvidar.

Aquel brindis sugirió a Basilio la idea de contemplar el macabro contenido. ¿Sería efectivamente un muerto o contendría tan sólo los aparatos de que se servían los jorobados para sus mágicas invocaciones?

Recordaba que al dar comienzo la ceremonia el contrahecho jefe había extraído de la caja las cinco varillas cuyo reparto fue causa del descubrimiento de sus amigos. Dio tres golpecitos con los nudillos sobre el negro paño que forraba el féretro; pero en lugar de obtener la resonancia que se observa en los cuerpos huecos, el ruido se amortiguó haciéndose más opaco.

—¡Por el ojo de Budha! —exclamó—. Aquí hay un muerto.

Y sin esperar a oír el parecer de sus amigos introdujo una de las varillas mágicas por entre las junturas de las tablas, haciendo saltar violentamente la cerradura.

No se había equivocado: el ataúd contenía un cadáver. A pesar del lívido color de aquellas facciones desencajadas, Basilio trató de reconocer su fisonomía.

El cadáver era el de Ercole, el criado autómatas de Sabatino. ¿Qué nuevo crimen le había privado de la vida? ¿Qué ocultos móviles impulsaron a Sabatino a deshacerse de su fiel criado? Porque Basilio no tenía duda ninguna de que aquella muerte había sido causada por el siniestro doctor, temeroso, quizá, de que el marioneta humano llegase a revelar el secreto de sus infernales maquinaciones.

Basilio sintió que el pedazo de tortilla que tenía en la boca se negaba a pasar a su reseca faringe.

—Es inconcebible la maldad en estos bandidos —dijo a sus compañeros de mesa—. No retroceden ni ante la muerte de sus propios cómplices cuando así conviene a sus planes. Señores, confieso que este espectáculo ha terminado con mi apetito.

Pero nadie parecía dispuesto a hacer caso de aquellas palabras. Todos seguían consumiendo en silencio su ración, sin que la vista del cadáver pareciese haber influido en ellos ni un ápice.

Basilio trató de buscar en su imaginación un razonamiento lógico que le explicase aquel nuevo crimen.

Ante todo convenía saber la clase de muerte que había tenido.

Acercó la antorcha al rostro del cadáver. En aquellas facciones horriblemente contraídas y en aquellos ojos hundidos en las profundidades de sus negras órbitas creyó leer los crueles sufrimientos precursores de su agonía; sin embargo, no pudo descubrir señal alguna que le delatase la muerte padecida.

Ninguna herida había en todo su cuerpo; su garganta carecía también de ese corbatín amoratado que circunda la de todos los estrangulados. Tal vez por envenenamiento; pero en sus labios, desprovistos de sangre, no existían huellas de tóxico alguno.

Basilio puso las manos sobre su corazón, convenciéndose de que no latía; de su

boca no salía ese hálito imperceptible que exhalan hasta los catalépticos; sus ojos..., pero a Basilio le pareció que un ojo se abría y se cerraba con rapidez de relámpago.

¿No sería una alucinación?

Juraría que le había visto brillar por un momento girando, inquisitivo, en todas direcciones.

—¿Le han visto ustedes? —preguntó a sus compañeros, sintiéndose presa de un estremecimiento de terror.

El «Duende» y Martínez Sirio manifestaron que había sido una alucinación producida por el miedo; el anciano, sin embargo, creyó haber observado también el movimiento del cadáver.

—¡Este hombre está vivo! —gritó Basilio, llevándose la mano a la empuñadura de su revólver.

El policía soltó una carcajada.

—¿Es posible que no sepa usted distinguir los verdaderos síntomas de la muerte? ¿No ve usted su palidez? ¿No toca usted su frialdad marmórea?

Pero el «Duende» no era el hombre de los términos medios. Limpió su navaja, con la que se auxiliaba en la comida, y se aproximó al cadáver.

—No puedo consentir que le quede a usted ninguna duda, mi valeroso amigo. Yo no creo en brujerías ni en encantamientos. Si está vivo tendré el gusto de ofrecerle una copa de vino en nuestra compañía, como si se tratara de un nuevo don Gonzalo de Ulloa.

Dicho esto, rasgó la tela que cubría un brazo del cadáver, y a pesar de la natural repugnancia de los circunstantes, que lo juzgaban una profanación, hundió la hoja en su fría carne.

El cadáver no dio la más leve muestra de sensibilidad.

El «Duende» sacó el acero, sin que una sola gota de sangre manchase la hoja; la herida no era más que un corte sin bordes rojos, del mismo modo que se hubiera podido manifestar la incisión hecha en un cuerpo desprovisto de sangre.

Aquello era extraño, inquietante, no había razón posible para explicar aquel fenómeno.

El «Duende», más atento al efecto principal, no dio importancia a tan alucinante detalle.

—¿Queda usted convencido, mi incrédulo amigo? No se ha movido ni sangrado lo más mínimo; como si estos malvados le hubiesen chupado todos los glóbulos rojos, para emplearlos en sus infames sortilegios.

Basilio levantó la cabeza para mirar al «Duende»; pero no fue éste quien atrajo su atención; fue algo extraño que vio en la pared de la galería siguiendo la línea visual que se prolongaba detrás de su amigo.

Una cara horrible, monstruosa, espantable carátula faunesca, que Basilio no pudo

precisar si pertenecía a rostro humano o era una máscara tras la que se ocultaba un observador, contemplaba la escena, y al sentirse descubierta desapareció, volviendo a presentarse en su lugar el granito a que correspondía el hueco por donde se asomaba.

Basilio, aterrorizado, se disponía a llamar la atención de sus amigos, cuando el «Duende» les advirtió haber oído pasos en la galería.

—Salgamos de aquí —exclamó Basilio, poseído de terror—. Estos lugares están embrujados.

Aquello puso precipitado fin a la merienda.

—Es indudable que los jorobados se disponen a atacarnos —observó el «Duende»—. Conviene marchar prevenidos.

El detective fue de parecer que Basilio y él caminasen delante con las antorchas y el revólver preparado, y detrás el periodista, dando el brazo al desgraciado señor de Mantua.

—No es posible, amigos míos —opinó Basilio—. Nos exponemos a ser copados por sorpresa. La luz de las antorchas puede muy bien delatar nuestro paso a los jorobados, que, esperándonos emboscados, a favor de la oscuridad, caerán sobre nosotros, aniquilándonos.

—Discurramos un medio —contestó el detective—; no podemos tampoco caminar a oscuras. Esto dificultaría la marcha, y además no conocemos el camino. Lo mejor será, amigo «Duende», que nosotros nos adelantemos unos pasos sin antorcha, que encomendamos a ustedes. La luz puede atraer la atención sobre ustedes, claro está; pero tiene la ventaja de que en caso de sorpresa nosotros quedamos libres para acudir a su defensa.

De esta manera, aprobada por todos, se organizó la marcha.

Poco a poco fueron alejándose de aquel inquietante lugar, testigo de los sufrimientos del anciano.

Si alguien hubiese vuelto la cabeza por última vez, hubiera visto cómo la caja del ataúd se abría, incorporándose el supuesto cadáver, que después de observar cómo se perdían los últimos reflejos de las antorchas, desapareció confundido entre las oscuridades del túnel.

Aquella muerte no era más que un sueño hipnótico, producido por una corriente poderosa de fuerzas extrañas, que emitía un ser siniestro, con el fin de simular una resurrección en sus mágicas ceremonias.

UNA PARED QUE HABLA

NINGUNO de los cuatro podía decir con exactitud, entre las múltiples galerías que surgían a cada paso, cuál pudiera ser la que conducía a la salida.

El detective, siguiendo una inveterada costumbre de su profesión, había tenido la precaución de ir marcando la pared con unas escisiones, que no se encontraban por ninguna parte.

El «Duende» se ofreció a guiar; pero al cabo de media hora de camino y de continuo ir y venir, pudieron comprobar que se hallaban en una encrucijada, por donde ya habían atravesado lo menos cinco veces.

Allí se detuvieron a deliberar. ¿Cuál de aquellos caminos convendría seguir? Todos parecían conducir al mismo sitio: al punto de partida. Aquello era para desesperarse.

—Sigamos esta galería —observó el «Duende», señalando la que se presentaba a la derecha—; recuerdo haber venido en esta dirección.

—¿Y quién le dice a usted que no la hayamos recorrido ya cinco o seis veces? —le contestó Basilio.

Pero las últimas sílabas se le helaron en la garganta. Un coro de carcajadas lúgubres, alucinantes, resonaron en las oscuras galerías. Al punto los reflectores eléctricos trataron de inquirir en las tinieblas. Vano intento; toda exploración resultó inútil.

—No hay nadie en las galerías —observó Basilio—; no me explico de dónde puedan salir estas risas.

El detective se impacientó.

—Vaya, es preciso poner fin a esta situación. Sigamos por la derecha.

Otra vez las risas estallaron más estridentes, más cercanas.

—¡Ira de Dios! Esos malditos jorobados parece que tienen empeño en que no vayamos por ahí: adelante, amigos.

Y todos echaron a andar por la galería indicada.

A los primeros pasos sintieron a su alrededor unos extraños ruidos que les helaron de espanto. Parecía como si mil legiones de demonios caminasen al galope, arrastrando tras sí todos los aparatos más sonoros.

Basilio corrió por la galería con ánimo de darles alcance, pero nada encontraba a su paso que causase tan atronadora algarabía. Voces, risotadas, ruidos de cadenas, trompas de caza, todos cuantos sonidos pudiera inventar la febril imaginación de un visionario acompañaban a nuestros amigos en su inquietador paseo.

Después de salvar un recodo de la galería y torcer hacia la derecha, volvieron a encontrarse en un lugar en donde partían cuatro ramificaciones.

—¿Por cuál tomamos? —preguntó Basilio.

—¡Aguardad! —gritó el periodista tratando de reconocer el lugar—. Me parece que estamos en el mismo sitio que antes.

Otra vez el coro de carcajadas volvió a estallar atronador. Parecía que las paredes estaban embrujadas. Aquello era para sobrecogerse.

Nuestros cuatro amigos no sabían qué partido tomar. El desgraciado señor de Mantua hacía esfuerzos por ocultar la fatiga que aquellas caminatas le causaban.

—Seguid por la derecha —se oyó una voz burlona.

El «Duende» estaba rojo de ira.

—Oye, brujo, o lo que seas, que así te burlas de nosotros protegido por la impunidad de tu secreto, sal si te atreves a la galería y preséntate ante nosotros cara a cara, a ver si eres capaz de reírte ante el cañón de mi revólver.

—No ha llegado el momento —contestó la voz—. Estáis en mi poder y quiero divertirme con vuestros intentos de fuga. Ya os llegará la hora de ir a hacer compañía a Carlos de Mantua, prisionero en estas mismas galerías.

Pero Basilio no había perdido el tiempo. Con el oído pegado a la pared trataba de indagar de dónde salía la voz, corriéndose en la dirección que las palabras le guiaban.

Su labor tuvo buen éxito. El tacto le descubrió un pedazo de pared cuya temperatura no correspondía a la del granito de aquellos lugares.

Fijándose bien, pudo comprobar que era madera. Sin duda un ventanillo como aquel por donde vio asomado al horrible endriago.

—Y ¿no tendréis compasión de nosotros? —preguntó para cerciorarse bien de que allí era de donde salía la voz.

—Ninguna. ¡Seré inexorable! Carlos de Mantua volverá a sus prisiones hasta que haya firmado el testamento pedido. Vosotros dos, que habéis logrado burlar la vigilancia de nuestros guardianes, introduciéndoos en el lugar sagrado de nuestros ritos, seréis aherrojados a la galería con una cadena en cada brazo, una en cada pie y otra al cuello, para que no podáis defenderos de las ratas y seáis víctimas de su voracidad, y en cuanto a Basilio...

—¡Qué horror! —gritó el interesado en tono compungido y apuntando su revólver al ventanillo—. Y en cuanto a mí...

—Serás colgado de una cuerda en la ciénaga de la muerte hasta que el hambre y el terror hayan acabado con tu miserable existencia.

—¡Favor! ¡Favor, señor brujo! —atronaba Basilio con todas sus fuerzas—. ¿Para mí no puede ser algo menos?

—Al contrario. Además...

—¿Además? —preguntó fingiéndose aterrorizado, con gran sorpresa de sus amigos, que no sabían dónde iba a parar con sus lastimeros lamentos.

—Además, dos o tres veces al día será aflojada la cuerda y se te sumergirá en la ciénaga, para que te vayas dando cuenta de la clase de muerte que te espera.

Basilio aumentaba el diapason de sus alaridos de un modo ensordecedor; pero sus manos, adiestradas a repasar las asperezas de la pared, habían tropezado con un pestillo que levantó con sumo cuidado, quedando entonces a su elección el hacer girar el ventanillo.

—¡Piedad! ¡Favor! ¡Compadeceos de mí! Enviadme siquiera una cajetilla de sesenta para entretener mis ocios.

—No hay cajetilla de sesenta —continuó la terrible voz—. Esta petición te vale sufrir además el martirio del potro.

—Pues mira, vete al infierno y cuéntaselo a Satanás.

Dicho esto, abrió con rapidez el ventanillo, e introduciendo el revólver fulminó un tiro, cuyo estampido fue acompañado de un grito de dolor.

—¡Hola! ¡Hola! Parece que los tiros también matan a los duendes.

Pero no pudo terminar la frase; en el fondo de las distintas galerías brillaron innumerables antorchas que avanzaban en la dirección en que se hallaban nuestros amigos. Una descarga múltiple, hecha desde todas ellas, les obligó a buscar refugio en la pared.

—Esto se pone feo, amigos —dijo el «Duende»—. No podemos permanecer aquí un momento más; se nos echan encima de todas partes.

—Marchemos, pues —contestó Basilio—. Mirad, por aquella galería no se ven luces. Adelante.

Todos se internaron en la dirección señalada. Esto les libró, por el momento, de sucesivas descargas.

—Amigos míos —advirtió el detective—, veamos ante todo con las armas que contamos. Estos malditos jorobados nos atacarán, y es preciso economizar las municiones.

—Tenemos tres revólveres —dijo el «Duende»—. Pero a mí sólo me quedan los seis tiros que carga.

—Economícelos, amigo, porque presiento que la lucha va a ser empeñada.

—¡Pronto, pronto! —les advirtió Basilio adelantándose para llegar a una nueva encrucijada que formaba la galería—. Los jorobados tratan de cortarnos la retirada. Si consiguen llegar antes que nosotros, estamos perdidos.

La luz de las antorchas mostraba claramente la rapidez con que los jorobados pugnaban por llegar al sitio mencionado. Nuestros amigos trataron de apresurar el paso con el mismo fin, pero la extenuación del señor de Mantua era tal, que no podía avanzar con la rapidez deseada.

—Adelantémonos, amigo Basilio —dijo el detective—; es preciso llegar a toda costa; de lo contrario estamos perdidos. Usted, amigo «Duende», procure sostener al señor de Mantua y mantener a raya a los que avanzan detrás de nosotros.

—Nada teman ustedes —contestó el «Duende»—. Por mi parte les prometo que

sabré aprovechar los seis tiros que me quedan. Déjenme la antorcha; la oscuridad les puede ayudar en sus planes.

Basilio y el detective se adelantaron con rapidez por la galería.

—No es posible equivocarse —decía el inspector—. Esa maldita encrucijada debe tener tres o cuatro ramificaciones, por las que vamos a ver desembocar un verdadero enjambre de jorobados. Apresure usted el paso cuanto pueda.

Pero Basilio, por más esfuerzos que hacía para correr, no lograba dar alcance a su veloz compañero, que sorteaba los obstáculos de la galería con una ligereza sorprendente. Parecía el genio de aquellos oscuros lugares.

A poco tuvieron que convencerse de que los jorobados se habían posesionado de la encrucijada.

—Estamos rodeados —le informó Basilio—. Mire usted delante de nosotros las antorchas de nuestros enemigos. Son lo menos seis.

—¡Voto a mil diablos! —clamó el policía—. Retrocedamos.

Pero aquello era también imposible. A diez metros escasos veían brillar la antorcha que alumbraba el paso de sus compañeros y destacándose al final de la galería las de sus enemigos, que ganaban terreno por momentos.

LA LUCHA

—ESTAMOS entre dos fuegos, amigo mío —observó el policía—. Es preciso desalojar el paso antes de que nos hayan dado alcance los que avanzan por nuestra galería.

En aquel momento se oyeron voces de los de la encrucijada que intentaban ponerse al habla con los que avanzaban por el fondo.

—¡Atención! Tratan de comunicarse —le advirtió Martínez Sirio—. Amigo mío, probemos a llegar a la encrucijada favorecidos por la oscuridad; tal vez así logremos cogerles desprevenidos.

—Adelante, pues.

Medio arrastrándose consiguieron acercarse sin ser vistos.

Los jorobados meditaban un plan de ataque. Eran seis; pero sus palabras daban a entender que aguardaban a algunos más, procedentes de otras galerías.

—Esperad —decían—. Están cercados; pero es preciso que el jefe nos dé la señal de ataque.

El detective se acercó al oído de Basilio, que ya apuntaba al grupo con sus dos brownings.

—¿Está usted preparado? —le preguntó con voz queda.

—Lo estoy.

—Pues... ¡fuego!

Tres detonaciones atronaron las galerías al mismo tiempo que otros tantos relámpagos rasgaban un momento la oscuridad.

Un grito de dolor partió del grupo de los jorobados.

—Parece que no se ha perdido la carga —dijo sonriendo Martínez Sirio—. Adelante, amigo mío, ya es nuestro el campo.

Aprovechando la confusión que la brusca acometida había causado en los jorobados, llegaron a pocos pasos de la encrucijada.

La sorpresa les había dispersado velozmente; pero en medio de los gritos de terror, una voz imperiosa contuvo la huida.

—¡Atrás, cobardes! ¿No veis que son tres hombres nada más? El que retroceda le envío al infierno de un balazo.

Aquellas palabras causaron un efecto decisivo; los jorobados retrocedieron volviendo a invadir la encrucijada.

Otra certera descarga de nuestros amigos consiguió por segunda vez limpiar el terreno de enemigos. Estos, comprendiendo lo insostenible de su situación, se refugiaron en las galerías, disparando sus armas sin poder precisar la puntería.

—Esto va bien —exclamó Basilio—; pero será preciso ganar la encrucijada.

—Todavía no —respondió el detective—. Nos exponemos a ser fusilados a

mansalva. Es preciso aguardar.

Sus últimas palabras fueron interrumpidas por una descarga que retumbó a sus espaldas.

—¡Ira de Dios! —rugió empleando su juramento familiar—. Parece que han dado alcance a nuestros amigos. Es nuestro bravo periodista que se defiende.

Las detonaciones seguían cada vez más cercanas. Al fin la voz del «Duende» resonó dominando los disparos.

—¡Auxiliadnos, amigos, que se nos echan encima!

Pero ¿cómo forzar la encrucijada, si estaba también defendida por los emboscados contrahechos?

Era preciso un esfuerzo heroico que salvara la situación. Pasada la encrucijada se abría la boca de un túnel, en cuyo fondo no se veía brillar luz alguna.

—Amigo inspector —dijo Basilio—, es necesario que alguno se arriesgue para salvar a nuestros amigos. Desde aquella galería se dominan perfectamente todas las restantes ramificaciones. Trataré de ganarla y desde allí desembarazar el paso de la encrucijada. Tengo cápsulas suficientes. Si logro mi deseo cesaré de hacer fuego y haré una señal para que acudan ustedes. ¿Convenidos?

La empresa era en extremo arriesgada, pero también la única que podía salvarles. El policía se limitó a contestar:

—Convenidos, y buena suerte —y despidiéndose de Basilio corrió a sostener al apurado «Duende».

Basilio, por su parte, no aguardó más, y medio arrastrándose se lanzó a la encrucijada, perfectamente iluminada por las antorchas de los emboscados.

Fue un segundo lo que tardó en internarse por la galería; pero su paso fue saludado por una formidable descarga hecha de todas direcciones. El detective creyó imposible que no le hubiese alcanzado algún tiro.

—Amigo Sirio —le dijo el periodista cuando le vio llegar—. Es preciso salir de aquí inmediatamente. Silban las balas de tal modo, que parece un concierto de mirlos.

—Tratemos de sostenernos un momento, amigo «Duende». Todo estriba en unos minutos de resistencia. ¡Atención!, parece que nuestro amigo se defiende.

En efecto, un formidable fuego graneado les indicaba que Basilio, en salvo, emprendía con éxito la tarea de desalojar de enemigos las galerías. Resguardándose de las continuas descargas que les hacían, procuraron aguantar cinco minutos.

De pronto vieron salir de la galería a Basilio, que atravesando la encrucijada corría a su encuentro.

—Apresúrense. El paso está libre por un momento.

Los tres amigos no necesitaron oír más; con toda la rapidez de que era capaz el señor de Mantua, cruzaron la peligrosa convergencia y se internaron en la galería. Allí pudieron respirar satisfechos por breves momentos.

Sin detenerse, trataron de sacar la mayor ventaja posible a sus enemigos, que, advertidos de la maniobra, se agrupaban ya en la encrucijada.

—¡Por fin les hemos dejado atrás! —suspiró el «Duende»—. Ya era hora; pues no me queda un solo cartucho.

Basilio, que iba a la cabeza de todos, se detuvo bruscamente en el centro de la galería.

—¿Qué hay? —preguntó el «Duende».

—Que no podemos continuar. Nos hemos metido en un callejón sin salida.

La antorcha del «Duende», iluminando el sitio de convergencia de ambas paredes, confirmó esta inquietante verdad.

—¡Rayo del cielo! ¿Qué hacer? —preguntó el detective—. Vamos a ser cazados como ratas por esos endiablados contrahechos.

Basilio se rascaba la cabeza, pidiendo a su cerebro alguna solución a tan apurado trance.

—Sin duda alguna debían saber esto —dijo—, cuando con tanta facilidad nos han permitido el paso de la encrucijada.

Nadie respondió a estas palabras; el conocimiento de su desesperada situación les dejó anonadados.

En medio de su silencio creyeron percibir un ruido intermitente que salía de la pared, semejante al que produciría una herramienta de hierro al herir la tierra.

—Alguien hay detrás de estos muros —observó Basilio un tanto esperanzado, pegando el oído al sitio de donde procedía el ruido.

Los golpes continuaban resonando acompasadamente. Basilio golpeaba la pared, tratando de buscar el máximo de sonoridad. Todos seguían ansiosamente sus observaciones. Continuó por algún tiempo hacia la derecha, hasta que al fin lanzó una exclamación de alegría. Había tropezado con una puerta de hierro en la misma rasante de la galería, nada fácil de distinguir al paso.

—Aquí debe estar la salida —pensó, examinándola mientras sus camaradas aproximaban la antorcha.

Basilio dio al fin con el ojo de la cerradura y observó. La habitación a que correspondía se hallaba iluminada por una extraña llama, que, como un torrente de fuego, brotaba de la pared del fondo, en sentido horizontal.

En uno de los extremos un hombre, empuñando un azadón, cavaba una fosa, que ya le cubría medio cuerpo, y cuyos golpes eran los que habían llegado a sus oídos.

Basilio dio cuenta de aquel extraño descubrimiento; el «Duende» le suplicó que le dejase mirar un momento.

—En efecto —dijo a los pocos minutos de observación—. ¿Quién será ese hombre y a qué extraña tarea está entregado en estos lugares?

Por la mente de Basilio cruzó una idea siniestra. ¿No sería alguno de los siete

jorobados que estaría cavando una sepultura para enterrar alguna nueva víctima de sus monstruosos crímenes? Sea lo que fuere, a ellos les convenía entrar en relaciones con aquel hombre y obligarle a que les mostrase la salida.

Pero ¿cómo arreglarse para que les franqueara la puerta sin recelos? En vano discurría un medio que tuviera nada más que ligeras probabilidades de éxito; cualquier subterfugio despertaría la atención de aquel hombre, que se apresuraría a ponerse inmediatamente en salvo.

Basilio, a fuerza de observar, creyó reconocer al que tan afanosamente cavaba. Sí; no había duda. Era su amigo el viajero infatigable el que se hallaba entregado a aquella labor extraña.

Lleno de alegría se apresuró a comunicar la grata nueva a sus amigos, al mismo tiempo que descargaba recios golpes sobre la puerta para atraer la atención del erudito de las gafas azules.

En tanto las antorchas de los jorobados emprendían el camino hacia ellos con ánimos de reanudar el ataque.

Aquella situación no podía prolongarse mucho tiempo. Únicamente la browning de Basilio, manejada por el «Duende», era la que podía sostener el fuego contra los contrarios; los otros revólveres, agotadas al fin las municiones, eran armas inútiles para toda defensa.

—¡Quedan sólo seis tiros! —advirtió el «Duende de la Corte» en tono apremiante—. Si en cinco minutos no consigue hacerse oír de su endiablado amigo, cuente con que caemos en poder de los jorobados.

Basilio redobló con nuevos bríos sus furiosos porrazos contra la puerta. Inútilmente; el ensimismado cavador continuaba impertérrito su tarea. Los jorobados, en compacta masa, avanzaban ya a lo largo de la galería, haciendo frecuentes disparos, que se iban a estrellar contra el granito de que se hallaban revestidas las paredes.

—¡Atrás, canallas! —ordenó con voz de trueno el detective.

El «Duende», por su parte, dando más importancia a los disparos que a las voces, les recibió con un fuego graneado, que les obligó a retroceder a su primitivo sitio, no sin dejar en medio del camino uno de sus contrahechos compañeros.

—¡Estamos sin cápsulas! —advirtió el «Duende».

—Y ese maldito viajero infatigable sin oírnos —continuó Basilio—. Considero que toda resistencia es inútil, pues ellos están bien armados.

Todos se agruparon junto a la puerta mirando temerosamente las antorchas enemigas, que nuevamente avanzaban a su encuentro.

—Atención —observó el periodista—. Ya se acercan. Amigos míos, esto se ha acabado. Dispongámonos a morir.

Los jorobados, que esperaban ser recibidos con una descarga, como la que

sufrieron anteriormente, redoblaron sus gritos al observar la actitud de nuestros amigos.

—¡Adelante! ¡Adelante! Están sin municiones —se oyó decir. Y el grupo se adelantaba hacia ellos amenazador.

El momento era terrible, decisivo.

—Esperad —dijo Basilio—. No hemos probado a forzar la puerta empujando todos a la vez.

—¡Forzar una puerta de hierro! Vamos, amigo, el miedo os hace delirar —contestó el «Duende».

—No importa —insistió Basilio—. Es el único recurso que nos queda, y por muy improbable que sea debemos ensayarle.

Y a una señal suya todos a la vez se lanzaron contra la puerta con la desesperación propia del que intenta un imposible que puede salvarle.

La puerta cedió al primer empuje; pero tan violentamente, que los cuatro amigos, impulsados por la ley de la inercia, se vieron lanzados rodando por el suelo hasta el centro de la habitación.

Basilio, llevándose la mano a la frente para apreciar el tamaño del chichón que acababa de hacerse, comprendió entonces por qué había cedido con tanta facilidad.

Sin duda alguna el viajero infatigable se había olvidado de echar la llave, y enmohecida como estaba por el tiempo y la humedad, y debido además a su propia pesantez, no cedió a los porrazos de Basilio, que, por otro lado, no se había cuidado más que de llamar la atención del viajero infatigable.

Al verse en seguridad respiraron todos. Ya era hora, porque en la galería resonaron cercanas las voces de sus acometedores.

El «Duende» y el detective se lanzaron presurosos a empujar la puerta con sus espaldas.

—¿Quién anda ahí? —preguntó al fin el tenaz cavador, dejando su tarea para contemplar iracundo a los recién llegados.

Basilio se adelantó a su encuentro:

—Somos amigos, nuestro querido viajero, que venimos huyendo de los tenaces jorobados.

—¡Pronto! ¡Pronto! Díganos dónde está la llave, o entrarán en la habitación —gritó el «Duende» con acento apremiante.

—¡Caballero! —le replicó el infatigable viajero, malhumorado, posando la mano sobre un resorte oculto en una de las paredes de la habitación—. ¿Quién le mete a usted a disponer en mi casa?

—Déjese de observaciones, amigo mío, y atienda al peligro, que es lo más apremiante —replicó el aludido haciendo palanca con él hombro en la puerta donde ya se sentía hablar a los jorobados.

—Apártense de ahí —ordenó el erudito de las gafas azules con una tranquilidad inquietante—. Esta puerta no necesita estar cerrada para nadie.

El «Duende» y el detective obedecieron sin replicar. Tan enérgica era la voz del viajero y tan autoritario su acento, que nadie se atrevió a contrariarle, a pesar de que todos temían ver aparecer de un momento a otro a sus fieros perseguidores.

—Sentaos un momento, amigos míos —les dijo con voz más dulce, indicándoles un banco de piedra adosado al muro—. Me alegro infinito verle en salvo, señor Mantua. No pueden figurarse las angustias que por ustedes he pasado; pero luego, amigos míos, un importantísimo hallazgo me hizo olvidarles por completo. La ciencia es lo primero, amigos míos. Su llegada me beneficia en extremo; ustedes son fuertes y me ayudarán en mis excavaciones. Ustedes compartirán conmigo la gloria de esclarecer un discutido problema de arqueología.

Basilio pensó que aquel hombre necesitaba estar rematadamente loco para hablarles tan tranquilamente con la puerta abierta y a la vista de un peligro tan manifiesto; los demás no le escuchaban siquiera, pendientes como estaban de los ruidos que se percibían tras la entornada puerta. Los jorobados se hallaban furiosos. Claramente se oía su conversación terminante.

—Por aquí se han refugiado —decía una voz—. Venid, la puerta está abierta.

Los perseguidos contenían hasta la respiración; sus corazones cesaron de latir al ver la puerta ceder bajo la presión de los bandidos.

Ya entraban...; pero gritos desgarradores resonaron en el umbral al tiempo que confusos pasos que pugnaban por retroceder.

La puerta, entreabierta en más de su mitad, ofrecía a la vista el espectáculo de dos jorobados inertes en el suelo, víctimas de una tan misteriosa como terrible agresión.

—¡Horror! ¡Atrás! La puerta está electrizada —se oyó gritar angustiosamente.

Entonces se explicaron la tranquilidad del extraño viajero, que les miraba sonriente. Al retirarse el «Duende» y el detective había establecido un contacto con la mano que apoyaba en la pared.

—Hay más de mil voltios en la puerta. ¿Cómo es posible que entren sin pedirme permiso?

LA PRISIÓN DEL JUDÍO

BASILIO refirió a su amigo la tenaz persecución de que acababan de librarse y la ansiedad con que había esperado su socorro en la galería para libertar al señor de Mantua.

—Es cierto —le contestó el viajero— que le ofrecí volver con una herramienta; pero al tratar de salir por la calle del Rollo vi con asombro que los jorobados habían interceptado la salida, la única que yo conozco, y volví a mi laboratorio con ánimo de haber llevado algún azadón de los que, como ustedes ven, estoy bien provisto; pero aquí tuve la suerte de tropezar casualmente con un plano que me indica el lugar exacto en que se halla la sinagoga, y no pensé ya más que en el bien de la Ciencia.

—Es decir —preguntó Basilio, haciendo poco caso de los descubrimientos del viajero—. Según eso, ¿no conoce usted ninguna otra salida?

—Ni me preocupa mucho por ahora. ¿Para qué? Aquí tengo todo lo que necesito; por otro lado, mi deseo por hallar la sinagoga es tal, que no he de cejar en mi empeño hasta prestar a la Ciencia este inestimable servicio. Ahora estoy doblemente satisfecho, porque vuestra llegada simplifica notablemente mi trabajo; tengo buenos azadones para todos vosotros, y como estamos encerrados en este lugar, espero que me ayudaréis en mis excavaciones.

¿Pero de veras había que renunciar definitivamente a toda esperanza de salir de allí, como aseguraba el viajero infatigable? Al menos por el momento, no quedaba otro remedio. Pero ¿cómo se alimentarían durante su permanencia en aquellos lóbregos lugares? Basilio se atrevió a consultar aquel extremo con su infatigable amigo.

—No pase cuidado, mi gran amigo. Recuerde que le dije poseer una buena provisión de queso manchego; además, en este mundo subterráneo no echaréis nada de menos. Afortunadamente tenemos la despensa bien repleta, y cuando se nos acabe os invitaré a surtirla con el producto de una cacería en mis posesiones.

Todos se miraron atónitos, sin comprender a qué posesiones se podía referir en aquellas oscuridades.

—Efectivamente —prosiguió, adivinando el estupor de sus oyentes—. Los poderosos de la tierra se permiten el lujo de cazar conejos en sus bosques; yo, como soberano de estos lugares, cazo lo que en ellos se cría: ratas, cuya carne nada tiene que envidiar a la de aquéllos, y roedor por roedor, váyase el uno por el otro.

No carecía de ingenio el medio que tenía el viajero infatigable de asegurar el sustento; pero aun contando con vencer la natural repugnancia que inspira aquel delicado manjar, Basilio creyó que la principal dificultad estaría en el aprovisionamiento de agua, y así se lo dijo a su sabio amigo.

—No lo crea usted —le contestó—; la tengo inmejorable y en tanta abundancia

como pueda desear. Además, ofrece la ventaja de ser de una pureza extraordinaria, pues proviene de filtraciones de ciertos veneros de agua que cruzan el subsuelo en todas direcciones. ¿Cómo puede usted imaginar que el antiguo Magerit de los árabes, la abundancia de aguas que le ha dado su nombre a la ciudad, no exista ya? Veo, mi gran amigo, que hace usted poco aprecio a mi laboratorio subterráneo. Esto consiste en que aún no les he enseñado las comodidades de mi palacio, por eso le miran ustedes tan despreciativamente.

—Ya hemos observado que está usted muy bien de iluminación, nuestro querido amigo —observó Basilio mirando las cintas de fuego que brotaban de la pared—. ¿Quiere usted decirnos la procedencia de su alumbrado?

—Sin duda de algún escape de gas —observó el «Duende».

—Así es; pero no proviene de las cañerías del alumbrado de la población, como usted supone, sino que le saco directamente de la mina.

—¡De la mina! —exclamaron cuatro voces con asombro.

—En efecto, este gas no es otro que el carburo de hidrógeno, el terrible grisú de las minas de carbón, sujeto a mi voluntad y a mi provecho por un procedimiento que aprendí en mis viajes por la Transcaucasia, en Bakou, la tierra del fuego. Aquellos adoradores de las deidades ignivoras habitan un territorio de naturaleza tal, que con cavar un pie de tierra en el suelo, brota al punto un verdadero surtidor de gas. Esta abundancia ha hecho que, valiéndose de conductos ingeniosamente construidos, lo transporten a sus templos, alrededor de los cuales arde constantemente una cortina protectora de fuego que durante la noche produce fatídico aspecto de infierno, propio para reavivar el fanatismo de aquellos desgraciados.

Basilio comprendió que el viajero infatigable era más inteligente que lo que a simple trato parecía. Por su parte se sentía subyugado por aquel hombre extraordinario, que de tal manera sabía sacar partido de los recursos que ofrece la Naturaleza. En su fuero interno pensó que su erudito amigo era un auxiliar poderoso para llevar a cabo el descubrimiento de la maldita Torre de los Siete Jorobados, principal objeto de todos sus desvelos; pero entonces lo que más le preocupaba era salir de aquellas endiabladas cavernas, pues el desgraciado señor de Mantua, grandemente trastornado por sus anteriores padecimientos, necesitaba un reposo en el seno de su familia y una tranquilidad que en aquellos tenebrosos antros no podía conseguir.

Esto mismo fue lo que, con verdadera insistencia, suplicaron todos al viajero infatigable. Esperaban que ya que no conocía salida alguna, el conocimiento exacto que tenía de todas aquellas encrucijadas les había de ser muy útil para lograr sus propósitos.

—Desde luego estoy a sus órdenes, mis buenos amigos; pero estimo que debemos dejarlo para mañana —les contestó el viajero—; hoy, me permitiréis que siga mis

excavaciones y os agradeceré que me prestéis vuestro concurso para tan laudable fin. Sois jóvenes, vuestros brazos me pueden ahorrar unos días de trabajo. Ahí tenéis el azadón. Manos a la obra.

Dicho esto volvió a reanudar su interrumpida tarea. Basilio, el «Duende» y el policía se miraron de hito en hito.

—Está visto —dijo el «Duende» ante aquella disimulada insinuación— que no queda otro recurso que cavar.

—Aguarde usted un momento —dijo Basilio—; díganos, al menos, qué fin se propone usted con estas excavaciones.

—Ya os lo he dicho. El descubrimiento de la sinagoga israelita.

—Pero ¿cómo sabe usted que pueda estar aquí, precisamente?

—Eso no me ofrece ninguna duda —añadió el viajero infatigable soltando el azadón—. ¿Cree usted acaso que mis conocimientos históricos y prehistóricos son tan escasos que no conozco el suelo que piso? Escuchad y os convenceréis de que sé con exactitud el sitio en que se halla. Ese surtidor de gas nos está diciendo la clase de terreno que compone la pared del fondo. Cuando Magerit no era todavía el valle de las cristalinas aguas, los hijos de Israel fundaron en este lugar una sinagoga para su culto, que no tenía igual en el mundo por la esbeltez y atrevimiento de sus arcos; más tarde fue destruida por la ira sarracena; las continuas mutaciones geológicas convirtieron este terreno en un abertal donde repetidas veces el arado vino a buscar los frutos de la tierra. Ya en tiempo del rey católico, y al establecerse la Inquisición, en el lugar que antes ocupó la sinagoga hebrea, se construyó una cárcel para los judíos que se obstinaban en permanecer fieles a sus antiguas creencias. Esta misma habitación en que estamos fue testigo de los últimos momentos de millares de infelices condenados a la hoguera.

Basilio miró a las paredes de la cárcel como interrogando acerca de los horribles sucesos que oía relatar.

—De esta prisión, amigos míos, se refiere un caso espeluznante de embrujamiento.

Todos escucharon con interés las palabras del sabio arqueólogo.

—Cuentan de un judío que tenía pacto con el diablo. El Tribunal del Santo Oficio le conminó a que abrazase la religión católica, pero él se negó rotundamente a abjurar de sus creencias.

—Serás cargado de cadenas —le decían—, y el fin de tus días será la hoguera.

—Apresadme —contestaba él—. El Dios de Abraham y de Jacob me libertará. —Y cuantas veces se le encerraba en esta cárcel, tantas lograba escapar, filtrándose por la pared y burlando la vigilancia de los más advertidos carceleros.

—¿Y murió por fin en la hoguera? —preguntó con interés Basilio.

—No murió; desapareció un día, sin que se haya vuelto a saber jamás de él, a

pesar de las pesquisas realizadas por el siniestro tribunal. La leyenda asegura que se lo tragó el infierno o que vaga aún por las ruinas de la sinagoga judía. A mí me ha prestado un servicio, inestimable, pues suyo es el plano que me ha dado a conocer la situación exacta de las ruinas. Se llamaba Ben-Luzbel.

—Bonito nombre —exclamó Basilio—; se comprende que tuviera trato con su compadre Belcebú.

—Así, pues, ya sabéis cuál es mi empeño. Manos a la obra.

Dicho esto, el erudito señaló a cada uno un lugar en la habitación y comenzaron ardientemente la tarea.

A los primeros azadonazos, el «Duende» tropezó con un objeto duro, que no tardó en dejar al descubierto. Era una losa granítica de las que debía estar empedrado el antiguo pavimento; sus dimensiones eran tales, que imposibilitaba la continuación de la tarea por aquel lado. Basilio, que estaba junto a él, observó sobre la losa unos extraños signos. Inmediatamente se los comunicó al infatigable viajero.

—Una inscripción hebrea —exclamó—; sin duda alguna, pertenece a los antiguos condenados del Santo Oficio.

Se acercó para examinarla con detenimiento limpiándola bien de la tierra que la cubría. Todos miraban al viajero, esperando ver reflejada en su rostro la impresión de lo que leía.

—Es extraño —murmuró al cabo de unos momentos—. Yo, que conozco a la perfección el hebreo antiguo, no soy capaz de descifrar esta inscripción; sin duda, no está escrita en ese idioma.

Volvió a su detenido examen; de pronto sus ojos se iluminaron de alegría y miró a sus compañeros.

—Es castellano, escrito con caracteres hebreos. Amigos míos, enhorabuena. ¡Hemos descubierto una salida!

—¿Qué dice la inscripción? —preguntó Basilio consumido de impaciencia.

—Desgraciada cautivo, bajo esta losa está tu libertad.

—¡La salida! ¡La salida! —gritó Basilio loco de alegría—. ¿Se explica usted ahora las repetidas desapariciones de aquel judío que tenía pacto con el diablo?

El azadón del «Duende», actuando de palanca, dejó al descubierto una boca circular que correspondía a la bajada de una galería. Basilio encendió una antorcha en la llama del grisú y la arrojó por la abertura. Inmediatamente se iluminó aquel extraño pasadizo.

La altura era escasa; Basilio saltó al fondo sin titubear. Inmediatamente le siguieron sus compañeros.

—Sigamos esta galería —observó el viajero—; indefectiblemente nos ha de llevar a la salida.

Precedidos de Basilio, continuaron por espacio de un cuarto de hora caminando

por aquel angosto pasadizo. Sus corazones latían apresuradamente al considerarse tan próximos a la libertad. Al fin la galería, en manifiesto ascenso, se ensanchó considerablemente. Basilio tropezó con los primeros peldaños de una escalera.

—¡Adelante! —gritó el «Duende» con verdadera excitación—. Volvamos al imperio de la luz.

Pasarían de doscientos los peldaños que tuvieron que salvar. El desgraciado Mantua se hallaba completamente extenuado. Al fin la escalera se interrumpió bruscamente, irrumpiendo en un pequeño recinto de escasa altura. Una losa colocada en el techo obstruía el ascenso.

—¡Al fin! —exclamó Basilio—. Estas piedras deben servir de pavimento a alguna calle.

El viajero infatigable se adelantó para examinarla; al poco rato se volvió a sus compañeros.

—Amigos míos, estamos en el subsuelo de una iglesia. Este recinto ha servido en tiempos remotos de cámara sepulcral de algún canónigo; aún se leen las inscripciones góticas en las paredes.

—Pues forcemos la losa, querido viajero. Nosotros no nos encontramos en el caso de ese canónigo —agregó el «Duende».

El erudito de las gafas azules, siempre previsor, había llevado consigo el pico con que ejecutaba sus excavaciones. El «Duende» se lo quitó de las manos, y con un afán que sus ansias de libertad justificaba muy bien, empezó a descargar golpes por entre las juntas de la losa.

Diez minutos de tarea bastaron para conmover la piedra, despegándola de su seca argamasa. Entonces el periodista recabó el auxilio de todos, y la piedra, impulsada vigorosamente hacia arriba por las espaldas de los cinco, cedió enseguida, haciendo lugar a una mediana abertura, por donde salieron.

Era, en efecto, el interior de un templo donde se hallaban. Basilio, buen conocedor de Madrid, le identificó enseguida por la iglesia de San Pedro: ese vetusto edificio en cuyo subsuelo corren en distintas direcciones las venas de mil tenebrosas y antiguas galerías.

Pero el templo no estaba solo a pesar de lo avanzado de la hora. Alguien había acudido alarmado por los golpes del pico manejado por el «Duende». Era el guardián de la iglesia, que, aterrorizado al ver brotar de aquella tumba a tan siniestros enmascarados y tomándolos tal vez por el mismísimo diablo, salió despavorido lanzando gritos de terror.

Pero nuestros amigos estaban salvados. La fiera saña de los jorobados acababa de estrellarse contra su acendrado valor.

Inmediatamente trataron de dirigirse a la salida; pero el viajero infatigable les detuvo.

—Adiós, amigos míos; me vuelvo a mi imperio a proseguir mis excavaciones.

Basilio sintió también que su misión por descubrir la Torre de los Siete jorobados no había terminado aún.

Obsesionado por una idea, se volvió a su extraño amigo.

—Aguardad —le dijo—. Su ciencia me inspira una confianza ilimitada. ¿Quiere usted ayudarme en mi empresa de descubrir esa maldita Torre?

—Con mucho gusto; pero antes será preciso que termine mis excavaciones; la Ciencia no admite espera. Pero desde luego espero poder serle útil. Poseo un medio infalible para ayudarle: un medio más seguro que todas las investigaciones y habilidades policíacas del mundo. Soy médium, tengo la propiedad de ver lo oculto.

Le volvió la espalda y de un salto descendió a la galería.

—Esperad un momento. Si consiente usted en ayudarme, desde mañana mismo le daré todo el dinero que necesite para pagar a una brigada entera de obreros que le hagan sus excavaciones. ¿Le conviene?

El viajero infatigable le contempló en silencio.

—Acepto —dijo al fin.

—Está bien; mañana, a las tres, le espero en casa. ¿Irás?

—Iré —contestó el extraño arqueólogo desapareciendo por las gradas de la galería.

TERCERA PARTE

Se descubre el enigma escalofriante

LA LUCHA EN EL MEDIO ASTRAL

EL sabio arqueólogo fue puntual a la cita. Acababan de sonar las tres; Basilio, terminando de comer, se disponía a prender fuego a un magnífico veguero cuando, abriéndose la puerta del comedor, anunció un criado la llegada del ilustre viajero.

—¡Ah, es usted, mi sabio amigo! Tome asiento; le esperaba con impaciencia.

Mientras encendía un puro, que Basilio le ofreció, el viajero tomó la palabra.

—Joven, estoy interesado por la magnitud de su empresa; ayer le di palabra de ponerle sobre la pista de los asesinos, y hoy vengo dispuesto a cumplirla. El servicio que va usted a prestar a la Ciencia arqueológica es de los que no se pagan. Dentro de poco sabrán las Reales Academias quién es el doctor Sindulfo del Arco.

Basilio sacó su cartera repleta de billetes y se la entregó a su viejo amigo.

—Tome usted. Esto es lo convenido. Pero dígame, ¿de qué medios dispone usted para indicarme el refugio de esos malvados? ¿Conoce acaso al doctor Sabatino?

El sabio le miró con dura fijeza.

—¿Necesita la Ciencia valerse de los groseros medios que emplea la Policía? ¿De qué me sirven los conocimientos adquiridos en mis viajes? ¿Cree usted que hay alguna cosa que yo pueda ignorar?

Su exaltación era febril, sus ojos reflejaban la indignación del sabio que ve puesta su Ciencia en tela de juicio.

—Cálmese, mi digno amigo; no quise ofenderle con mis palabras. Ignoro qué clase de Ciencia es la suya, dónde la ha adquirido y qué provecho se puede sacar de ella.

—Tiene usted razón, inexperto joven; juzga usted de mis palabras del mismo modo que los sabios de nuestras Facultades cuando oyen hablar de los misteriosos conocimientos que existen en Oriente. Neciamente creen que toda la Ciencia ha de pasar necesariamente por sus aulas y gabinetes de estudio antes de esparcirse por la faz de la tierra, y por eso mismo miran con desprecio a esos magos y faquires orientales, calificándoles de fanáticos y embaucadores de multitudes acéfalas. Pero ¿qué pueden ellos decir acerca de esa misteriosa Ciencia que radica en los umbrales de lo incorpóreo y que tiene por principal agente la voluntad? Para ellos es tan abstrusa como incomprensible, y han creído más cómodo calificarla de impostura que meterse a estudiar las razones en que se sustenta. ¿Conocen ellos los Naskas? ¿Han leído la infinita sabiduría del Zend-Avesta? ¿Han tenido algún trato con los desturgmobedos persas para poder estar nada más que iniciados en la Ciencia inmaterial que poseen?

El sabio hizo un paréntesis para arrojar una bocanada de humo, que subió en espirales por el tranquilo ambiente de la habitación. Basilio estaba admirado al oír al arqueólogo y enciclopedista.

—Y ¿usted conoce todas estas pequeñeces? —le preguntó sonriente.

—Las conozco —respondió con orgullo—; he sido «erbedo», en Persia, ejerciendo el largo y paciente noviciado necesario para ser iniciado en la Ciencia superior.

Aquello se hacía interesante para Basilio.

—¿En qué consiste ese noviciado, mi sabio amigo?

—En cosas sobremateriales. En domar nuestra débil sensibilidad. Ve usted —añadió aplicando la mano a la lumbre de su cigarro—. No me quemó; mejor dicho, no quiero quemarme. Mi voluntad domina a la materia, se hace superior a la sensibilidad.

Y Basilio quiso hacer lo mismo; pero, ¡qué diablo!, si olía a carne quemada que era un primor. Estaba visto que la magia no era para él.

—Es inútil que trate usted de imitarme, porque nada conseguiría; esto es tarea de muchos años; y además muy costoso para la muelle sensibilidad europea. Es preciso haber nacido en Oriente para llegar a desgarrarse las carnes con la mayor indiferencia en una cama de aceradas puntas; yo llegué a resistir hasta la quinta prueba antes de pasar a la iniciación de los sagrados Vedas.

—¿Y en qué consiste, mi insensible amigo?

—En poca cosa, comparado con los que mueren cantando el sanhita aplastados por las ruedas del carro de Budha o se mutilan gustosos algún miembro. Escuche usted: cuelgan al faquir de dos cuerdas que atan a los brazos; le atraviesan las pantorrillas con un hierro candente, introduciendo en las heridas una barra metálica, de la que se cuelgan tres hombres. Si los miembros resisten sin desgarrarse, pasa el faquir a la clase de iniciados; en caso contrario, se le expulsa de la secta.

—¿Y usted resistió?

—Yo sabía que mis carnes no tienen la suficiente dureza para soportar el peso, y como quería a toda costa ser iniciado, me ajusté un pedazo de carne de elefante en las pantorrillas, y, previo soborno, rogué al ejecutor que me pasase la barra por el tejido de una malla de acero bien templado que debajo de otra de color rosa llevaba al efecto. Pero no lo hice por temor al suplicio, que estaba seguro de resistir, tal era ya mi fuerza de voluntad, sino por miedo a mi debilidad física.

—¿Y le iniciaron en la magia?

—Aprendí todos sus misterios. Yo conozco el conjuro de la cubeta mágica, el de la figurilla de cera, el de los triángulos salomónicos; evoco a los espíritus de las tinieblas y poseo la doble vista que me permite descubrir todos los misterios del mundo material ayudado por poderosas corrientes del medio astral.

Basilio se frotaba la mano con satisfacción.

—Entonces, mi omnisciente amigo, ¿voy a saber dónde se encuentra esa maldita Torre de los Siete Jorobados?

—Lo sabrá usted, aunque arriesgo mi vida con el experimento. Yo soy morgbedo; he sido iniciado en los secretos de la magia hasta un alto grado de perfección; pero mis corrientes magnéticas nada pueden contra los desturmorgbedos, esos maestros, esos númenes del magismo. Poseen una fuerza fluídica tal y un grado de sensibilidad tan exquisita, que su ser inflencial registra al momento el más mínimo ataque, llegando algunos hasta aniquilar al que lo intenta con sus poderosos efluvios.

Pero estos maestros de la magia no salen de Asia, y esto hace que me anime al ataque contra los siete jorobados, pues, como pienso, no puede haber entre ellos ningún maestro.

Basilio asintió, convencido.

—Empecemos cuando queráis —le dijo—. Ardo en deseos de conocer el paradero de los asesinos de mi amigo Catafalco, de los secuestradores del desgraciado Carlos de Mantua, de los ladrones de la «Bella Medusa», a esa banda de forajidos, en fin, que estuvo a punto de acabar con nosotros en los subterráneos.

El extraño amigo se puso en pie y fue a cerrar las maderas de los balcones; la habitación quedó sumida en una oscuridad alucinante.

—Cierre las puertas y cúbralas bien con los cortinones; es preciso que el sueño magnético no sea interrumpido por ruidos exteriores.

Basilio ejecutó cuanto se le ordenaba. En seguida se sentó en una butaca junto a su extraño amigo.

—Voy a procurarme el sueño magnético por autosugestión. Usted es un espíritu débil y no tendría influencia para dormirme. Sólo le pido que tenga presente las instrucciones que le voy a dar para cuando quiera que cese el sueño. Me abre usted los párpados, concentra toda la potencialidad de su mirada en mi entrecejo, sin pestañear, y hace usted un supremo esfuerzo de voluntad ordenándome que me despierte. No es preciso más.

Basilio dio su palabra de no olvidar ningún detalle; entonces el viajero se tendió rígidamente sobre la butaca, y entornando los ojos volvió las órbitas en dirección a la nariz, empezando el esfuerzo de autosugestión.

A pesar de la penumbra, Basilio distinguió la rigidez cadavérica que tomaban sus facciones y la decoloración de su rostro. Una extraña convulsión se apoderó del cuerpo del sabio; temblaba como un poseído. De su boca salían sonidos inarticulados, mezclados con palabras incoherentes.

Poco a poco se fue amortiguando aquel temblor extraño hasta quedar sumido en una rigidez cataléptica. Basilio se acercó a él y le cogió las manos; su contacto le hizo estremecer, tenía la frialdad del mármol.

—¿Duermes? —preguntó.

Al oír hablar se estremeció de nuevo el hipnotizado.

—Acabo de entrar en el mundo de lo incorpóreo.

—¿Ves algo?

Pareció hacer un esfuerzo, que se tradujo por un ligero temblor.

—Aguarda, todavía no. Hay densas brumas que me impiden reconocer el lugar donde me hallo. Se disipan poco a poco; se va haciendo la luz; una diafanidad infinita empieza a dominar en mis sentidos. Veo a mis compañeros del espacio; escucho su incomprensible idioma. ¿Qué quieres?

—Saber quién ha sido el asesino del doctor Catafalco.

La cara del sonámbulo se coloreó ligeramente, y una nueva convulsión vino a agitar todo su ser.

—Le veo; está ante mí. Es un ser terrible; sus ojos despiden fuego.

—¿Quién es? Trata de reconocerle.

Basilio seguía con vehemente curiosidad las frecuentes convulsiones del sugestionado.

—¿Reconocerle? Imposible; una luz extraña brota de su cara, cegándome con su claridad deslumbradora. Tengo miedo; ese hombre es un demonio, un aborto de los antros infernales. Su poder magnético es infinito, es un desturmorgbedo persa. Ya avanza hacia mí fulgurando rayos de exterminio. Estoy perdido.

Sus convulsiones se hacían violentísimas; realmente parecía un poseído. Aquella agitación denotaba la tremenda lucha que su espíritu sostenía en el antro de lo inmaterial.

Sus labios se abrieron para pronunciar palabras ininteligibles que Basilio trató de interpretar.

—No trates de ocultarte, discípulo de Orifiel, poder hipnótico. Te he reconocido: eres el mismo que emitió los efluvios propulsores de las fuerzas que privaron de la vida a Robinsón de Mantua; ya te veo introducirte a través de las paredes del cuarto en que vive su desgraciado hermano para sumirle en un estado de insensibilidad que le impidió toda defensa cuando tus jorobados le secuestraron; tú fuiste quien, valiéndote de tus artes mágicas, atrajiste el velador en que estaba colocado el cheque con que Federico de Mantua trataba de libertar a su desgraciado hermano. Te veo en Persia, siguiendo las huellas de un desturmorgbedo famoso que te instruyó en sus diabólicas artes. Tú pagaste la enseñanza de tu maestro abriéndole el pecho con tu kric malayo y comiéndote el corazón, palpitante aún, porque sabías que sus jugos vitales te investirían de su poder satánico. Huye, asesino, ladrón, falsario; huye a Oriente, si no quieres que el noble arrojo de quien persigue una causa justa no acabe con tu mísera existencia de un pistoletazo, contra el que nada pueden tus artes mágicas ni el misterioso poder de tu teame sea bastante a desviar de tu corazón el certero disparo.

Basilio ardía en deseos de conocer el nombre de aquel espíritu de maldad, e insistió tenazmente:

—¿Quién es? Trata de reconocerle.

—No puedo, déjame; hay fuerzas superiores que me lo impiden. Su poder magnético es infinitamente superior al mío.

¿Qué extraña lucha se libraba en las profundidades del bajo fondo astral? ¿De qué poderes infernales estaba asistido el jefe de los siete jorobados?

—No insisto; no es preciso que me digas su nombre, puesto que lo sé. La voz que pronunciaba las liturgias del entierro de Hirán no es posible confundirla; pero quiero, ante todo, que me digas dónde está la Torre de los Siete Jorobados.

El vidente respiró como si le hubieran librado de un peso formidable.

—Ya se fue, le he reconocido; pero no puedo revelar su nombre; sería mi muerte.

Basilio insistió:

—¿Ves la Torre de los Siete Jorobados?

—Veo un edificio que se alza en el camino de Chamartín, rodeado de espléndidos bosquetes. Adosado al flanco derecho se eleva otro de forma cilíndrica, terminado en agudo cono, como el capuchón de un astrólogo. Allí es donde el brujo convoca a todos los de su secta; aquél es el cuarto donde se rinde culto a Orifiel, donde se provocan los más espeluznantes sortilegios y las magias más escalofriantes.

—¡La entrada, dónde está la entrada! —gritó Basilio con vehemencia.

—No veo entrada alguna. La fatídica Torre no comunica con el hotel sino por una puerta secreta que se abre al conjuro de un nombre satánico, invocado por la voz del desturmorgbedo persa.

Hay además otra, por donde penetran los jorobados en las altas horas de la noche a celebrar sus mágicos conjuros.

—¿Dónde está?

—No la veo. El edificio no consta de puerta alguna; sólo a diez metros de tierra se alza una pequeña ventana que comunica con el piso inferior, por donde se sube a la antesala del misterio. Pero la entrada no es ésa; existe otra; pero no la veo, no puedo verla.

—Búscala. Trata de llegar hasta ella.

—¡Imposible! —gritó otra vez el hipnotizado, volviendo a estremecerse con violentas convulsiones—. Aquí está otra vez el espantoso mago, que me amenaza con sus ojos de acero; pero yo sé dónde está y lo diré, aunque me cueste la vida. De nada te he de valer tu poder satánico, porque tu hora fatal ha llegado; es inútil que te empeñes en ocultar la entrada de tu diabólico antro, porque yo la veo: es... aquélla... el... po... zo...

La voz se ahogó en su garganta como apagada por una fuerza brutal; la lengua, saliéndole de la boca, tenía una longitud espantable; su cabeza se alzó con violencia dos o tres veces, como sacudida por un estrangulador invisible, y cesando repentinamente la extraña convulsión quedó inmóvil, con la rigidez de la muerte.

Basilio no deseaba saber más: conocía ya el sitio donde se hallaba la famosa Torre; sabía quién era el terrible jefe de aquella fatídica banda de jorobados y sólo esperaba despertar al viajero infatigable para emprender la persecución de los asesinos.

Cogió las frías manos de su compañero, y concentrando toda la fuerza de su voluntad, le ordenó que despertara. Sus palabras no obtuvieron ningún resultado; el viajero infatigable seguía frío e inmóvil sobre la butaca.

Una nueva orden en tono más enérgico tuvo la misma contestación.

Basilio se acercó al rígido cuerpo. El viajero no daba señales de vida. Aquella inmovilidad le alarmó profundamente.

Corrió a la llave de la luz e iluminó la estancia.

Un cuadro horrible se presentó a sus espantados ojos. Rodeando el desnudo cuello del infatigable viajero se veían dos manchas moradas, que semejaban un terrible corbatín de muerte. La lengua, una lengua monstruosa, descomunal, le colgaba fuera de la cárdena boca, reposándole en el hombro.

Su corazón no latía; su respiración había cesado.

Aquel hombre había sido estrangulado por una mano invisible.

LA PERSECUCIÓN

BASILIO no quiso aguardar un momento más; aquel nuevo crimen, cometido en la persona de su amigo de tan escalofriante manera, acababa de inspirar en su corazón el indomable ardor de la venganza.

Ebrio de coraje pasó a su guardarropa y trató de elegir un disfraz, en armonía con la magnitud de la empresa que iba a realizar. Allí vio un traje de Fantomas, con el que había hecho furor el Carnaval pasado en los bailes de máscaras, y no dudó de que aquél era el destinado para acompañarle en su venganza.

Ciñóse la negra malla y cubrióse la cara con un antifaz, dio orden de que le preparasen el automóvil, mientras examinaba el buen funcionamiento de sus inseparables brownings y se liaba al cuerpo una escala de seda negra, terminada en acerados garfios.

Ya estaba en carácter para emprender su extraña misión; al pasar por el recibimiento se vio en un espejo y quedó encantado de su espantable figura.

La portera, al verle bajar, se dejó caer en una silla, víctima de atroz desmayo. La poca gente que discurría por la calle en aquellas horas, al verle cruzar al coche, creyó que se trataba de un deshollinador que había heredado.

Basilio dio sus órdenes al chauffeur:

—Avenida de Chamartín de la Rosa, y a toda velocidad.

Por el camino trató de fraguar su astuto plan.

Acostumbrado ya a la azarosa vida detectivesca, no podían cogerle de sorpresa los acontecimientos imprevistos; la horrible muerte del viajero infatigable demostraba de una manera clara y evidente que los enemigos velaban. Hubiera sido necio dejarse caer en sus manos, y tal suponía entrar en la Torre mágica por el pozo, su camino ordinario, cuya revelación costó la vida a su desgraciado amigo.

Mandó parar el coche junto a un abertal qué hay a la derecha del Hipódromo, y tomando a campo traviesa, logró llegar, protegido por las sombras de la noche, hasta las tapias posteriores del hotel.

Con infinitas precauciones escaló la pared, procurando sorprender entre las tinieblas cualquier movimiento extraño.

Todo estaba en el mayor silencio. La Torre alzaba junto al edificio su cabeza misteriosa y sombría. Indudablemente nadie transitaba a semejantes horas por el jardín. Este pensamiento animó a Basilio a deslizarse sin ruido por la pared. Allí le acometió un nuevo temor.

¿Habría algún formidable dogo que con sus ladridos pondría en movimiento a todos los habitantes del hotel?

Empuñando con la diestra mano de sus pistolas, y llevando en la siniestra aquel ingenioso aparato, avanzó, abriéndose camino entre los arbustos.

Poco a poco fue distinguiendo en la oscuridad una silueta cilíndrica, de mediana altura, que nacía del suelo.

Era el brocal del pozo, la entrada a la misteriosa Torre.

Basilio se acercó a él y miró por entre las juntas de una tapa de madera vieja y carcomida.

Nada vio que le hiciese sospechar una celada. Así estuvo por espacio de diez minutos; pero cuando ya iba a retirarse, convencido de que nadie vigilaba la entrada, un ligero rayo de luz que brotó del fondo le permitió ver una mano y una cabeza, que salían de un nicho practicado en la pared, para investigar la altura.

Basilio distinguió también a favor de aquella claridad una escala de hierro, adosada al muro, que terminaba en el reborde del nicho.

No se había equivocado en sus suposiciones; Sabatino había tomado sus precauciones.

Se apartó del pozo, y desarrollando la escala de seda, se acercó a la Torre, tratando de examinar los puntos fáciles al escalo.

No presentaba ningún saliente; sólo a la altura de diez metros había una ventana de pequeñas dimensiones que parecía hecha para ventilar alguna prisión. En la parte que rebasaba el tejado se veían unos miradores, que debían corresponder a la habitación más alta de la Torre.

Basilio se decidió por la ventana. Con la vista midió el esfuerzo, y dando un fuerte impulso lanzó la extremidad de la escala hacia la ventana. Los garfios de acero habían hecho presa en el reborde; el camino estaba listo.

Con agilidad de un acróbata trepó por la escala, encontrándose pronto a la altura de la ventana, defendida del interior por un débil cristal.

Basilio espío a través de los vidrios. La oscuridad era completa.

Aplicó al cristal el grueso diamante de su sortija y consiguió hacer un agujero, por el que introdujo la mano, levantando el pestillo que cerraba las dos hojas. Aquello le dejó el camino franco.

Pasó las piernas y con infinitas precauciones se deslizó al interior.

La altura era grande, pues sus pies no tocaban en tierra. Esto le hizo temer que pudiera hacer ruido al dejarse caer; pero no sucedió así, pues su caída se vio amortiguada por una alfombra, que indudablemente cubría toda la estancia.

Trató de averiguar dónde se hallaba. Su vista, acostumbrada poco a poco a la oscuridad y auxiliada por la luz que penetraba por la ventana, pudo distinguir la estancia en sus menores detalles.

Era un pequeño salón amueblado con gusto exquisito. En el rincón opuesto al que se encontraba vio una escalera de caracol que comunicaba con las habitaciones superiores.

Sin titubear un momento subió por aquella escalera, dispuesto a descubrir a

cualquier precio el misterio que envolvía la Torre.

La subida terminaba en otro gabinete como el que acababa de abandonar, sumido en la misma inquietante oscuridad; sin embargo, Basilio oyó voces que salían de una habitación contigua.

Allí debía estar la clave del misterio. Sin detenerse, corrió a la puerta y alzó el picaporte. La puerta estaba abierta y Basilio penetró en la estancia.

Aquél era el antro donde se perpetraban los mágicos sortilegios.

LA TORRE MÁGICA

LA cámara está revestida con grandes paños de terciopelo negro con dos triángulos cruzados, bordados en oro. En el techo, también enlutado, hay otros dos triángulos, rojo el uno y otro plateado. En el centro de la estancia se alza un brasero de bronce, con la forma de la cabeza de un macho cabrío.

Basilio se desliza detrás de los paños fúnebres y asoma un ojo por un pequeño miradero, que abre en la tela con un estilete, parecido a los que existen en los telones de boca de los teatros.

Ercole estaba inmóvil como una estatua en el centro de la cámara taumatúrgica. El jorobado abre un arcón de nogal tallado y extrae una túnica blanca de seda, con dos triángulos salomónicos bordados en el peto, unos chapines de terciopelo y un capirote blanco, también con los triángulos cruzados, como una mitra.

El corcovado de la melena blanca parece, así vestido, un capricho grotesco de un pintor borracho de opio.

—¡Ercole! Cíñeme el cordón de los siete nudos.

En un rincón hay una pila de plata llena de agua. Sabatino toma una rama de ciprés, la humedece, y con un ritmo lento rocía sus vestiduras, los negros telones, el brasero y una panoplia que pende del muro.

En un reloj de torre suenan las doce campanadas. Como si acudiera a una cita, hace su aparición en la estancia un gato negro de pupilas de oro.

Sabatino abre la ventana de la Torre. A la luz de la luna parece de mármol. Mientras suenan las hondas campanadas, arranca de la panoplia una espada de puño de marfil, con la cruz en forma de aspas. La punta debe tener imán, porque su contacto atrae una lanceta pequeña de hierro que hay sobre el arcón. Después, con una barrita de yeso, el mago traza un círculo en el suelo; después otro más pequeño y cruza las dos circunferencias con los triángulos salomónicos. En los espacios escribe signos de una extraña liturgia, que el espía no puede alcanzar a leer.

Ercole enciende dos cirios amarillentos y quema unas raras hierbas en el brasero. Se esparce un aroma penetrante de voluptuosidad oriental que se mezcla con el olor macabro de la cera. Las hierbas, de virtudes mágicas, crepitan en el incensario y parecen chasquidos de risas alucinantes.

Se oye solemnemente la voz grave de Sabatino salmodiando la evocación de ritual. Tiene en la mano derecha la espada, y en la siniestra un pergamino amarillento.

—¡Orifiel! ¡Potestad sabática! ¡En tu olor arde en el incensario, el diagridio, la escamonea y el aluz, el azufre y el asafétida, las hierbas malhechoras de la noche sabática! ¡Mira en mi diestra unguida por el agua de las aspersiones la rama de ciprés, el árbol de los muertos, que tiene en su savia la sangre negra de los cadáveres! ¡Orifiel, numen de los círculos mágicos, yo te conjuro para que vengas a mi voz!

¡Orifiel! ¡Orifiel!

Basilio está temblando. Espera de un momento a otro que caiga la techumbre y aparezca el cornudo arcángel del Averno.

—¡Orifiel! ¡Orifiel!

El jorobado grita como un poseído y extiende las manos hacia Oriente.

—¡Príncipe del sábado! ¡Compadre de los brujos que inspiras los encantamientos irresistibles; la magia de los cinco clavos de la caja de un muerto; la del sapo de los ojos cosidos; la de las alas del murciélago; la de la aguja pasada por un difunto; la de la sal y las hierbas podridas del cementerio; la del ojo del gato! Ayúdame en el sortilegio de la imagen de cera para que mi puñal mágico siegue la garganta de los seres a quienes odio, en el lugar donde se encuentren. ¡Orifiel! ¡Orifiel! ¡Orifiel!

Sabatino moldeaba dos toscas figuras de hombre en un trozo de cera. Sus manos largas, llenas de extrañas sortijas misteriosas, trazaban extraños círculos litúrgicos en el aire. Después tomó de la panoplia un largo puñal con rojo cordón anudado siete veces.

—¡Lucifer! ¡Emperador de las tinieblas! ¡Consagra mi puñal con tu esencia, para que tenga todas las virtudes de la magia! —y lo clavó en el suelo, entre los dos triángulos del sello de Salomón.

Basilio teme que el brujo oiga el castañeteo de sus dientes. Cree asistir, en un sueño de hatschis, a una ceremonia absurda y medieval. Torna a oírse la voz del nigromante, tremenda y alucinadora, pronunciando los signos rituales del sortilegio.

—¡Arthaphernes, Señor de los Altos Secretos! ¡Cagliostro, numen de todos los magos de todos los tiempos, ayúdame tú, que descubriste el sortilegio de la imagen de cera!

Después alzó las figurillas y exclamó con solemnidad sacerdotal:

—¡Carlos de Mantua! ¡Federico de Mantua! Yo deseo vuestras riquezas. Que no tengáis paz en el alma, ni en el cuerpo salud, porque lleváis la misma sangre emponzoñada del doctor Robinsón de Mantua, el asesino de mi hija, el jettatore, que fue ajusticiado por mis poderes misteriosos. ¡Mi venganza os seguirá hasta más allá del sepulcro!

Y clavó el puñal por tres veces en el corazón de las figuras de cera.

—¡Durante siete sábados perpetraré el sortilegio! Llegadas las doce horas del último día, una mano espectral os herirá en la sombra y moriréis a los siete días. Mías serán vuestras riquezas, porque un espíritu maligno os inspirará la idea de legarme vuestros bienes. Como soy vuestro amigo, me llamaréis a vuestra cabecera, y yo seré vuestro doctor. ¡Yo seré vuestro doctor!

Y Sabatino se reía con una risa lúgubre y seca, como un largo tableteo de huesos, como suenan las carracas en las iglesias la tarde del Misterio de las Tinieblas en la Semana de Pasión.

—¡Que se cumpla el sortilegio con todas las potencias de mi alma, y si yo flaqueara en mi propósito, que una mano, guiada por Lucifer, arroje al fuego la figura de cera! De este modo todos los sufrimientos y la muerte vendrán al punto sobre mí. ¡Orifiel! ¡Potestad satánica, haz inquebrantable la virtud del embrujamiento!

Después el jorobado rezó entre dientes una rara plegaria, con los brazos extendidos al Oriente, de hinojos en el centro del círculo mágico. Cuando hubo acabado su monótono rezongar, guardó las figuras maléficas en el arcón tallado.

—¡Ercole! Mira en la superficie del agua y oye mi mandato.

Y presentaba al sonámbulo una jofaina de plata. La marioneta humana clavó sus pupilas extáticas en el fondo cristalino del recipiente. A los pocos instantes murmuró con un hilo de voz:

—¡Veo!

—¿Qué ves?

—Una casa antigua...; parece un palacio. Hay dos hombres enlutados. Parece que sufren mucho.

—Fíjate bien en su rostro. Y toma el puñal, Ercole; húndelo en el agua por tres veces.

El líquido salpicó en el rostro del sonámbulo.

—El agua se pone roja —exclamó Ercole con el rostro aterrorizado. ¡Un grito rasgó el silencio tumbal de la casa!—. ¿Qué es esto? ¡No! ¡Es una alucinación mía!

—¡Hunde el puñal, Ercole!

—Los dos hombres de luto me miran y se burlan de mí. Hay un hombre de negro; parece una figura de Carnaval; lleva un antifaz que le cubre todo el rostro. Se interpone entre el puñal y las víctimas y me hace unos gestos terribles.

—Ercole, hunde el puñal en el cuerpo de ese fantasma.

El agua alzó por tres veces su chasquido roto de cristal.

—¡Es inútil! ¡Se ríe de mí; está muy bien asistido!

Basilio está loco de terror. El sonámbulo está viendo su pintoresca figura en la superficie del agua. Deslizándose como un felino, llega junto al arcón de nogal, alza la tapa y con dos dedos extrae las figurillas de cera.

—¡Me has dado tu secreto, brujo! Si son verdad tus sortilegios, ahora estás en mi poder.

Sabatino ordena con su voz metálica e imperativa:

—¡Mata al fantasma negro! ¡Siégale el cuello, como hiciste con el doctor del ojo turbio, aquella noche!... Ercole, no te dejes dominar por las fuerzas adversas. Yo velo por ti.

Y elevando sus manos largas y ensortijadas a la altura de la cabeza del sonámbulo, las iba bajando lentamente. Estos pases magnéticos tranquilizaron al señor Ercole.

—Despierta; yo te mando que despiertes.

Le soplabá en los ojos y hacía extraños ademanes en torno a la cabeza del sonámbulo, como si cortase el aire con las manos.

—¿Estás muy fatigado?

—Mucho —respondió Ercole con voz desfalleciente—. Quiero acostarme enseguida.

—Cerrarás bien la puerta de la Torre: que no entre nadie aquí sin nosotros. Ya sabes que si entra una mujer envenena el ambiente.

Basilio iba a quedar prisionero en la cámara taumatúrgica. ¡Oh, se habría muerto de miedo! Los dos embrujadores estaban de espaldas. Ercole tenía las llaves en la mano. No se podía perder un minuto.

Salió de su escondrijo silenciosamente con las dos pistolas amartilladas. Se acercó a ellos y exclamó a su oído con una voz que el miedo hacía estridente, una voz que el mismo Basilio no hubiera reconocido como suya:

—Doctor Sabatino. ¡El fantasma negro tiene un gran honor en saludarle!

El brujo y su acólito estaban yertos de espanto. Acaso le creyeron un fantasma auténtico. Su traje estrafalario y el antifaz que le cubría el rostro le asemejaban a un ser de pesadilla. Andando de espaldas y apuntándoles con las pistolas llegó a la puertecilla de la Torre. Les había ganado la acción, por el enorme pánico de ver surgir ante ellos tan fantástico personaje, como parido por la tierra. Sabatino y Ercole le veían salir extáticos de terror.

Entonces emprendió una carrera de vértigo por la escalera, por los corredores, por las salas, derribando muebles, rompiendo cristales, y ganó el jardín. Un momento después saltaba a su automóvil.

—¡A la Jefatura de Policía! ¡Al vuelo!

Volvió la cabeza y vio la ventana con luz de la torrecilla, como un ojo fosfórico en las sombras.

LA ULTIMA VISITA DEL ESPECTRO

EL comisario dio un salto en su sillón cuando vio entrar a Basilio con tan absurda indumentaria.

—¡Se trata del descubrimiento de un crimen, señor comisario! ¡Le ruego que me preste atención, porque va a oír una narración alucinante!

El policía llamó a su secretario y a otros dos agentes. Aquel señor, vestido con un traje de punto y un gorro con borla, no le era desconocido al señor comisario, y se preguntaba lleno de perplejidad:

—¿En qué película he visto yo a ese caballero?

Luego, atusándose sus grandes mostachos de militar a la antigua usanza, se dispuso a escuchar. Basilio comenzó muy emocionado.

—Hace diez años, una noche, en una plaza oscura, una mano desconocida...

El comisario le interrumpió con indignación:

—Pero ¿es que nos va usted a recitar un folletín?

—Sí, señor. Un folletín de la vida real..., que parece una pesadilla... Una mano desconocida, repito, degolló al señor Catafalco, y esto me lo ha revelado a mí la propia víctima.

—¿Se está usted burlando de la autoridad?

—No, señor. Bien se conoce que no tiene usted cultura ocultista.—Basilio prosiguió a grandes gritos—: El señor Catafalco... es decir, el doctor Robinsón de Mantua, murió y el asesino no fue encontrado. Claro está..., le mataron a distancia...; aunque, por otra parte, tal vez fuese el mayordomo en estado sonambúlico. Esto no está bien definido. ¿Usted qué opina, señor comisario?

—Yo opino que usted ha cenado fuerte esta noche y viene usted vestido de máscara a darnos la broma. Pues le advierto que va a dormir la borrachera en el calabozo.

—¡Señor polizonte, es usted un Kamarrupa!

—Un Kama... ¿qué? A ver, Pachonez, que aten a este beodo.

—Escúcheme hasta el fin. Por razones que usted es incapaz de comprender, yo he descubierto al criminal. Quiero que se le detenga, y ante mí no tendrá más remedio que confesar, porque ha de saber usted que tengo en mi poder los muñecos de cera.

—Pero ¿qué retahíla de disparates está usted hilvanado? ¿De qué muñecos habla usted?

—Estos muñecos son los herederos del doctor Robinsón...; y yo que había sospechado de ellos... ¡Soy un majadero! Figúrese que yo había creído que estos monigotes, es decir..., los parientes del doctor, que es lo mismo, eran los matadores. Y luego resulta que es Victorio Sabatino, el médico jorobado, que es muy supersticioso.

Los policías habían acabado por reírse, excepto el comisario, que estaba dispuesto a llevar a Basilio a la cárcel, por atentado a su autoridad.

—¡No puedo tolerar que siga usted diciendo desatinos! ¡Yo soy un hombre serio!

...

—¡Usted es un pato!... —gritó Basilio furioso, al ver que no le entendía—. Y no callaré aunque lo manden cuarenta comisarios coronados. Yo digo a gritos que el asesino del señor Catafalco está en mi poder. Y además estamos a tiempo de salvar la vida de sus herederos..., que son estos muñequitos de cera...; es decir, no; pero sí... ¡Me indigna que no se me comprenda!

—¡Bueno, bueno; vaya usted a ponerse un traje más decente, y déjenos tranquilos!

—¡Ira de Dios! ¡Pero este policía es menos inteligente que una tapia! ¿Va usted a permitir que asesinen a los herederos del señor Catafalco? ¿Va usted a dejar impunes los crímenes de Sabatino? Abajo hay un automóvil, venga usted conmigo. Con mi presencia le anonadaré, porque cree que soy el fantasma negro. Y le tengo en mí poder, porque, le repito a usted, poseo los muñecos de cera.

El comisario dio un salto de tigre, cosa inesperada en un señor tan obeso.

—¡Ya estoy harto de oír desatinos! ¡Márchese de aquí, saltimbanqui! —y con un furor demoníaco le asió de la borla de la caperuza y le sacudió violentamente—. ¿Qué historia es esa de los muñecos de cera? ¡Traiga usted esa porquería!

Y con sus manos de oso le arrancó los dos muñequitos mágicos y los arrojó a la chimenea. La cera se derretía lentamente en las brasas.

Basilio exhaló un grito que estremeció hasta al iracundo comisario.

—¡Justicia celeste! ¡Acaba usted de matar al doctor Sabatino! Al echar las figuras al fuego, el embrujamiento se vuelve contra el mago. ¡Es el dedo de Dios!

Fue un contagio magnético. Todos se pusieron graves al fin. Basilio hablaba con acento de sinceridad. El comisario meditaba.

—Bien. Iremos a casa de ese hombre... ¿Dónde dice usted que vive?

—¡Avenida de Chamartín de la Rosa! Se llama Victorio Sabatino.

—¡A ver! ¡Mi sombrero y mi gabán! Usted se queda aquí detenido. Si resulta una farsa, como me temo, va usted a pasar una temporada en la sombra...

Y salió del despacho con la lenta solemnidad de un elefante.

Está amaneciendo. Basilio se encuentra rendido y se echa en una butaca. Sus ojos se entornan; un esbirro se pasea lentamente en la habitación contigua.

Entre sueños, Basilio ve un gran resplandor por encima de su cabeza. Sí, no hay duda. ¿De dónde procede tanta claridad? ¿Pero qué es esto? En el centro del fondo luminoso se proyecta una figura humana.

—¡Ah! ¿Es usted, mi querido señor Catafalco?

El doctor Robinsón le sonrío y le tiende la mano. Sus dos pies flotan a algunos

centímetros del suelo. Hay un olor religioso, como de incienso, y toda la estancia está envuelta en una rara atmósfera de polvillo de plata.

Los labios del espectro se mueven y pronuncian dulcemente una sola palabra:

—¡Gracias!

Era la última visita del señor Catafalco.

Después, Basilio cayó en una honda letargia que duró hasta la llegada del comisario y de sus satélites que venían con cara de espantó. Habían encontrado muerto en la torrecilla de su hotel al doctor Victorio Sabatino.

* * *

Se abrió una información judicial y no se puso nada en claro. Los médicos forenses certificaron que el jorobado había muerto abrasado por una materia ardiente y desconocida. Fue un caso muy discutido; pero después de eruditas controversias tuvieron que confesar que no sabían nada.

Y enterraron el cuerpo del brujo. Ercole no dio ninguna luz. El sonámbulo, acometido por una extraña locura melancólica, fue encerrado en un manicomio.

Basilio obtuvo un triunfo. Todos los periódicos publicaron su simpática efigie. Relató sus aventuras detalladamente, pero ni un solo lector se enteró de tan mágicos acontecimientos. A pesar de no comprender, y tal vez por eso mismo, le elogiaron mucho. Fue una novela fantástica que interesó a la opinión extraordinariamente.

Ahora bien: ¿cómo murió el señor Catafalco? El velo se ha descorrido a medias...; pero es imposible penetrar en el fondo de los secretos de la magia. Tal vez fue un asesinato a distancia, por medio del muñeco de cera. Es una creencia de gran antigüedad que hoy parece inverosímil. Pero esto es muy fuerte para que lo traguen los espíritus fuertes de esta época. Lo más razonable es que el señor Ercole, sin conciencia de lo que hacía, magnetizado por el médico brujo, le esperó en una esquina y le segó la garganta. No sería éste el primer crimen de un hipnotizado.

El lector aceptará la explicación que esté más en consonancia con su fantasía.

El autor, claro está, no tiene la flaqueza de creer en las brujas...; pero os diré en secreto: al dar las doce, en las noches de sábado, levanta un poco la muselina de su ventana, con la esperanza de verlas pasar, amazonas en sus palos de escoba...

Y experimenta esa sensación de hielo que sentimos cuando el misterio nos roza con su ala...

FIN



EMILIO CARRERE. Poeta, periodista y escritor español, Emilio Carrere nació en Madrid el 18 de diciembre de 1881. Está considerado como una de las figuras claves de la corriente artística del Decadentismo.

Criado por su abuela debido a el abandono parcial de su padre y la muerte de su madre, Carrere comenzó su carrera artística dentro del mundo de la pintura. Se inició en el mundo de la poesía y en 1902 publicó su primer libro, *Románticas*.

Entusiasmado por la vida bohemia, siguió publicando poesía y pronto comenzó a trabajar novelas cortas en las que hablaba del mundo nocturno y canalla madrileño. En 1922, siendo ya un poeta de éxito, se publican sus *Obras completas*.

Durante la Guerra Civil adopta posturas de derechas y a partir de 1936 pasa de trabajar en un medio ultraderechista como *Informaciones* al diario *Madrid*.

Su obra *La torre de los siete jorobados* se considera una de las pioneras dentro del género de terror moderno en castellano y fue adaptada al cine en 1944.

Emilio Carrere murió en Madrid el 30 de abril de 1947.